



LEILA MILÀ

Patrulla
VECINAL

Tabla de contenido

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[Agradecimientos](#)



LEILA MILÀ

© Leila Milà, 2018
Primera edición; diciembre 2018
Creación, 7 de abril de 2016
ISBN 9781790579907
Corrección ©NK

Ilustración y maquetación ©Nune Martínez
Fotografía ©Shutterstock, Inc.

Web autora:
www.leilamila.es

Queda prohibida sin autorización escrita del autor, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra. En caso contrario, será sometido a las sanciones establecida en la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reporgráficos) www.cedro.org si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Griterío por el patio de luces, en la escalera...

Un caos generalizado en todo el edificio, tanto que hasta las paredes parecían latir con nerviosismo al igual que un corazón amenazado.

—Así no se puede escribir. ¿Y ahora qué carajo pasa? —Araya se levantó gruñendo, arrastrando la silla atrás a desgana.

El alboroto no dejaba de subir de tono y se acercó hasta la puerta abriendo lo que dio de sí la cadena, poniendo la oreja como haría cualquier buena hija de vecina cotilla.

—¡Araya, presidenta! A prisa niña, que están intentando entrar en el piso que era del Jacinto. Ya van dos veces con esta. Iñigo hijo, llama ya a la policía a ver si llegan que parece que se han perdido y necesitan un plano.

—Ya voy señora Julia, tranquilícese que eso no es bueno para su tensión, a ver si a quién habrá que llamar será a la ambulancia —Cerró de nuevo resoplando y se apoyó contra la puerta—. Lo que faltaba ya hoy para acabar de rematar el día, manda cojones —Miró la hora en el móvil, las tres y media de la madrugada—. ¡Mierda! Suerte que mañana es sábado que sino menudas ojeras harías en el curro. Si es que quién te mandaría a ti meterte en estos berenjenales —Se encaminó hacia el dormitorio cogiendo a Curro, su bate.

Fue al baño, y sin deshacerse la especie de cola moño que llevaba en lo alto de la cabeza con un boli enredado entre la maraña, salió de casa cogiendo antes las llaves. Cerró la puerta y bajó al piso afectado con el cuerpo en tensión por tanto parloteo incesante. La cosa estaba saliéndose de madre y los vecinos, aparte de estar asustados, empezaban a violentarse y por supuesto, aprovechar para hacer cotilleo general.

Una vez la vieron aparecer por la escalera, le abrieron paso y Araya se acercó hasta los dos increpados, cambiando de lugar el bate que pendía lacio de su mano y que acabó apoyado en su hombro.

—A ver ¡¿Qué cojones pasa aquí?! Ya estáis sacando los papeles o moviendo el culo fuera de aquí o mi amiguito os abrirá la cabeza.

—La patrulla está en camino —Le informó el secretario a lo que ella asintió.

—Este par que dicen que él es el nuevo dueño del piso, pero anda

trasteando con la cerradura.

Araya se presionó el puente de la nariz y movió la vista hacia los chicos quedándose congelada en el sitio, notando como unos tremendos calores le subían por los pies estallando en su cara. El pulso se le desbocó y casi que se le quedó la boca seca ante tal tamaño ejemplar de macho ibérico notando como las bragas se le caían al suelo tal cual, literal, pudiendo escuchar dentro de su mente el *chaf* de estas y cómo su sexo aplaudía jaleándolo.

Alto, con un cuerpo de pecado para lamer de arriba abajo como un buen helado y un rostro que quitaba el sentido. Piel dorada, ojos de un claro e intenso verde y una sonrisa torcida de chico malo que la repasaba con descaro, y por poco no babea.

Por todos los infiernos que no podía quitarle ojo de encima, menudo monumento... estaba acalorada a más no poder.

«Y encima tu con sequía de sexo, ay madre del amor hermoso. ¡Cómo está!»

—¡Woow! Menudo recibimiento —dijo el que estaba con el morenazo, sometiéndola a un intenso escáner.

Imponer no impondría, pero estaba claro que sus pintas eran de risa o más bien dignas de una peli porno de bajo presupuesto, porque ambos chicos se miraron conteniendo una risita socarrona. Y es que ahí estaba ella, toda menuda con su metro cincuenta y dos, el moño cola despeinado, la cinta a lo Rambo en la frente mal anudada a un lado. —¡Oh sí, la llevaba! —, dos rayas de pintura en cada mejilla, el bate —Curro para los colegas— y embutida en su corto pantalón de pijama junto a la ajustada camiseta de tirantes con un enorme oso con un corazón dibujado en la tripa.

No, definitivamente no asustaría, pero no dejaba indiferente, porque, aunque con sus carnes, tenía unas más que aceptables curvas de carne firme, prieta y bien puesta. Lo único, no estaba esquelética como muchas, que luego intentabas tener algo y te clavabas un hueso.

El parloteó incesante se reanudó y ella siseó molesta con el aumento de intensidad, y que todos comenzasen a agobiarla tratando de hablar solapándose sin que consiguiese entender a ninguno. Empezaba a dolerle la cabeza.

—¡Vale! Un poco de calma. A ver, perdona el numerito, pero... si eres el dueño, tendrás los papeles o algo, ¿no? —Señaló el montón de bultos y pertrechos que tenían esparcidos por el rellano.

—Es lo que he tratado de buscar sin que me dejaran. Es tarde, estamos muy cansados tras el bolo y de todo el día currando, y no dábamos con la llave con tanto trasto. No pretendíamos asustar a nadie, están un poco susceptibles. Soy Kreier, un placer. Por cierto... —Se le acercó un poco más tendiéndole la mano—. El conjunto te sienta fenómeno, preciosa.

Ella puso los ojos en blanco, pero acabó sonriendo, conteniendo a duras penas la risa.

—Ya bueno, perdona. Soy Araya, la presidenta de esta loca jauría o melé que pretende ser el conjunto vecinal. Un placer conocerte. Y ahora que están algo calmados, podrían hacer el favor de regresar a sus casas, aquí no se les ha perdido nada. Ya me ocupo yo —Se giró hacia los demás llevándose la mano a la cintura.

—Tu lo que quieres es beneficiarte al moreno, rica, que seré vieja pero no tonta. La vista la tengo muy bien. ¡Ay si tuviera tu edad...! Menudo trajín le daría a este, no seas tonta niña y date una alegría.

—¡Señora Julia! —Se escandalizó poniéndose más roja que un tomatal entero.

—Que te lo veo en la cara, monina.

Los colores se le encendieron más si eso era posible. Solo le faltaba sacar humo como una tetera. ¡¿En serio lo llevaba escrito en la frente en plan: dame placer, nene que tengo picor?! Su sonrisa forzada fue un poema mal dibujado.

—A ver, despejen. ¿Qué pasa aquí?

Por fin parecía que llegaba la policía, la caballería tan oportuna como siempre. Araya trató de componer una nueva sonrisa, aunque más parecía un perro rabioso al que acababan de interrumpir la comida.

—Vaya Araya, que gustazo verte... —La saludó el primero de ellos.

—Hola Iván.

—Prima. —El segundo se llevó las manos a la cintura echando atrás el chaleco del uniforme, al tiempo que le daba un codazo a su compañero para que dejase de mirar babeando a la chica— ¿No crees que estás llevando un poco lejos eso de la patrulla vecinal? —Hinchó la mejilla con la lengua.

—No te pases Rodri que me han sacado de casa como si estuviese habiendo un golpe de estado. Si llega a ser un incendio no sé la que se lía, fijo lo inundan todo.

—Y tu has saltado a las trincheras, está claro. ¿Te has visto? Un poco más y sales en paños menores por Dios.

—Deja, deja, pero si así esta genial.

Rodrigo volvió a asestar otro codazo a su compañero.

—¿Qué quieres con este patio?

—Eh, rubia. Un respeto —Saltó otra de las marujas cogida del brazo de la señora Julia con quien iba haciendo comentarios de la jugada por lo bajo, como si eso fuera la tertulia del Sálvame.

—Caballeros, documentación por favor —Rodrigo se giró hacia los chicos y el morenazo se giró agachándose frente a uno de los macutos.

Rebuscó mientras el otro le alargaba el documento nacional de identidad, y le tendió también el suyo junto a los papeles de propiedad y la dichosa llave cayó de entre estos.

Los dos policías examinaron todo y devolviéndole los documentos, miraron a la congregación retomando la palabra ante los atentos espectadores, casi parecía una obra de teatro. Una tragi-comedia mejor dicho.

—Todo en orden, venga regresen a sus casas que no son horas de ir armando este barullo, que aún los denunciaran por escandalosos. Disculpen las molestias, bienvenidos al barrio. Araya —Desvió la vista hacia ella.

—Lo siento primo, gracias por venir. Lamento que te hayan llamado.

—No pasa nada. Nos vemos el domingo —Le guiñó el ojo dispersando al personal que se fue yendo a sus respectivas viviendas, comentando todo el incidente y bajaron marchándose también.

—Lo siento de verdad —dijo apurada—. Son muy exagerados, la mayoría son gente mayor y se oyen tantas cosas que se asustaron. Más cuando ya intentaron ocupar el piso.

—No pasa nada, es comprensible. Lo único que quiero ahora es dormir, me reiría si no estuviese tan reventado.

—Vale pues... cualquier cosa estoy arriba, enfrente —Señaló con el dedo, cogiendo el bate que había dejado a un lado, sonriendo.

—¿Protección? —preguntó el otro.

—Ah, esto... hay mucho loco suelto —Se llevó las manos a la espalda ocultándolo, roja, riendo con cierto toque a histeria.

Hizo rechinar las deportivas rosa-fosforito que calzaba con una enorme borla pomposa, y se giró tiesa como un ajo arrancando a correr escaleras arriba.

—¡Por Dios que vergüenza, que vergüenza! —Iba tan concentrada en sortear las escaleras sin tropezar ni caerse, que no se dio cuenta de que iba

hablando en voz alta.

Ambos se miraron, echándose a reír de nuevo y abrieron la puerta, empezando a coger bultos.

—Tío, menuda llegada. Esto ha sido surrealista total, aunque tu vecina está muy buena. Puede que un poco loca y peligrosa, pero...

Kreier rio poniendo la palma en la espalda de su amigo y pasó dentro dejando las primeras bolsas. Una vez tuvo todo dentro, llevó la mano a la puerta y sonrió mirando en dirección al piso de arriba.

—Ya bueno, esto promete no ser nada aburrido.

—Ni que lo digas, voy a echar un meo o reviento.

II

Por extraño que pareciese, al final descansó como un niño.

Ni siquiera pensó en qué tipo de comunidad se había metido, pero estaba seguro de que sería la comidilla de muchos durante un tiempo y, aun así, tirado todavía en el colchón con las sábanas medio revueltas echadas por encima, pues no había sido capaz de hacerla, no se quitaba la imagen de esa chica de la cabeza, su preciosa carita de muñequita, dulce e inocente con esa boca de caramelo.

Tan bonita, tan menuda, decidida y ese carácter... Mmm.

No podía negar que lo había puesto y con el tiempo que llevaba a dos velas era un suplicio para su entrepierna. Además, parecía divertida, alegre y sin filtro alguno, aunque con ese bate por un instante le pareció una loca peligrosa adorable.

Rio al recordarlo y se levantó dispuesto a armar el piso para que pareciera un hogar y conectó el equipo de música.



Araya cogió el cojín que descansaba solo, a su lado, y se lo estampó contra la cara. Con todo el bochorno había sido incapaz de pegar ojo, pero al menos tenía unas cuantas ideas hirviendo en su cabeza loca. Eso sin contar que no había habido forma humana de que la imagen del nuevo vecino se le fuera de la mente.

Se levantó arrastrando los pies y fue hacia la mesa del comedor.

Se sentó con el pie bajo el trasero y medio zombi, se tendió sobre la mesa de lado alcanzando el boli y la libreta de notas.

Mordisqueó el capuchón antes de acercarse al papel pensando el mejor modo de plasmar aquellas galimatías y anotó todo lo que era principal e importante para no olvidarse nada, haciendo un esquema verbal de lo demás. Con solo esos puntos era capaz de recordar la idea inicial e hilar el resto.

Se levantó tras eso y sirviéndose un zumo, conectó el estéreo. Contoneó el cuerpo moviéndose a ritmo y alzó los brazos por encima de la cabeza sin dejar de bailar. Dio otro trago terminando el contenido y dejándolo en la fregadera, empezó su ronda de limpieza. Primero el polvo, luego barrer, fregar, cama, lavadoras y ya darle al suelo.

Por suerte las ventanas las había hecho hacía poco y tanto las persianas como los cristales estaban limpios.

Fue hacia el armario de la entrada y al abrirlo, se encontró con el floreciente que había ido a buscar el día anterior y torciendo la boca, cogió las llaves, se calzó unas bailarinas pese a ir con los calcetines de ir por casa, de esos cómodos de colorines, blanditos y suaves, y salió. Fue a por la escalerilla al cuarto y regresó a por la luz.

Sería mejor que la cambiase ahora y no más tarde, no fuera a ser que acabase haciéndose de noche y a ella se le pasase el hacerlo y alguno rodara escaleras abajo. Ya bastante tenían como para encima afrontar una reclamación por lesiones.

Subió los tres peldaños y alzándose sobre las puntas de los dedos, empezó a trastear maldiciendo sin ver que tenía a alguien detrás.

—¡Maldita sea! Sal cabroncete. ¡Que asco esto de ser tan canija! Demonios ¡Que te sueltes te digo maldito trasto! —Tiró a punto de caer haciendo que, por fin, la barra se soltase—. ¡Bien! —chilló eufórica casi a

punto de caer.



Kreier no podía dejar de observar sus movimientos con esa sonrisa granuja que dejaba al descubierto sus pronunciados colmillos, distendiendo sus marcas de expresión. Apoyó un codo en la barandilla y se pasó la mano por la barbilla fijando la vista en ese redondito y prieto trasero casi expuesto, entre la postura y el diminuto pantalón. El mismo de la noche anterior.

Vio como perdía estabilidad y sin pensarlo, la agarró con una mano de la parte baja de la espalda y la cintura, alargando luego la mano al floreciente que le cogió, pues se le escurría.

Araya dio un respingo al sentir esa mano fuerte, cálida y algo grande casi rozarle el culo y de seguido, desplazó los ojos a los dedos que sostenían el dichoso tubo.

—Gracias, de qué no me mato.

—¿Me dejas a mi?

Araya asintió como una boba soplando para apartar un mechón que le caía por la frente, haciéndole cosquillas, incapaz de apartar la vista de la sonrisa que cubría esos golosos labios masculinos que parecían gritarle cantando: bésame.

—Estos chismes son peligrosos, podrías hacerte daño. No deberías hacerlo sola —Kreier cambió la luz en un momento ajustándola y esta enseguida se conectó.

—Vaya, gracias. Por suerte estabas tu —Sonrió bajando de la diabólica escalerilla.

Lo cierto era que le tenía pánico, pero no le había quedado otra.

—Siento si te he asustado.

—No, no pasa nada —Se apartó el pelo con una sonrisita—. Una mano bien echada siempre va ben, digo...yo... esto... mejor me callo —Se mordió el labio ladeándolo, nerviosa.

Sabía que tenía las mejillas rosadas, pero no podía evitarlo, un poco más y se le lanza encima como una loba hambrienta. Se frotó la pantorrilla con el pie y llevó la mano opuesta al mini bolsillo lateral del short sintiendo como su sexo se contraía excitado recordándole que seguía a dos velas.

«Vuelve a poner las manos donde quieras» Pensó y alarmada, abrió mucho los ojos «¡Pero qué dices! ¿Te has vuelto loca? Araya que ya pareces una de

tus protas... *Stop*» se dijo.

—Bueno, pues será mejor que siga o hoy no termino. No tengo para limpiar —Kreier carraspeó sin borrar la sonrisa pasándose, incómodo, la mano por la nuca luchando por no volver a ponerla sobre sus formas.

—Tienes un súper subiendo la calle, esa en cuesta.

—Gracias —Le sonrió sin dejar de mirarla a esos bonitos ojos turquesa y siguió hacia las escaleras.

—Oye, Kreier —Lo llamó haciendo que se detuviese cuando ya estaba en el segundo escalón—. Yo tengo, si quieres puedo echarte una mano - «o dos no me importa. Menos con todo el lío de ayer —Se encogió de hombros—, que menos —Se movió sobre ella misma.

«¡Idiota, idiota! ¡Corre y no mires atrás! ¡¿Cómo puedes ser tan tontaaa?!»

—¿Segura? —preguntó saboreando lo bien que sonaba su nombre en sus labios.

—¡Claro! —Sonrió dando un saltito sobre los pies que hizo oscilar la coleta de caballo mal recogida que se había hecho.

Kreier resiguió el movimiento suave de sus menudos pechos que apenas se resintieron, presionando desafiantes contra la tela. Se humedeció los labios que sentía resecos y con el pulso acelerado, desanduvo el camino. La ayudó a guardar todo y fueron a por los enseres necesarios hablando de todo y nada en concreto. Aprovechando para aspirar su suave aroma a limpio, olía a jabón y verano.

—Así que... músico.

—Se intenta, en realidad tengo una pequeña empresa. Trabajo el hierro, hago cerramientos, estructuras y demás.

—Pero tienes un grupo. Dijiste que veníais de un bolo.

—Sí, los *Hard to fall*.

Araya sonrió y esperó a entrar a que él lo hiciera, y se avanzó mirando el espacio mientras él la repasaba a ella.

«¿Llevará algo debajo de ese pantalón?»

Pensar eso le produjo un cortocircuito que arrasó sus sentidos, haciendo que el suyo tirara presionando su entrepierna, por lo que apretó los dientes maldiciendo.

Esa mujer lo torturaba como ninguna y solo en apenas unas horas. Deseaba tenderla en la mesa y devorarla dándose un verdadero festín en todos los sentidos. Recorrer su cuerpo con las manos y...

«Mejor no vayas por ahí, deja de pensar en eso» se dijo.

—Pues ya lo ves, no hay gran cosa aún. Cuatro muebles y ya. No puedo ofrecerte más que agua o alguna cerveza. He de ir a comprar.

—Tienes lo necesario, parece más grande.

—No es que vaya a poder estar mucho tampoco, me paso la mayor parte del tiempo en el taller o con el grupo.

—Normal.

—¿Y tu a qué te dedicas?

—Trabajo en un taller de reparación y... escribo, o eso intento.

—Es bueno saberlo, he de pasar la revisión a la furgó y no conozco ninguno por aquí.

—Pues si luego subes te daré la tarjeta. Te haremos buen precio —Le guiñó el ojo.

—Si me lo dices así...

Ella rio poniéndose manos a la obra con la limpieza a pesar de que aún había cajas por desempaquetar.

—¿Y qué escribes si se puede saber?

—Si quieres saberlo vas a tener que comprar, guapito.

Kreier rio.

—Tu sí que sabes. Voy a tener que contratarte por eso del márquetin.

—¿Sois vosotros? —Señaló el equipo con el pulgar.

—Sí.

—Suená muy bien, me gusta. ¿Y tu amigo?

—Lo mandé a casa. Ronca.

Ambos se echaron a reír y siguieron con la limpieza hasta dejarlo todo como los chorros del oro y Kreier le tendió un vaso de agua acercándose el botellín que él se había cogido. Apoyándose en la puerta de la cocina, la observó ahí sentada en el sofá como un pequeño ángel de *Victoria Secret* en versión reducida.

Se apartó acercándose, y se sentó junto a ella admirando como se le dilataban las pupilas sin perder detalle de sus movimientos.

Araya se pasó la mano por la nuca muerta de calor y bebió un poco, tratando de recuperar la naturalidad y el ritmo de sus pulsaciones o a ese paso, el corazón le saldría disparado del pecho. El sudor perlaba su piel y se deslizaba por su espalda creando una extraña sensación que erizó sus pechos.

«¡Ay Dios, ay Dios, que buenorro que está!» Sus hormonas parecían estar

de fiesta en su mente porque no dejaba de pensar en sexo, sexo desenfrenado y lujurioso. Sexo, sexo, sexo.

Estuvieron un poco más hablando en mitad de aquella atracción que ejercían sus presencias y cuando Araya ya se levantaba para irse, Kreier, que también estaba en pie extrañado al oír el timbre, fue hasta la puerta que abrió, dejando al descubierto una bonita chica de melena corta y recta.

Su melena era oscura y sus rasgados ojos felinos resplandecían como miel. Largas piernas interminables, y un cuerpo estupendo para lucir como lo hacía con ese mono de pantalón casi inexistente y escote de vértigo.

Araya serró los dientes al pensar en sus pintas.

—Lexia, que sorpresa. ¿Qué haces aquí?

—Los chicos me dieron la dirección y vine a verte. Tengo que comentarte unas cosas.

—Claro.

—Yo ya me iba —Se apresuró a aclarar Araya al ver que la chica la miraba de modo crítico regresando a él.

—¿Y eres...? —Dejó caer.

—La vecina. Hasta luego —Pasó por el hueco que dejó en la puerta subiendo al trote las escaleras. Se pegó a la puerta una vez cerró y soltó el aire—. Aterrizas, es demasiado tío para ti. Deja de soñar despierta y úsalo de inspiración en una novela porque poco más te quedará.

Se impulsó hacia la habitación y se vistió. Tenía unos encargos que hacer, así que dándose prisa antes de que no llegase por culpa de la hora, puso la directa.

Cuando llegó lo hizo empapada de pies a cabeza, el tiempo había cambiado de golpe y la tromba de agua la pilló de pleno.

Había soltado las bolsas a sus pies, dejando un cerco de agua y rebuscaba entre el bolso viendo como las gotas iban resbalando por su pelo.

—Venga... ¿dónde os habéis metido? —Seguía moviendo la mano, frenética en pos de las llaves.

No podía ser tan difícil dar con ellas con el pedazo llavero de peluche que llevaba, cuando escuchó que una puerta se abría y las voces hacían algo de eco en la escalera, dejándola quieta cual estatua o una ladrona pillada in fraganti.

—Pues deja que esta noche lo hable con los chicos y te decimos.

—Es una buena oportunidad —decía la morena que hizo chasquear la

lengua al ver que había perdido la atención de Kreier siguiendo su mirada hasta lo que lo cautivaba.

Este no podía apartar la vista de sus formas. El vestido se le pegaba como una segunda piel y las gotas resbalaban perlado su piel, haciendo que su mente y su amiguito de más abajo despertase con violencia una vez más, pudiendo verse lamiendo cada palmo de esa tersa piel húmeda, desde esa posición podía verle hasta las bragas dejándolo sediento.

Sonrió sin poderlo evitar, y pasándose los dedos por el mentón, tomó la palabra:

—¿Te echo un cable? Has pillado bien, ¿eh?

—Ya te digo, todo por no mirar —Dejó escapar un pequeñísimo estornudo.

—Oye, esta tarde tendría que ir a comprar sí o sí. ¿Te importaría acompañarme? Porque fijo que en el supermercado de allí arriba me sablan.

—Claro, también he de ir, así aprovechamos el viaje. Pongo yo el coche, es pequeño, pero nos apañaremos. ¡Atchis!

—Estupendo, así me pasas la tarjeta. Te pego un toque cuando este.

—Vale —Sonrió dando por fin con la llave dando un grito de alivio— ¡Wiii! ¡Ya! Aquí estáis malditas —Tiró de estas y la metió en la cerradura.

—Sécate bien no vaya a ser que te resfríes. Y sino ya te haré entrar yo en calor —Pensó eso último viéndola girar la llave estornudando una vez más, de ese modo casi inapreciable, sonriendo de nuevo—. Como una gatita —se dijo.

Cuando estuvo en la cocina, Araya soltó todo y miró sus manos temblorosas. Había sido un milagro que no se le cayesen o rompiesen las bolsas desparramando todo por el suelo, o cayendo ella de bruces con el culo en pompa, porque casi había resbalado por culpa de las condenadas bailarinas y que sus piernas decidieron convertirse en flanes en cuanto él le dijo de ir juntos a comprar.

—¡¿Pero qué haces?! Te vas a convertir en la vecina tonta que baila a su son, bebiendo los vientos por él y después de lo de... mejor no sigas por ahí, para —Fue hacia el baño quitándose la ropa empapada y se metió en la ducha, sin lograr dejar de ver su rostro y ese cuerpo.

Le encantaba el poderío y sigilo con el que se movía, le recordaban a un gran felino. La flexión de sus músculos, su fuerza y ese condenado olor. No sabía que perfume sería, pero le hacía la boca agua. Todo en él era sexy y con un toque oscuro y prohibido que la atraía cosa mala haciendo que sus

hormonas le hiciesen la ola con sus bragas por bandera, agitándolas al son del *dame más papi* que sonaba en su cabeza.

—No es bueno para ti, ese tipo de chicos no son para ti, Araya. ¡Coño! ¿Y por qué no? —Empezó a discutir en su propia mente tal que si tuviese el demonio y el ángel en cada hombro—. Para pasar un buen rato está más que bien, que te pilles será tu problema porque a ver... ¿cuál es tu tipo? ¿Un muermo, soso y aburrido pero seguro? No hay nada seguro en esta vida, bien lo sabes con lo bien que te salió la última vez —Resopló con ironía—. Que son cuatro días y hay que vivirlos y disfrutarlos a tope o la que será un eco será tu esquila. «Esta fue. Fin» Además, no le conoces. Parece muy majo y trabajador, nada de ser un *bala perdida*... ¡Dios! Necesito un buen revolcón, un polvo que me agite bien las telarañas o hacerte con un buen dildo.

A eso de las cinco bajó tal y como había dicho y fueron al súper. Compraron y regresaron a casa. Kreier lo agradeció y se despidieron dejando pasar un largo rato incómodo en el que ninguno parecía saber qué hacer, sin atreverse, pensando y sin querer alejarse todavía.

El domingo no supo de él y cierta desazón la acompañó durante el día.

III

El lunes estaba siendo un día duro. El teléfono no paraba y Araya apenas tenía tiempo entre albaranes, facturas, presupuestos y atender a todo el que llamaba, como para acordarse de los tórridos sueños que tuvo la noche anterior con el vecino de abajo.

Ya no sabía ni porqué discutía cuando colgó rezongando, anotando de cualquier modo lo imprescindible para no olvidarse, y echó la silla para delante dejando el teléfono, con la vista fija en los papeles empezando a teclear, al tiempo que le indicaba algo al mecánico que entraba en la oficina, hasta que un carraspeo y esa voz aterciopelada, se coló por su sistema erizando su piel haciéndola dar un bote. Alzó los ojos tras no haber podido contener el grito que se le escapó, y ahí se lo encontró. Apoyado de forma indolente con el codo en la puerta, lanzando su pulso a la carrera y haciendo que a su mente acudiese la imagen de él, con apenas un mono enrollado a la altura de su pelvis, la piel resplandeciente y alguna que otra mancha de grasa. Tras eso entraba, y lanzando todo lo de la mesa al suelo, la lanzaba ahí poseyéndola de modo salvaje.

Una vez más sus bragas parecieron una bandera agitada en plan fanático total, y se pasó la mano por el escote, acalorado o abochornada perdida, no sabría decir.

—¡Ay Dios mío! —Se le escapó —«Frena esa imaginación, contención Araya. Respira y mantén la calma»

—Toc, toc. No pretendía asustarte. He llamado varias veces, pero no hubo modo. Comunicabais —Rio ante su comentario y sus gestos, su cara estaba como la grana, y se abanicaba con la mano. Se preguntaba qué estaría pensando porque si se pareciese lo más mínimo a lo que él...

—Kreier, que... Está siendo una mañana de locos. Pasa —Le sonrió.

Él se sentó dejando las llaves y demás documentación sobre la mesa.

—Quizás no os va bien, pero era por lo de la revisión.

—Claro, no pasa nada —Fijó la vista en el hombre que entraba, sonriéndole y Kreier sintió como se le retorció el estómago hasta que la escuchó—. Papá, ¿crees que sería posible tener una revisión lista para hoy?

—Depende de qué recambios necesitemos princesa, ya lo sabes. ¿Qué

coche es?

Araya le tendió la mano a Kreier que le alargó la ficha técnica.

—Una California de las antiguas, es original. Por cierto, él es mi vecino, Kreier.

—Chaval, vas a tener suerte. Hace poco un cliente me dejó tirado con un montón de recambios. Le diré a Sony que se ponga en cuanto acabe con el Ford. Solo le queda cambiar una rueda.

—Gracias —Le sonrió ella al verle estamparle un beso en el cogote dejándolos solos.

—No hacía falta que... me sabe mal.

—No pasa nada hombre, además, ya estás aquí.

Kreier le sonrió y la observó trabajar en silencio, ya que, el teléfono volvía a sonar. Araya tenía algo que lo cautivaba poniéndolo duro sin necesidad de nada. Era preciosa, graciosa y tenía genio, algo que le encantaba, y esas salidas suyas eran auténticas.

Era muy energética y rebosaba vida. No paraba de atender a uno y otro, y su amabilidad no decaía. Conocía a cada repartidor e interlocutor. Pedía piezas, picaba presupuestos... Por lo visto era buena con los coches y los clientes. Y a él siempre le habían gustado ese tipo de mujeres con carácter.

—Sería mejor que fueras a tomar algo. Hay para rato —le comentó en cuanto tuvo un segundo, aprovechando una pausa entre las llamadas y visitas encadenadas que se sucedieron.

—Contigo claro —Sonrió de ese modo que le aflojaba las piernas y le mojaba esa ropa interior que caía mentalmente por sus piernas en su mente, coreándole.

Tenía un modo de sonreír que desarmaba entre pícaro, inocente y muy atractivo con esos colmillos y marcas de expresión.

—Haremos algo mejor. Si no tienes prisa podemos ir a comer y ya luego lo recoges. No creo que el jefe se queje si vengo antes en la hora de la comida.

—Perfecto.

Araya sonrió y levantándose, se puso bien la cinturilla del vaquero y Kreier gruñó para sus adentros sintiendo como el fuego lo recorría y el pulso volvía a acelerársele. Estaba preciosa con esa blusa negra, y la tela azul amoldándose a la firmeza de su cuerpo menudo.

—Vamos.

Kreier la siguió y enseguida se pusieron a hablar y reír como si se conocieran de siempre recordando las palabras de Lexia: «Cuanta tensión sexual. Hay química entre vosotros. Muy mona la vecinita»

Comieron, y ya a la tarde, se dispuso a regresar.

—Bueno, pues muchas gracias.

—No hay de qué. Cualquiera cosa ya sabes, pero a mi no me busques que mañana empiezo vacaciones —Rio—. Aunque ya verás como algo me toca hacer desde casa.

—Mira que bien, así no tienes excusa —Torció la sonrisa apoyándose de lado en la puerta abierta de la furgoneta.

—¿Excusa para qué?

—Tenemos una actuación el viernes, me gustaría que vinieras si te apetece.

—Claro, ¿dónde?

«¡Idiota! No respondas tan rápido, pareces desesperada. Pero es que estás loca por un buen revolcón y más con él»

Kreier metió medio cuerpo en el vehículo y Araya se recreó con las vistas de su trasero humedeciéndose los labios, y sonrió como una buena niña cuando se giró entregándole media cuartilla. Sin ser consciente de que él la había estado controlando por el retrovisor, satisfecho con su reacción, que no hacía más que divertirlo. Disimulaba, pero parecía que no solo él sentía esa intensa atracción que se genera entre ambos.

—Es ahí.

—Ah, lo conozco. Es fácil de llegar. Pues nada vecino, voy a seguir o el jefe me tirará de las orejas que ya has visto como está el día y he de dejar todo listo.

—Llegarás tarde hoy —dijo con cierta aflicción.

—Ya te digo. A este paso no lo dudes.

—No te entretengo más, que sea leve —Le guiñó el ojo antes de subir y arrancar, haciendo que el corazón le diese un vuelco a Araya que sintió como la sangre se le lanzaba a la carrera convertida en fuego concentrándose en zonas indebidas de su anatomía.

Y es que sus hormonas, implacables y ansiosas, volvían a la carga moviéndose en estampida, agitando el tanga en la mano, mandando a su sentido común de juerga.

A eso de las nueve y media estaba entrando por la puerta. Se quitó los zapatos dejándolos de cualquier modo donde cayeron y estirando los dedos de los pies, avanzó un poco más colgando el bolso del respaldo de la primera silla que encontró con un suspiro de alivio. Estaba molida, y solo tenía ganas de dejarse secuestrar por el sofá porque ni siquiera tenía ánimos para prepararse algo o pedir comida del chino.

Lo malo es que tenía sed, así que se acercó hasta la cocina, sacó un botellín de Coca-Cola y anduvo hasta la puerta corredera del patio de luces para abrirla. Hacía muchísimo calor y la cocina era un horno, además, si después abría el balcón correría más aire y refrescaría todo antes.

Echó un trago al refresco y lanzó la vista a bajo, viendo luz en el piso de Kreier y una sonrisa tonta curvó sus labios. Suspiró sin darse ni cuenta y se quedó parada cuando le vio abrir la ventana sacando la cabeza.

—Anda, hola preciosa. Ahora iba a subir a picarte.

Araya miró a uno y otro lado para asegurarse de que era realmente a ella y no había nadie más allí, su imaginación podía jugarle malas pasadas, pero no, estaba solo ella, por lo que se señaló haciéndole sonreír.

«Ay, cielos» Se pasó la mano por el escote tirando del cuello de la camiseta.

—¿A mi? ¿Por qué? —Se extrañó casi a punto de atragantarse, al ver que se estaba terminando de colocar la camiseta dejándole ver un torso esculpido que estaría encantada de recorrer.

«Pedazo tableta prohibida, ñam»

—He hecho unas pizzas, tengo bebidas y unas pelis. Pensé que estarías muy cansada para cenar y a mi se me fue la mano.

—Tentador, muy tentador, pero te advierto que soy capaz de quedarme frita a los treinta segundos de película.

—No importa, siempre puedes quedarte o te subo a casa.

—Mmm no sé, no sé. ¿Quién me dice que puedo fiarme de ti? —Bromeó.

—Tráete el bate —Sonrió—. Venga, prometo ser bueno.

«No lo seas, empótrame contra la pared y fóllame bien profundo» Se reprendió nada más lo pensó «Estás muy salida»

—¿Pero a qué estás esperando, niña?! Ya estás tardando en bajar —La señora Julia sacó la cabeza por su ventana y a esta le siguieron tres cabezas más en las distintas ventanas de ese patio de luces interior.

—La madre que... —Araya no terminó la frase poniéndose como un

pimiento—. ¡Esto es el colmo! ¿Pero es que no tienen vida? Esto no es el culebrón.

—No, es mejor. ¿Qué Julia? ¿Cuánto crees? —Saltó la otra marujona.

—Anda y déjate de tontunas niña, di adiós a tanto olor a viejo y rancio. Ya era hora de tener algo de sangre joven por estos lares —Secundó Hipólita.

—Tierra trágame...

—Buenas noches señoras, ayúdenme a convencer aquí a la dama.

—Uy guapetón, si te hemos de ayudar muy malamente la estás cortejando. Con lo guapo que tu eres y así tan salvaje de seguro no te hace falta. Pero vamos, que de esta nos encargamos nosotras. A ver rubia, vete para abajo y tu ya mañana si eso nos cuentas, ea —La interpeló Julia.

—Venga mujer, pero si te lo está pidiendo con carita de pena y to, que te ha hecho la cena. Mi Antonio que en paz descanse, jamás en la vida fue capaz de un gesto, na. Era más rancio el jodio... —Se animó Virtudes—. Eso sí, me metía unos meneos que para que te cuento, todo el día dale que te pego estábamos —Rio.

—¡Ay madre! —Se llevó una mano a la cara—. Me voy para no oírlas, chismosas.

—¡De chismosas nada rubia! Que estamos muy aburridas hija, tu haz caso a la Julia.

—¿Qué han apostado ya? —Araya se detuvo antes de cerrar la corredera, cruzándose de brazos. Como si no las conociese....

—¡Nada, nada! —Empezaron todas, al tiempo que Virtudes dejaba escapar una bocanada de humo del cigarro que se estaba fumando.

—Por el amor de Cristo Virtudes, a su edad. Haga el favor de no fumar aquí en el patio que podemos tener un disgusto.

—Niña no me amargues el pitillo que por una vez que me lo puedo fumar a mis anchas aquí charlando, no lo voy a desperdiciar.

Ella puso los ojos en blanco viendo como la aludida encendía una vela para el olor y se fue dejándolas ahí con su cacareo con Kreier que les siguió el juego un rato, dándoles vidilla entre risas y caballerosidad.

Araya se miró al espejo cogiendo aire y decidida, cogió un par de bolsas de patatas y chucherías abriendo la puerta de casa. Tiró de la llave y bajó muy despacio las escaleras. Oprimió el dedo en el pulsador y esperó con el pulso al galope, furioso y a punto de reventar sus tímpanos.

Kreier la recibió con una de esas sonrisas devastadoras y ocupando todo

el espacio sintiendo un duro golpe de ese olor que tanto la seducía, poniéndola a tono.

—Creía que ibas a darme plantón.

—¿Con unas pizzas? Nooo, jamás. No tenías porqué molestarte de verdad —Sonrió algo cohibida con las mejillas coloradas, estaba entrándole la vergüenza, le fallaba la seguridad cuando pensaba en su última relación—. ¿Me vas a dejar pasar o he de pagar peaje? —Sacó las manos de detrás de la espalda—. He traído refuerzos.

—En ese caso... —Se hizo de rogar pensándose en si arriesgarse a pedirle un pago o comportarse. Quizás sería ser demasiado directo y lanzado y lo creyera un salido—. Adelante señorita —Hizo un poco de teatro imitando una especie de reverencia y Araya rio cruzando el umbral.

—Gracias. De verdad, nunca habían tenido un gesto así conmigo y tú acabas de conocerme, me ha... descolocado.

—¿Eso es bueno?

Ella asintió.

—Seguro que tus novios te habrán preparado cosas mejores.

—¡Ja! Ni en sus sueños han sabido lo que es siquiera una tarjeta con una rosa, o traerte un simple zumo a la cama.

Él hizo una mueca.

—Pues vaya. Con ejemplares así empiezo a entender porque la totalidad del género masculino nos llevamos tantos reproches. Y... ¿Cómo estás ahora hablando de pareja? —Se llevó una mano al bolsillo invitándola a sentarse en el sofá.

Araya volvió a sonreír mirando la mesita baja que tenía frente a este y el televisor. Había puesto los platos con varias pizzas ya cortadas, unas cervezas, unos pétalos decorativos y una vela en medio.

—Que tierno. ¿Acaso era una cita velada?

—¿Y si lo fuera? ¿Querías?, ¿te gustaría digo?

—Me hubiera puesto algo más bonito.

—Oh ya veo, tú quieres matarme —Se acercó quitándole de las manos las bolsas y se las llevó a la cocina escuchando como ella reía.

Le encantaba su risita, era espontánea, pero a la vez le recordaba a las damas de antes, elegantes. Y eso que la primera vez que la vio con ese bate más parecía una choni macara de polígono. Aun así, también fue muy gracioso, pero en cuanto sus miradas se encontraron, fue como si algo prendiera entre

ambos quedando eclipsado por ella.

Araya se sentó y esperó a que regresara sin quitarle ojo de encima, una vez ocupó su lugar y empezaron a cenar. Le tendió unas servilletas de papel y le dio a reproducir dejándola elegir entre las películas que tenía.

Una vez terminaron de comer, se encogió en el sofá poniéndose cómoda, se sentía bien a su lado, aunque fuese una situación extraña no podía evitar sentirse así con él. Era sencillo, agradable y no se sentía amenazada, todo lo contrario, y su sucia mente lujuriosa no dejaba de corear.

—Perdón por adelantado si terminó ko.

—No importa —le dijo muy bajo al ver como sus ojos iban cerrándose a ratos.

—Debería subir ya...

—Anda, ven —Pasó un brazo por sus hombros acurrucándola contra él y le alargó una gominola.

Al final, con una de las escenas, los dos empezaron a hablar burlándose y haciendo coñas, consiguiendo que Araya se olvidase del cansancio que arrastraba. Estaba muy a gusto allí con él y todavía reía lanzándole una palomita.

—¡No, eso no es así, anda ya! Menuda trola ¡venga! Como se han pasado.

—¿Y lo bien que queda? —La cogió haciéndole cosquillas.

Ella no sé apartó, sino que se dejó dejándose llevar.

No se había equivocado al pensar que tenía un punto de locura irresistible, era tal cual se la veía o eso parecía, porque a pesar de esa fuerza y carácter que derrochaba, parecía frágil y vulnerable. A veces, al mirar al fondo de sus ojos percibía miedo e inseguridad.

Era como si alguien le hubiese hecho mucho daño y todavía estuviese luchando contra las heridas, despertando una parte protectora e instintiva que solo quería verla reír justo como en ese momento.

Araya se retorció entre carcajadas con lágrimas en los ojos, hasta que las pupilas de ambos se encontraron y sus bocas, se buscaron entregándose a un apasionado beso nada inocente ni recatado.

Sus lenguas danzaban prendiendo como fuego, explorándose, danzando, empujando y luchando ansiosas, acoplándose a la perfección hasta que necesitaron respirar.

Los dos se apartaron, cohibidos, y miraron la pantalla ahora negra. La magia del momento se había roto de pronto esfumándose como la niebla al

salir el sol.

—Esto, es muy tarde y... sería mejor que me fuera. Tú has de madrugar y... —Araya se levantó toqueteándose, nerviosa, el pelo.

—Sin problema, estoy acostumbrado a empalmar —Se levantó para acompañarla a la puerta al ver que ella se levantaba.

Araya le sonrió para suavizar algo la tensión.

—¿Todo bien? —Quiso saber él.

—Claro, otro día preparo yo la cena.

Kreier se llevó las manos a los bolsillos regalándole una de sus sonrisas perturbadoras que la tendría toda la noche soñando indecencias calientes y satisfactorias con él, y más tras aquel tórrido beso incendiario.

—Me gustaría, no quería que...

—No pasa nada, de verdad. Me gustó, se te da bien —Sin darse cuenta había llegado a la puerta y se giró sin saber qué hacer todavía, si ponerse de puntillas y darle un beso en la mejilla o qué diantres hacer. ¿Qué se esperaba en esas ocasiones? ¡Por todos los infiernos que era negada para eso! Y su cuerpo no dejaba de temblar, ardiendo de pies a cabeza.

—¿El qué? ¿cocinar u otra cosa? —Kreier tentó la suerte sin perder la sonrisa.

—¿Tu qué crees? —Lo miró pícaro acercándose un poco a él, pasando el índice por su pecho—, besar —Alzó los párpados para verle, pronunciándolo en un tono bajo muy sugerente y privado que lo hicieron reaccionar, despertando de nuevo lo que habitaba entre sus piernas.

—A ti también.

Ambos sonrieron con torpeza bajando la vista al suelo. Kreier dio un paso más hacia ella y ambos hicieron un torpe intento sin terminar de coordinarse y rompieron a reír.

—Buenas noches, Kreier —Le acarició la mejilla, y alzándose sobre los dedos de los pies, le dio un suave beso en los labios de esos que dejaban con ganas de más.

—Descansa preciosa, dulces sueños.

—Van a ser de todo menos suaves —Medio río pizpireta girando sobre ella misma para encarar las escaleras y Kreier rompió a reír.

—No te andas con rodeos tampoco.

Ella se encogió de hombros moviéndose de lado a lado.

—No, ¿algún problema?

—Me encanta, no me van las tonterías.

—Oh ya veo. Por eso has organizado todo este escenario, ¿no? —
Entrecerró un ojo sin perder esa sonrisa maliciosa que tanto le gustaba a él.

—Me has pillado —Se frotó la nuca—. Tengo un lado tierno y romántico,
solo que no se lo digas a nadie —Le guiñó el ojo—, no sabía cómo entrarte.

Ella rio asintiendo conforme a que guardaría su secreto y subió el primer
peldaño llevando la mano a la barandilla.

—Reconozco que también me gusta, pero mejor no se lo digas a nadie —
Se llevó la mano a la boca haciendo pared—. Aquí las puertas tienen ojos y
oídos —dijo confidente en tono desenfadado.

El asintió de buen humor.

—¿Crees que estarán haciendo el recuento de la porra a ver si...?

—No lo dudes, guapo —Uso el tono de la señora Julia al llamarlo guapo
haciéndolo soltar una carcajada llevándose de forma automática la mano a la
boca para acallarla y no atraer más la atención de los alcahuetes de los
vecinos.

—Vamos, total no hace daño a nadie. Dales algo de cancha, esto es mejor
que sus series y les da alegría.

Ese fue el turno de Araya de desternillarse.

—¡Ay que me meo! —Se quejó pasándose los dedos por los ojos
arrastrando las lágrimas—. Hasta mañana —Se despidió subiendo por mucho
que su mente se resistiese deseando meterse en su cama. Algo que jamás le
había pasado con nadie de ese modo, antes debía conocerlo, pero con Kreier
todas sus reticencias saltaban por los aires y le encantaba.

¡Se sentía viva otra vez! Ella, sin miedo ni sombras y mirar atrás era algo
que no debía hacer, se lo había jurado. Por lo que una cancioncilla se instaló
en su mente y no pudo parar de canturrearla hasta llegar a casa.

IV

Ni siquiera cuando cerró la puerta tras ella logró que el pulso le regresase a la normalidad.

Seguía flotando entre nubes, y se llevó los dedos a los labios descubriendo que sonreía. Se desnudó ardiendo, y recogió el pelo, se metió en la ducha para refrescarse.

—Me ha besado —Se repitió y a punto estuvo de ponerse a saltar en mitad de la ducha, bailoteando como una enajenada.

Se secó poniéndose unas bragas y una camiseta y se dejó caer en la cama.

—¿Pero qué estás haciendo Araya? Te estás dejando llevar y puedes terminar hecha un colador. Aunque... por otro lado—Giró boca arriba—, si no lo haces desaprovecharas tu vida solo por miedo a sufrir. No seas cobarde. Lánzate, ha admitido que quería entrarte y tu deseas darle la bienvenida entre tus piernas.

Pero... ¿De verdad podía arriesgarse? ¿No sería mejor tener solo eso, sexo? Era más seguro, menos arriesgado. Se había jugado mucho ya y no sabía si podía estar segura. Su corazón no soportaría un nuevo revés. ¿Podría confiar en él? Si no lo hacía, si no dejaba volver a entrar a nadie, jamás avanzaría y se juró que lo que le hizo ese cabrón, no la condicionaría pues no sería una víctima. De todos modos, se daba cuenta de que, con él, todo surgía de forma natural sin que tuviera que forzar nada, Kreier le gustaba y la hacía sentir ella.

Se levantó yendo a la otra habitación y rebuscando en la estantería, cogió un libro, agarró el boli escribiendo en la primera página blanca y yendo a la puerta, tiró de las llaves. Bajó corriendo escaleras abajo y lo metió en el buzón pertinente y regresó a toda prisa a la cama.

—Anda que quien te vea a estas horas corriendo en bragas por el edificio... —Se rio de ella misma imaginando al señor Hermenegildo pegado a la mirilla y un escalofrío le recorrió la espina dorsal—. Bueno, le darías una alegría al hombre o al igual le acaba de dar una apoplejía.

Se metió en la cama nerviosa, y procuró relajarse.

Por suerte, al día siguiente no sonaría el despertador.

Bip bip bip bip...

—¡No, mierda! —Araya protestó palpando a lo largo de la mesita de noche sin sacar la cabeza de debajo las sábanas. Los ojos cerrados y una mueca de disgusto.

Al final, con todo el lío de la euforia olvidó desconectar la alarma del móvil que usaba de despertador. Logró dar con el aparato del infierno, y la desconectó atrincherándose en la cama dispuesta a dormir pero los recuerdos de la noche anterior se lo impidieron al regresar en tropel.

Gruñendo, pateó la tela y salió yendo al comedor con el pelo alborotado. Lo suyo no era empezar bien las vacaciones...



El martes pasó rápido dando paso al miércoles y agotado, Kreier giró la cerradura del buzón. El día anterior había llegado tan tarde y reventado que ni siquiera lo miró. Tenían mucho trabajo en el taller y eso era bueno, pero también desgastaba y le quitaba tiempo.

Gruñó al pensar en que no había podido ver ni hablar de nuevo con Araya tras el beso y eso le creaba una extraña sensación. Las primeras horas estuvo eufórico, después casi muerde a todos.

Quería verla y asegurarse que todo seguía bien entre ellos. Nunca había sido un hombre inseguro pero con ella temía estropearlo.

Suspiró metiendo la mano en el buzón y extrañado al palpar algo más grande que una carta, miró dentro sacando un libro.

Frunció el ceño sorprendido y miró la bonita cubierta leyendo el título; «Ardiendo» por A. Blake.

Pasó la página y su pulso se aceleró al descubrir la dedicatoria de Araya, sonriendo sin darse cuenta como un tonto. Cerró el buzón y con pasos rápidos subió las escaleras de tres en tres. Sopesó el subir a verla pero desistió al ver la hora y se metió en casa.

Comió cualquier cosa y tirándose en el sofá, empezó a leer, tras darse una ducha rápida.



Jueves y no sabía nada de él...

Había estado llegando muy tarde y su ilusión empezaba a flaquear desapareciendo, salvo que ese cosquilleo impertinente persistía en su estómago cada vez que pensaba en él. El pulso se le volvía un bólido y, aun así, contenía el aliento evitando por todos los medios ser cercada por las vecinas y que la sometieran al tercer grado.

Menos cuando había acabado masturbándose sola en el sofá pensando en sus manos.

Se levantó estirándose para desperezarse y se acercó hasta la puerta apoyando una nano.

Kreier ya se habría ido a trabajar, por suerte habían quedado mañana para la actuación. Pensar en eso la hizo sonreír y se llevó la mano al pecho. Bajó la vista y entonces vio la nota que sobresalía por debajo de la puerta. Se agachó recogiéndola y desdobló el papel, leyendo:

«Buenos días preciosa. Recibí tu regalo y que sepas que eres muy cruel. No he dormido leyendo. Eso y el calor, al final el que acabó ardiendo fui yo y estaba solo. Tengo muchas ganas de verte. Siento estar desaparecido. Mucho curro, espero verte mañana.

Kreier»

Su letra era bonita, elegante y segura denotando su intensa personalidad. Soltó un gritito y corriendo, fue a la nevera para ver que tenía. Satisfecha volvió a cerrarla, se vistió y fue al mercado.

A la tarde empezó a cocinar y una vez lo tuvo, bajó al piso de él y pegó una nota en la puerta asegurándose de que no se caería.



Kreier llegó a una hora decente ese día, se habían metido caña y tenían los encargos listos y coordinados para montaje.

Venía cargado con un par de bultos y los dejó en el rellano a la que vio la nota. Tiró dejándola entre los dedos y la abrió.

«Te espero arriba, currante. He de compensarte por haber sido tan mala y no haberte dejado descansar. No me gusta robar sueños, prefiero provocarlos»

—Perversa...

Sonrió, y metiendo la nota en el bolsillo, sacó la llave y entró. Dejó las lámparas hechas por él mismo en la entrada y dándose una ducha rápida para quitarse polvo y sudor, se cambió subiendo.

En cuanto el impacto de unos nudillos resonó en su puerta, los nervios de Araya se dispararon. Se miró antes de poner la mano en el tirador y abrió encontrándole ahí, recién duchado y tan guapo que se quedó sin aliento sintiendo como ese impertinente cosquilleo se extendía por su cuerpo caldeado.

—Hola, pasa.

—Que bien huele... —La miró de arriba abajo encantado con el corto jersey ancho y la falda.

—Te debía una cena, pasa. Así después podrás caer en coma si quieres.

Kreier rio y ocupó su espacio, le pasó una mano por la cintura y se inclinó besándola al tiempo que cerraba la puerta dejando al vecino, que justo entreabría la suya sin poder ver nada. Araya correspondió tragándose un gemido y su mano se cerró en la nuca de él con suavidad, consciente del temblor que la recorrió.

Sonrió, roja, en cuanto se apartó y pasaron al comedor.

Había preparado una cena gourmet que estaba expuesta en la mesa como en el mejor restaurante.

—Vaya...

—No sé si te gustará. Me dio por cocinar y... se me fue de las manos. Siempre me pasa, o no cocino o...

—Gracias. Estos días he llegado tan reventado que cogía cualquier cosa o no comía.

—Lo imaginaba, por eso te la he devuelto. Anda siéntate, voy por la

bebida.

—Te ayudo —Fue con ella regresando con lo que faltaba a la mesa.

Se sentaron y bajando un poco la música, empezaron a cenar charlando y riendo como siempre les sucedía en completa sintonía, sin contar esa electrizante atracción que se palpaba entre ellos; tensa, ardiente...

—Por cierto —Araya puso su mejor sonrisa de perversidad—. Tengo algo —Se levantó yendo hacia el portátil y subiendo la tapa, pues ya tenía todo preparado, le dio al play en el reproductor bajo la curiosa y atenta mirada de él.

Las notas empezaron a sonar y Kreier parpadeó inmóvil en el sitio al reconocer una de las canciones del grupo.

—Es mi preferida.

—*Fall into dark, angel, and burn with me.* No sé porque será que lo imaginaba. Te pega —Sonrió cuando la tuvo de nuevo frente a él con la cara apoyada en ambas manos.

—¿Ah sí? Vaya —Se inclinó hacia delante limpiándole un pequeño salpicón—, si que me tienes calada.

—¡Oh! Gracias —Sonrió—. No te creas. Estoy acostumbrado a tratar con todo tipo de personas, pero tu me tienes descolocado.

Araya se la devolvió y al ver como observaba el movimiento de sus caderas, se dejó llevar por la música bailando, provocadora, para él regresando a su sitio para terminar de comer cuando lo tuvo justo donde quería, a punto de saltarle encima.

—¿Y eso es bueno? —preguntó como si nada retomando la conversación que quedó a medias.

—Lo es. Por cierto, me gustó el libro, y la cena también está muy buena, y ese baile... uff —Sus ojos la recorrieron dándole un nuevo sentido más a sus palabras que inflamaron todavía más su deseo.

Araya volvió a sonreír alzando la vista hacia él con la cabeza algo agachada, por lo que el cabello creaba una pequeña protección. Tenía las mejillas encendidas tanto por el vino como su presencia.

Ese hombre era capaz de removerla por dentro y su corazón no dejaba de brincar o esa era la sensación que tenía.

Su corazón iba subido en un tiovivo y le encantaba. Se sentía feliz.

Recogió una vez terminaron y lo llevó todo a la cocina. Miró la pila cogiendo aire y empezó a descargar el lavavajillas sacando la cabeza de vez

en cuando al comedor. Kreier se había sentado en el sofá y ella volvió a sonreír sin ser consciente.

Le gustaba verle allí.

Guardó todo lo que dejó en el mármol y regresó junto al aparato.

Kreier se levantó sin hacer ruido y la observó moverse. Le encantaba verla y sin pensárselo más, dio el primer paso. Ella terminó de coger la pastilla de jabón y lo metió dentro quedándose quieta cuando las manos de él la rodearon desde atrás pegándose a su cuerpo. Los labios masculinos bajaron a su cuello y Araya cerró los ojos un instante, llevando una mano a la nuca de él con un gemido.

Sus manos se deslizaron por su cuerpo y la falda se enganchó a uno de sus dedos al subir por sus nalgas. Mareada, notó como su sexo cobraba vida propia asándola, y cerró los ojos un instante.

Giró quedando atrapada en sus iris y se estremeció al sentir las palmas desplazarse a sus caderas, moviéndose despacio, prendiendo la chispa. Kreier colocó entonces una mano en su cara y sus bocas se encontraron acoplándose a la perfección con furiosa exigencia en un choque brutal, en el que sus lenguas, entraron en combate.

Desplazó los dedos por la espalda de él, y gimió cuando sus labios regresaron a su cuello recorriéndolo en suaves roces, dejándole sentir apenas la calidez de su lengua, torturándola con su aliento.

Siseó al quedar encajada contra la esquina del mármol y se aferró a este, mareada y las piernas temblorosas. Sus miradas volvieron a coincidir y fue igual a quitar el seguro a una granada. Sus cuerpos colisionaron y sus bocas, danzaron al tiempo que sus cuerpos se movían sin detenerse.

Avanzaban con torpeza por el pasillo dejando una lluvia de ropa a su paso con la respiración agitada.

Ambos eran dos volcanes en plena furia erupcional, arrasando todo a su paso de modo primitivo y animal, exigente y nada clemente ni gentil. Solo existía el deseo y la necesidad de sus cuerpos hambrientos.

—¿La habitación? —La voz de Kreier era ronca y sus ojos puro deseo. Reflejaban un hambre voraz y oscura que prometía lanzarla al paraíso.

Ella dio un paso atrás sin dejar de mirarle y la siguió entrando en esta.

Araya se detuvo frente a la cama envuelta solo por el sencillo conjunto blanco mezclado con dorados que llevaba y lo admiró, llevándose un dedo a los labios, viéndole avanzar hacia ella con el torso descubierto, y el vaquero desabrochado.

Una vez la atrapó de las caderas, plantó sus palmas en sus pectorales y los fue recorriendo hacia abajo disfrutando tanto de su tacto como de los valles y depresiones que lo formaban.

—Oh por dios, es real.

Kreier rio ante su salida y mordisqueó su barbilla mientras sus manos bajaban, y sus labios atraparon los suyos con cierta suavidad, provocadores y muy tentadores.

Lo empujó hasta verlo caer sobre la cama y sonriendo, subió por las piernas de él colocándose por encima, y Kreier sonrió.

Araya saboreó su momento y dejó que la punta de su lengua trazase una porción del cuello masculino.

—No irás a devorarme, ¿verdad?

—Oh sí, de arriba abajo, pienso disfrutar de ti hasta saciarme.

Kreier se estremeció con un siseo, sus caricias lo tenían preso de un modo que no alcanzaba a comprender. Nunca en toda su vida hasta ese instante había estado tan duro. Pero ella, esa chica lo tenía cautivado desde que la vio y ni siquiera podía plantearse qué hacía, porque solo quería dejarse llevar y arriesgarse hacia donde esas emociones lo llevaran. A sentirla y hundirse en ella colmando su cuerpo hasta hacerla gritar.

Los dedos femeninos bajaron hasta su pelvis y apenas rozaron esa parte caliente y tan necesitada que presionaba contra la tela.

Llevó sus manos al trasero de ella y lo recorrió el instante que le dejó pues los labios, dientes y dedos de ella seguían recorriéndole y un ramalazo de placer ascendió como un rayo desde su pelvis al sentir su lengua de modo fugaz, seguido de los labios que jugaban, livianos, por su cuerpo.

La cogió invirtiendo las posiciones y sonrió relamiéndose ante la anticipación.

Araya dejó escapar una risita y él paseó la vista por el cuerpo femenino, que se agitó encendido.

—Mi turno, preciosa.

—¿De verdad es real?

Él torció la sonrisa y se inclinó deslizando la lengua por debajo del

ombliigo y ella se estremeció.

—Yo diría que mucho.

Araya dejó caer la mano de la nuca al brazo de Kreier que abordó su boca como todo un conquistador, sin dejarse un lugar por explorar. Sus lenguas danzaban arrasando sus sentidos, y él fue acariciando cada curva hasta tirar de la tela que cubría uno de sus pechos.

Jugó con el rosado pezón aplicando tanto la lengua como los dedos, y tanteó el otro librándolos por fin de su prisión.

Kreier se apartó un poco para poder verla mejor en la penumbra y volviendo a besarla, bajó por su vientre al tiempo que sus manos recorrían sus piernas hasta alcanzar la delicada carne interior de sus muslos.

La rozó y despacio, subió la mano hasta la cinturilla. El vientre de Araya se encogió y su mano se coló bajo el elástico hasta alcanzar su centro con dedos expertos, arrancándole un leve grito ante la excitación que agitaba su necesitado cuerpo.

Araya se arqueó tirando con fuerza de las sábanas con un nuevo jadeo. Creía que estallaría obligando a su cuerpo a no tener prisa. Quería disfrutar cuanto pudiese de eso, pero la necesidad la mordía sin piedad, inclemente y letal tras tanto tiempo sin catar hombre.

Alargó las manos jugando con él del mismo modo y cuando no pudo más, tiró de él que cayó sobre su cuerpo. Sus ojos se encontraron y ambos rieron un instante antes de devorarse, y de que ella empujase abajo pantalones y demás.

Coló la mano entre ambos y alcanzó su dureza, recorriéndola. Mordió sus tendones con suavidad y llevó las manos a sus omoplatos a la que él se medio incorporó, deteniéndose antes de enterrarse en ella, observando como tanto el rubor como el placer, tomaban su rostro.

—Ups.

Soltaron a la vez, y Araya subió hasta la cabecera de la cama y alargó la mano hasta la mesita. Abrió un cajón y tras rebuscar, dejó a la vista un blíster.

Kreier sonrió cogiéndolo y dejándolo a un lado, metió las manos entre la suave piel de ella y las bragas librándose de estas, lo mismo que de sus pantalones que terminaron en el suelo.

Araya lo admiró con los ojos velados, y empezó a recorrerlo aplicando tiernos besos, mientras él se enfundaba terminando por apartarle las manos acabando ella misma con la tarea.

Kreier tiró de su labio inferior y la mandó de vuelta al colchón y esta vez,

sí se hundió de una vez en su interior. Las uñas de ella presionaron su espalda y sonrió al oírla gemir, tirando de las sábanas.

—¡Joder!

Su interior lo apresaba acogiéndolo y enseguida empezó a moverse con cierta languidez. La sentía muy sensible acoplándose a él, exigiéndole, y no pensaba dejar que todo acabase tan pronto.

Deseaba disfrutar de su cuerpo y sus formas cuanto fuese capaz, pero ella amenazaba con catapultarlo al éxtasis drenándolo.

—Despacio pequeña o acabarás conmigo antes de empezar el juego y los dos, queremos jugar largo y tendido por lo que parece. Te estremeces apretando —Pronunció junto a su oído, mordisqueando su lóbulo.

—Lo necesito demasiado, me tienes caliente desde que te vi.

La electricidad casi se sentía entre ellos como un ente tangible. El deseo y el placer se daban la mano en un espiral que no dejaba de incrementarse a medida que se movían, acoplados. Sus cuerpos hablaban solos creando su propia melodía y arrasó su boca entreabierta.

Le gustaba oírla gemir, sentir su cuerpo contra el suyo y como se estremecía a su alrededor, exigiéndole más, dando fuerza y más vigor a sus movimientos que se aceleraban.

Estaba preciosa y se abandonaba a él por completo entregando y pidiendo. Sincronizados.

Nunca había sentido nada igual y a medida que la necesidad aumentaba, sus demandas crecían dando más intensidad a sus certeros movimientos sin dejar de hundirse en su estrecha humedad.

Recorrió su cuello, la besó y jugó con sus pechos con gula, travieso, hasta que no quedó más que el ansia salvaje y primitiva en la que ambos ardieron, ahogándose hasta estallar.

Araya contuvo apenas el grito tirando de las sábanas, su cuerpo, arqueado, cayó laxo y sin más tensión contra la cama, y, aun así, seguía sintiendo que ardía. El placer se extendía como lava por sus venas, dejándola saciada y temblorosa.

Su respiración hacía subir y bajar su pecho aprisa, entrecortado.

La lengua de Kreier se coló en su boca y la suya salió a su encuentro. Le acarició el pómulo resiguiendo sus angulosos rasgos cuando la miró, y sonrió con los labios enrojecidos.

Él se dejó caer a su lado sonriendo también, y se pasó la mano por la

frente y el cabello. Araya lo miró divertida, y alzando el mentón de la palma que había apoyado en el pecho masculino, trazó un movimiento cualquiera con la yema.

—¿Estás bien?

—Sí, claro. Como nunca —La miró apartándole un mechón de rubio cabello.

Araya se dejó caer de vuelta algo más tranquila dejando escapar el aire. Había sucedido y no podía creerlo, se sentía flotar en mitad del mejor sueño afrodisíaco de su vida.

—¿El baño?

—La puerta de enfrente. Hay una papelería y toallitas...

Kreier le dio un rápido beso y se levantó regresando al poco, tumbándose a su lado. Le rodeó la cintura pues estaba de costado, y presionó los labios en su hombro.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—¿La verdad? —dijo moviendo los dedos sobre la mano masculina—. En nada, estoy demasiado a gusto para pensar. Se me fundieron las neuronas. Solo me falta ronronear.

Kreier dejó escapar una risita.

—¿Te importa acogerme para dormir? Es tarde...

Araya ladeó el rostro mirándole.

—No lo digo por cortesía. No quiero irme, esa es la verdad —Se defendió leyendo su inseguridad.

—Claro, sin problema.

Él asintió acomodando la cabeza.

—No serás ninguna loca acosadora, ¿verdad? —Bromeó para intentar aligerar el desconcierto de ella y funcionó porque rio.

—Puedes respirar tranquilo. No me pasaré la noche mirándote ni te despertarás esposado conmigo vestida de novia, suspirando ni cosas raras —Le siguió el juego—. No me gusta complicarme ni poner etiquetas. Tampoco soñar sin motivos, así es más difícil que te hagan daño. No me hago ideas raras ni nada.

—Lo sé, tu eres así. Práctica, no confundes términos y te gustan las cosas claras y directas.

Ella se giró para poder verle, sonriendo.

—¿Sigues en pie lo de mañana o correrás? —Volvió a hablar sin apartar los

ojos de ella.

—Allí estaré.

—Araya, ¿querrías...?

—¿Querría qué? —Lo animó a terminar la frase, algo nerviosa.

—Intentar algo conmigo.

—¿Algo cómo qué? —Sonrió divertida—. Te estás poniendo rojo y creo que es la primera vez que te veo dudar a la hora de hablar. ¿No serás tu el que se pone ratito tras tirarse a la chica, no? —Hizo una mueca graciosa.

—Creo que no, pero por si acaso ten a mano el móvil por si has de llamar a la poli. No, ahora en serio. Sé que quizás suene un poco descabellado, hace nada que nos conocemos y por lo que veo, ni tu ni yo somos de los que acostumbramos a hacer cosas de estás. Puede que haya alguna excepción, pero somos más de antes de meternos en la cama conocer al otro, ¿me equivoco?

—¿Adónde quieres ir a parar? Porque suena a proposición...

—Lo es. Araya... ¿Te gustaría intentarlo y ver a dónde nos lleva esto? Sin presiones ni cosas raras, solo dejarnos llevar y ver a dónde nos conduce —La encarceló colocándose sobre ella con su sonrisita traviesa bailando en sus labios—. Cuando te vi el primer día, no pude dejar de soñar contigo.

—¿A la cama? —Sonrió con inocencia encantada con ello, ignorando su confesión pues a ella le había justo lo mismo.

—En serio.

—Yo...

—No quiero hacerte daño, conozco esa mirada, el miedo a sufrir y que te rompan el corazón. Llevo mucho huyendo de las relaciones tras varios golpes y crecer casi solo. Ahora di, ¿Te arriesgarías conmigo?

—Solo espero no caer y romperme si después no estás abajo.

—No lo harás preciosa —Le robó un beso.

Ella rio una vez logró aquietar su desbocado corazón, le parecía imposible que sucediese. Su mente era un hervidero incesante de dudas, miedos e ilusiones contenidas.

Contuvo la respiración un instante y volvió a mirarlo ahí sobre ella, tan atractivo. Tenía cuanto deseaba en un hombre, él la desarmaba con solo una mirada, con una sonrisa y le hacía temblar las piernas.

Hacía tanto que no sentía ese cosquilleo y que no notaba su corazón que no podía no arriesgarse. Por desgracia, perdió el hilo de sus pensamientos al sentirle enterrarse en ella cuando se puso de lado, tras su espalda. No se había

dado ni cuenta de cuando volvió a ponerse el otro preservativo y gimió a la que el placer, se desplegó dominado su cuerpo hasta volver a correrse los dos.

Ambos se besaron y tras aquietar sus respectivos pulsos, se acomodaron en la cama.

—Venga, a dormir roquero o mañana te caerás.

Kreier rio y se quedó de lado inhalando su dulce aroma. Había sido increíble y no se arrepentía. Por primera vez se sentía bien en vez de expuesto o atosigado a algo, y había puesto fin a su sequía con una chica preciosa que lo había vuelto loco.

V

Araya lo despidió en la puerta, iba mal cubierta con una camiseta extragrande y todavía reía con una de sus ocurrencias cuando se inclinó para besarla.

—Nos vemos allí preciosa. Voy abajo a darme una ducha y a por algo de ropa o la tendré liada con los chicos en el taller, aunque tanto da.

—Eres el jefe —Rio ella tirando del cuello de su camiseta.

Él se dejó y deslizó la mano hacia su trasero, acercando los labios a su oído.

—Creo que tu vecino está mirando.

—¿Lo dudas?

Kreier negó divertido.

—Menudo edificio de chismosos. Lo único que no me hace tanta gracia es que te vea así.

—Pues que mire, el pobre se merece una alegría a estas alturas de su vida.

Sonrió cogiendo su barbilla y Araya se puso de puntilla recibiendo su beso, y lo vio alejarse hacia las escaleras saludando al viejo Hermenegildo que respondió tras la puerta.

—Adiós chaval. Menuda caza, bien jugada. ¡Oh mierda!

Araya estalló en carcajadas al oírlo darse cuenta de que lo habían pillado y llevó la mano a la puerta.

—Buenos días Hermenegildo, si te apetece prepararé chocolate con bollos.

—Oh, eres muy amable bonita, gracias. Pero mejor otro día, has de reponer fuerzas para el semental. Te ha dado buena caña, ¿eh?

Ella volvió a romper a reír sin poderlo evitar.

—Como quiera, otro día. Que pase buen viernes —dijo cerrando la puerta, llevándose los dedos a los labios que estaban curvados en una sonrisa—. ¡Sí, sí, sí! Por fin un buen polvo y menudo polvo. ¡Dios! Si es un sueño que no me despierte —Corrió a la habitación para asegurarse de que no alucinaba.



El día pasó rápido para ambos.

Kreier trabajaba feliz tarareando mientras soldaba y Araya se había prohibido pensar.

Solo quería disfrutar de lo que estaba viviendo y así lo hizo.

A la hora, se marchó tras mucho rebuscar en el armario indecisa entre un vaquero, el mono negro de seda, falda o un vestido.

Entró en el local y avanzó hasta el escenario quedándose en la barra y sonrió al ver como la buscaba con la mirada. Estaban a punto de comenzar y ella lo saludó con la mano.

Kreier le devolvió un guiño y los primeros acordes rasgaron el aire llenándolo con su sonido cargado de fuerza y sensualidad. Al poco, Lexia se reunió con ella pues había seguido la vista de Kreier. Araya hizo como que bebía para disimular su mueca de fastidio. Ella no quería tener que pelear con nadie. Había cosas que solo se sentían y estaba claro que ella poco podía hacer con esa chica preciosa, con pinta de ser dura e inteligente.

—Hola... —Lexia dejó la frase inacabada para que su interlocutora le dijera el nombre.

—Araya. Hola Lexia.

—¡Ei! Te acuerdas de mi nombre.

Sus ojos color miel se iluminaron y su expresión se volvió algo aniñada y Araya volvió a mirársela bien. Sonreía.

Podía bien ser una mujer de negocios, pero esa era solo la parte que dejaba ver en la superficie.

—Kreier me comentó que vendrías, anda ven con nosotros a la mesa. Estarás más cómoda. No deja de hablar de ti —Le sonrió.

Araya parpadeó confusa incapaz de creerlo.

—¿En serio? ¿De mi? ¿Estás segura? —No pudo frenarse a tiempo mordiéndose el labio—. ¡Joder Araya! —Se recriminó.

Lexia asintió riendo ante su espontaneidad y cogiéndola del brazo, la llevó hasta la mesa presentándole a los dos chicos y la otra chica que ahí había reunidos.

Miró hacia un lado del escenario y descubrió al chico que había estado con Kreier el día del asalto vecinal y le sonrió respondiendo a su saludo.

—Ese es Brian, se encarga de todo el tema logístico, sonido, luces...

Araya asintió a lo que Lexia le decía y se centró en el grupo que lo daba todo en el escenario.

—¡Woow!

Las dos chicas rompieron a reír.

—¿Pero de qué revista se han escapado? ¡Por Dios!

Los tres estaban de vicio sin contar a su morenazo particular, cuya voz no hacía más que activar su piel recordando sus besos y como la había hecho sentir mientras lo hacían. Lo que sus dedos hicieron con su cuerpo arrancándole notas que ni creía poseer.

Tenía unos tonos roncros y oscuros que la ponían ciega perdida, porque sonaba como una caricia aterciopelada colándose por cada poro de su piel.

Bebió para paliar algo el calor y se acercó a Lexia que le estaba hablando.

—El batería es Olek —Señaló al moreno de facciones rasgadas y peligrosas. Su piel bronceada era toda una tentación junto a esos ojos oscuros —, a la guitarra eléctrica tienes a Rein —Este era otro moreno de aúpa con una mirada de depredador increíble entre castaña azulada—. Y el del bajo es Vein.

Ella asintió repasando a este último que seguía la misma línea.

—Chicas, ¿qué tal si aterrizáis? —Rio uno de los chicos pasando la mano por la cintura de Rikha.

—Y así... ¿estáis saliendo? —preguntó curioso otro de ellos.

—Bueno... —Araya se llevó la mano a la nuca pillada fuera de juego, no había estado preparada para eso porque a pesar de lo que le dijo la noche anterior, no tenía muy clara cuál era la situación—, nos estamos viendo, conociéndonos.

—Que mona, se ruboriza y todo —Sonrió Rikha atrapando la pajita entre los labios—, eso es que sí.

Ella bebió también para sofocar el calor.

El local se fue animando y la gente respondía bien al grupo moviéndose al ritmo cuanto más pasaban las horas. Al final, cuando ya terminaron y recogieron todo, los chicos se reunieron con el grupo donde estaba ella.

—Hola preciosa. ¿Qué te ha parecido? Ya pensaba que habías salido hacia México —Se inclinó hacia el rostro alzado de ella dándole un nada recatado beso al que ella respondió deseando enlazar las piernas al cuerpo de él.

—No, solo desvalije medio armario. No me lo iba a perder.

Kreier sonrió rodeándole la cintura y giró hacia el resto.

—Chicos, ella es Araya.

—La vecina, por fin. Dichosos los ojos. Un placer, Araya —Olek que tenían el codo apoyado en Rein fue el primero en hablar y se acercó dándole dos besos.

Todos lo hicieron y ella sonrió algo cohibida, roja como un tomate. No es que le costase relacionarse, pero siempre le daba un poco de cosa cuando se veía metida de nuevo en un grupo donde el resto ya se conocían. Le daba apuro pifiarla, siempre le pasaba porque se sentía un bicho raro por su modo de ser.

—Se me hace raro verte sin el bate —Bromeó Brian.

—No me lo recuerdes —Se llevó la mano a la cara siguiéndole la broma —. Me siento desnuda sin mi Curro. Así no puedo intimidar a nadie.

Brian estalló en carcajadas.

—Tiene nombre y todo.

—Claro —Sonrió—. ¿Cómo crees, sino que mantengo a raya a esos viejos chismosos?

Este volvió a reír y ante la cara de estupefacción de los chicos, aunque a los del grupo algo les habían contado, les explicaron lo sucedido, haciendo que se desternillaran encadenando una anécdota tras otra, hasta no ser capaces de poder reír más porque ya tenían agujetas.

—Oye, me ha dicho Krei que escribes —Saltó Lexia.

—¡Oh, me encanta leer! Tienes algún libro publicado —Rikha se emocionó dando palmas.

Ella asintió divertida ante su entusiasmo.

—¡Título, título!

Kreier se lo dijo y la cara de Rikha fue pasando del asombro a la euforia, tanto que se levantó pegando un grito tras estrujar de tal modo a Pol que temieron no lo fuese a dejar extraplano.

—Nena, cálmate que te va a dar algo —le dijo este.

—¡No me lo puedo creer! Eres A. Dark, me encantan tus libros, los tengo todos. Sigo tu web y demás. Es buenísimo. ¡Jo, que ilusión! —Siguió tironeando del jersey de Pol.

—Vaya, parece que eres famosa —Sonrió Rein.

Araya enrojeció buscando dónde esconderse.

—Gracias...

—Otro día los traigo y me los dedicas. Ya decía yo que me sonabas. Y si haces nueva presentación esta vez no me la pierdo, soy fan de esa saga — Amenazó a Pol.

—Claro, sin problemas.

Rikha se hizo sitio a su lado y empezaron a hablar. Kreier sonrió viéndolas, divertido con la situación de ver a Araya a punto de encogerse. Sus miradas se encontraban y sus mejillas se incendiaban.

Bebió apartándose un mechón y miró a Kreier con una disculpa en los ojos. Lo estaba pasando genial y Rikha era muy vital y alegre además de ocurrente. Se sentía a gusto con ellos. Eran muy agradables y enseguida fue una más, viendo como Lexia lanzaba miradas a Olek quedándose en un segundo plano.

Extrañada y con un palpito, Araya tiró de esta arrastrándola al baño.

—¿Pero que te ha picado? —Rio Lexia frotándose la muñeca.

—¿A qué esperas?

La morena parpadeó sin seguirla.

—Olek, te gusta. Lánzate, el no ya lo tienes. Con el tiempo lamentaras más el no haberlo probado que la herida que te puedas llevar ahora. Créeme, lo sé.

—No quiero estropearlo. Somos amigos desde hace tanto que no quisiera que nada de esto se estropeará.

—¿Y quedándote ahí suspirando y sufriendo igual en silencio ayuda?

Ella negó.

—No tiene por qué pasar nada.

—Él parece detestarme. Y, ¿tanto se nota? —La miró con una mueca apurada.

Si ella que acababa de llegar se daba cuenta...

—Bueno, soy muy mala cuando se trata de mi misma, pero con los demás se me da bien. Sé observar y tu lenguaje, bueno...

—Ya bueno, como vosotros. Cuando te mira con esos ojos tan brillantes tengo la sensación de que en cualquier momento va a saltar sobre ti, secuestrarte y encerrarse en el aseo.

Araya rompió a reír sin poder parar.

—Me alegra verle feliz otra vez, solo no le hagas daño. Ya han jugado suficiente con él, nunca lo ha tenido fácil, Krei es una persona que se ha ganado a pulso lo que tiene haciéndose a él mismo. Y si te lo digo es porque veo que eres buena persona y de verdad te importa, aunque estéis empezando.

—¿Tan obvio es? —Ahora le tocó a ella preguntar.

—También lo has pasado mal, ¿eh? Vas con pies de plomo, pero él no es el típico cantante que imaginas.

—Ya lo he visto, gracias —Sonrió—. No entiendo porque la primera vez quería morderte... —Bromeó.

Lexia irrumpió en carcajadas.

—Suele pasar. Llegué ahí, me acerqué a él y a ti te entraron los siete males por si era su pareja.

—Bueno...

Ambas rieron.

—Mírate, tu tan... perfecta y yo tan...

—No seas tonta. Anda tira, que estos estarán pensando que tramamos algo.

—O que te estoy despedazando —Rio abriéndole la puerta.

—Esto Araya, gracias. Lo... intentaré.

Ella sonrió y regresaron con los chicos. Estuvieron un poco más y ya empezaron a marcharse. Kreier la atrapó pasándole un brazo por el hombro.

—¿Qué tal lo has pasado?

—Muy bien, los chicos son muy agradables —Sonrió alegre.

—Me alegro. Me daba apuro que te sintieras...

Ella rio ante su mueca al no dar con la palabra.

—Oye, ¿qué tramabas con Alexandra?

—¿Alexandra? ¡Oh! Lexia —Dedujo—. Cosas de chicas —Se quedó tan ancha con una enorme sonrisa.

—Vamos, sé desde hace mucho que está por Olek.

—Mira don cotilla, ya me extrañaba a mi que acabases en ese edificio — Se llevó el dedo al mentón y él medio rio—. ¿Y él?

—Está algo confuso, es lo que él cree, pero para picarse como lo hace con ella...

—Déjame adivinar, hasta hace poco ha estado tonteando con alguna porque no se termina de atrever con Lexia. No sabe a qué atenerse, porque es más de hacer a su antojo y ella exigiría algo más.

—Justo.

Araya se adelantó abriendo la puerta y trastabilló a punto de irse de bruces al suelo culo en pompa de no ser por Kreier.

—Cuidado señorita escritora, no queremos que te hagas daño.

Ella sonrió.

—Ni lo menciones, y va siendo hora de que descubras un terrible secreto sobre mi. Allí donde suceda la situación más inverosímil, vergonzosa o irrisoria me tendrás a mi. Soy algo torpe.

Kreier rio imaginándolo.

—Tranquila, yo te rescato si quieres —Le guiñó el ojo y de golpe se la cargó al hombro.

Araya rio hasta que volvió a dejarla en la furgoneta.

—Eh, tengo mi coche.

—Mañana lo recogemos, no pienso dejarte conducir así preciosa, seguridad.

—Ou, encima caballeroso, que suerte la mía.

Él sonrió y cerró la puerta subiendo por su lado iniciando la marcha, al cabo de un rato de trayecto, Araya le miró al ver que se metía por un camino de tierra que llevaba a los campos, deteniéndose a la que la California dejó de verse lo mismo que la carretera.

—¿Por qué paras? —Le sonrió con cierta picardía haciéndose la inocente.

Al ver que ella comprendía y no rechazaba la idea, cogió su mano llevándola a su dura entrepierna abultada.

—Llevo demasiado deseando esto, no eres la única hambrienta, créeme — Se anticipó a que ella pudiera replicarle.

Araya sonrió humedeciéndose la boca a continuación.

—¿Se puso tierno el roquero? ¿Tiene ganas de salir a jugar? —Se alzó pasando por encima hasta colocarse a horcajadas sobre él—. ¿Quieres hacerlo aquí?, ¿ahora? —Tiró de su labio inferior, hablando con voz sensual, sonriendo a la que las manos de él se cerraron sobre sus nalgas, y sus manos bajaban por el abdomen masculino.

—Quiero sentirte moviéndote sobre mi, como me envuelves con fuerza, húmeda y caliente, apresándome. Ver como me montas dejándote llevar sin reparos. Llevo pensando en ti desde esta mañana y no sabes cómo me duele.

Sus palabras hicieron que el calor se extendiese y la necesidad, doliera sacudiendo su sexo que mandó un ramalazo de placer por su espina dorsal ante esa promesa, temblando por la anticipación.

Su voz era un aliciente más, un acicate que encendía su cuerpo, y sus pechos presionaron, endurecidos bajo la tela.

—Pobrecito —Rozó su cuello con los labios satisfecha al oírle gemir.

Se sacó la blusa por la cabeza mostrando los turgentes montículos presos

en el sujetador y Kreier se lanzó a darse un festín con ellos, mordiendo, chupando y lamiendo, logrando hacerla jadear ante sus estímulos, haciendo que su miembro cimbrease ante los sonidos que emitía.

—Me tienes excitado desde que te vi con ese genio amenazando mi integridad física.

—Tú me has estado torturando también —Llevó las manos a sus vaqueros, desabotonándolo hasta lograr liberar su erección.

—En la guantera...

Ella obedeció y sin dejar de excitarlo, le colocó el condón enfundándose en él con un gemido de placer al sentirlo entrar, llenando su sexo lubricado.

—¡Oh sí! —Gimió con la cabeza echa hacia atrás.

—Llevo imaginando esto desde esta mañana.

—¿No tuviste suficiente anoche? —Lo provocó sin dejar de moverse certera, llevándolo al límite, el deseo velaba sus ojos y tensaba su duro cuerpo.

—Al igual que tú tampoco —dijo echando atrás su cabello con las manos, enganchando con los dientes su labio, arrancándole un nuevo jadeo, al tiempo que empujaba en su interior más profundo, sin que ella dejase de bailar sobre él.

Inclinó atrás la cabeza exponiendo y ofreciéndole así su cuello y sus pechos que torturó de nuevo, rozando con la boca el cuello cuya piel se erizó notando como se estremecía, presionando alrededor de su miembro con su estrechez.

—Araya, vas a hacer que me corra.

—Perfecto porque estoy apunto. Demasiado caliente, llevaba mucho sin acción —Jadeó sin poder evitar emitir un grito cuando el orgasmo la atrapó arrastrándolo con ella.

Su cuerpo se sacudió y él la pegó a su cuerpo, tiró de su cabello enredándolo entre los dedos y la besó con pasión.

—Impaciente —Sonrió contra sus labios.

—Me provocas —Su respiración todavía era acelerada y entrecortada al igual que su pulso, pero despacio, lo dejó deslizar fuera de su cuerpo regresando al asiento del acompañante, recolocándose la ropa.

Ambos se miraron al volver a arrancar el motor y rompieron a reír reiniciado el camino, una vez en el edificio, ambos subieron las escaleras, entre risas y persecuciones, en las que ella intentaba evitar que la atrapase. En

cuanto llegaron al rellano de él, se detuvieron.

—¿Tu piso, el mío? ¿Separados? Esto se me da muy mal...

Kreier la atrajo del cuello de la blusa y la besó.

—Lo que quieras.

Subieron en silencio y a la que ya iban por la mitad de la escalera con las llaves en la mano, Nines, una de las vecinas que menos molestaba y se metía nunca en la vida de nadie, cosa rara en ese bloque, les salió al paso, abrazada a su bata que cerraba con nerviosismo.

—Menos mal que llegáis niña.

—¿Qué pasa? —Araya se detuvo pensando en reventones de agua, cortocircuitos y demás.

—Hermenegildo, he oído un golpe seco a eso de las once y preocupada salí a ver si estaba bien y no responde.

—¿Y por qué no llamó a los sanitarios o la policía?

—Ay chica, yo no sé si pueden acceder a una casa... Siempre deja la puerta del balcón abierta en este tiempo. Con lo delicado que está el pobre, me preocupa.

—Puedo mirar de saltar por el balcón —Se metió Kreier.

—¡Ni hablar! Lo que faltaba, que te hicieras daño o peor. Llamaré a Rodri —Sacó el móvil y marcó el teléfono de la central—. Hola Dani, necesito contactar con Rodri. Soy Araya.

Esperó y a la que le transfirió, le expuso lo que sucedía y colgó.

—¿Qué te ha dicho? —Se inquietó Nines.

Araya sonrió al verle la cara. Que bien habían sabido engañarlos ese par de tortolitos...

—Que él se ocupa de todo. Avisa a los médicos y vienen de camino. Dice que volvamos a llamar —Miró a Kreier para decirle que fuese a dormir, pero este cogió su mano y tiró de ella hasta el piso del hombre.

Hicieron varios intentos, pero no había señal.

—¡Madre del señor! Que este se me ha matado de un golpe...

Kreier le puso una mano en la espalda a la mujer para tratar de tranquilizarla estudiando la cerradura.

—Vera como no es nada. Puedo ir por unas herramientas. Creo que puedo abrir la puerta.

—Shhh creo que lo oigo —Araya los hizo callar y prestó atención con la oreja en la puerta y lo escuchó, haciendo que el miedo aflojase, pensando ya

en que iban a tener que llamar al forense y demás—. Ves, corre—Pidió.

—No tardo —Kreier salió disparado escaleras abajo y llegó justo cuando Rodrigo y su compañero hablaban con Araya.

Detrás iban los de la ambulancia que se mantenía a un lado preparados para intervenir. En ese caso iban un par de chicos los que no prestó demasiada atención, concentrado en lo que sucedía.

—Aquí está —Araya le hizo sitio para que pudiese trabajar y Kreier se puso manos a la obra.

Al poco, abrió la puerta sin tener que destrozarla y todos pudieron oír los quejidos del hombre.

Los sanitarios entraron y al cabo de lo que pareció una eternidad, estos salieron con él y Nines que le sonreía tras haberlo sermoneado, y de oír como él decía que no quería que lo viera así.

—Bueno, ha sido una caída aparatosa pero no parece nada grave.

—¿Pero se puede saber qué estabas haciendo hombre? Que no eres un crío.

—Me estaba arreglando para ti, incluso tenía la vinagra esa.

Araya casi rompe a reír, pero la alivió comprobar que realmente no eran más que contusiones. Andaba algo cojo, pero era todo.

Nines le acarició la cara y los sanitarios volvieron a cargarlo.

—Nos lo llevamos al hospital para hacer unas placas y tal. Puede acompañarnos si quiere —le dijeron a Nines que les pidió le dejaran ponerse algo decente encima.

—Muchas gracias por la ayuda, de verdad —Araya les sonrió y estos se fueron dándoles las buenas noches.

—Pobre hombre, tantas horas tirado como un muñeco entre la bañera y el suelo. En lo que nos hemos de ver —Suspiró Iván.

—En fin, prima, terminamos de dar el parte y nos vamos también —Miró a uno y otro de ese modo tan policial.

—Gracias —Araya se apresuró a empujar a Kreier hacia el piso y no soltó el aire hasta estar dentro con la puerta cerrada.

Él la observó divertido.

—No preguntes. Nos va a someter al tercer grado. No te extrañe si te paran en un control.

—Creo que sabré apañármelas —Se acercó a ella rodeándole la cintura.

—Que tu no sabes cómo se las gastan en esa casa. Que son capaces de

cogerte en plan secuestro, atarte, taparte la cabeza y quitarte la capucha cuando te tengan amarrado en una silla bajo un foco del taller.

Kreier rio de buen grado.

—Tienes mucha imaginación preciosa. Es tarde, vamos a la cama — Ronroneó a medida que iba rozando su cuello con los labios bajando por su escote, mordisqueando su barbilla hasta tirar de su labio inferior.

Araya se le aferró y él la cogió con facilidad yendo hacia la habitación.

—Creo que te he convencido —Sonrió con una simpática arrogancia masculina que se traducía en una sonrisa pícaro irresistible—. Mira que he traído de casa del viejito, tenía un montón de estos repartidos por el suelo del baño —Le mostró una tira de condones de colores de diferentes sabores.

Ella rio fijando a continuación los ojos en él, acariciando su nuca.

—Bésame.

Y eso hizo hasta caer en la cama y despertar al día siguiente.

VI

El despertar del sábado fue más que agradable entre besos y una buena sesión de *cuerpo a cuerpo*.

Araya dejó escapar el aire cayendo de vuelta al colchón tratando de normalizar las pulsaciones. Sentía el cuerpo sensible y todavía estaba arrebolada notando los ecos del placer que Kreier acababa de regalarle, tras haberla devorado en un asalto anterior, dejándola mareada y extasiada con lo que su boca hizo con su intimidad.

Aquello debería estar prohibido porque era adicta.

—Así sí que despierta una feliz —Rio echándose el pelo atrás.

—Buenos días preciosa.

Ella sonrió girando cara a él acariciando el contorno del rostro masculino encantada con el momento, casi parecía demasiado perfecto y temía que solo fuese un sueño digno de una de sus novelas.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —le preguntó él cogiendo sus dedos que besó.

—Pues... no tengo ni idea —Se interrumpió a la que unos golpes en la puerta resonaron con fuerza por el pequeño piso.

—¡Control policial! Abra la puerta.

—Pero qué demonios... ¡Te lo dije! —Rezongó mirando a Kreier que no comprendió viendo como Araya se levantaba echando chispas y arrastrando la sábana, acudió a la puerta que abrió con cara de pocos amigos descubriendo a Rodrigo y compañía. Es decir, dos más de sus primos, su tío y dos amigos comunes. Su padre se mantenía aparte.

—Buenos días papá —Se dirigió a este girando ipso facto hacia el resto lanzando rayos por los ojos—. ¡¿Qué significa esto?! Ya podéis estar saliendo por esa puerta o me vais a oír durante toda vuestra puñetera vida.

Ellos la apartaron colándose en la vivienda en el instante en que Kreier asomaba por el salón con solo los pantalones a medio abrochar.

—Lo siento cielo, no ha habido forma de detener a estos mendrugos —dijo este último dándole un beso en el cogote.

—Bien, ahí estás —Rodrigo se encaminó hacia él y a la que Araya fue a abrir la boca, su tío alzó un dedo indicándole que guardase silencio.

—Haz el favor de ir a ponerte algo encima.

Ella resopló de muy mal humor y gruñendo, se envolvió bien en la sábana.

—Esto es el colmo, que no soy una cría. ¡Papá, ¿pero cómo dejas que te enreden?! Tenéis un peligro...

—No te embales, solo veníamos a llevarnos a tu chico de copas —Saltó Álex disfrutando de las vistas.

—¿A las nueve y media de la mañana? ¡Tu deliras! Y los que os embaláis sois vosotros —Fue hacia la habitación lanzándole una mirada a Kreier en la que se leía un lo siento en mayúsculas. Estaba abochornada y muy cabreada—. Ya me han jodido la mañana esta panda, será posible —Protestaba en alto mientras se vestía saliendo a los pocos segundos con los brazos en jarras.

—¿No nos vas a ofrecer nada? —Metió baza su tío con media sonrisa.

—No, a la mafia ni agua —Se cruzó de brazos—. Lo que quiero es que os larguéis y no metáis las narices en mi vida a la que hay un chico. Recordad, puedo causaros mucho dolor, os mato.

—Solo queremos conocerle y asegurarnos de que...

Ella lo interrumpió.

—¡Fuera! Que os conozco. ¿Estamos locos o qué? Dejadnos en paz, ¿así cómo queréis que trate si quiera de mantener una relación? —Empujó a Benjamín hacia la salida con ambas palmas en su espalda.

—Hay que ver cómo eres, encima que nos preocupamos. Preséntanoslo al menos, no puedes amenazar así a la policía.

—¡Ni vosotros abusar así de una placa que estáis manchando con el numerito! —Araya dejó de intentar mover a su primo y se encaró a todos ellos—. Que lo haga Rodri que ya lo conoce —Fue hacia la cocina poniendo al fuego la cafetera saliendo al poco con el cuchillo—. Tranquilo Kreier, por el momento no corres peligro.

—Eso lo decidiremos nosotros, que parece que estabais muy ocupados cuando llegamos y mejor guarda ese cuchillo que tienes más peligro que...

Araya sonrió y le enseñó el dedo corazón, giró hacia la cocina para dejarlo antes de que hiciese daño a alguien calculando mal y se golpeó la frente con el marco.

—¡Ouch! ¡Ay joder! —Se frotó el punto de impacto—. ¡Idiota!

—Mira por donde vas, vigila cielo —suspiró su padre.

Kreier evitó a Rodrigo y fue con ella alzándole la cara por la barbilla con delicadeza, mirando el golpe que ella seguía frotando, esperando que el dolor

desapareciese con ese gesto o como mínimo, saliese un genio que devolviese a su familia de regreso a sus respectivos hogares. Los adoraba pero cuando se ponían en plan Gestapo no los soportaba.

—¡Esto es culpa vuestra! —Se quejó haciendo un puchero alzando los ojos hacia él, roja a más no poder, conteniendo a duras penas las ganas de llorar por el espectáculo que estaban dando, quería que la tragase la tierra.

Eso era demasiado descabellado hasta para una comedia romántica de sobremesa.

—Te lo advertí, soy un pato.

—¿Estás bien? —Kreier pasó con mucho cuidado los dedos mirando la piel enrojecida.

—Sí, eso creo. No es nada, te dije que era un desastre y que tenía una familia de locos. Si no me creías ahí tienes la muestra —Hizo una mueca—. Lo siento de veras, normalmente no son tan incivilizados.

—No pasa nada, tranquila —Llevó la mano a la nuca femenina ignorando a todos excepto a ella, no la perdía de vista, parecía querer desaparecer.

—¡Y una mierda no pasa nada! Esto es un desastre —Desistió de hablar haciendo un movimiento brusco con la mano que dejó caer contra el brazo de él.

Kreier fue a por un paño que humedeció pasándoselo por la frente.

—Mira la que habéis armado —Su tío le dio una colleja a Rodrigo.

—A mi no me cargues con todo ahora, que os habéis apuntado nada más abrir la boca —Se defendió.

—¿Seguro estás bien? —Kreier seguía centrado en ella que temblaba, examinando sus ojos por si estaba mareada o debía llevársela al hospital. Se había dado un buen coscorrón, al menos había sonado.

—Si, por suerte tengo la cabeza bastante dura.

Él sonrió y Araya se apartó metiéndose en la cocina y empezó a preparar el desayuno para calmarse. Él fue a por la camiseta y regresó poniéndose a ayudarla en silencio. Cuando estuvieron, lo sirvieron todo en la mesa y ella los presentó viendo como Kreier les aceptaba la mano sin el menor reparo con su carácter amable de siempre, algo más serio, pero manteniendo esa sonrisilla que la traía loca y con las bragas danzando a su son, pronunciando algún que otro encantado.

Desde luego era más educado y correcto que los inconscientes de sus primos.

—Lo mínimo que podríais hacer es disculpaos —Se sentó ella tras servirles.

—Jo prima, lo siento. Se nos ha ido un poco de las manos, creo que nos hemos pasado un poco al presentarnos aquí así.

—¿Un poco, crees? —Araya no salía de su asombro—. ¡Ja! Te has pasado tres pueblos. ¿Pero qué pasa contigo? —Soltó cada vez más enfadada—. ¿Se puede saber qué tienes en esa cabezota? —Se contuvo en el último instante de verterle la cafetera entera hirviendo encima.

Rodrigo bajó la cabeza algo compungido.

—No es divertido —Amenazó con la mirada a Benjamín al que veía dispuesto a abrir la boca, los conocía bien como para no saber que sandez iba a soltar, rojo de tanto intentar no reír—. No quiero que lo molestéis, ni se os ocurra acercaos o la lío. ¡Y ni os molestéis en investigarlo! ¡*Que estoy mu loca!*

Tanto su padre como su tío estallaron en carcajadas sin poder evitarlo.

—¿Qué os hace tanta gracia? —Se llevó una mano a la cintura elevando una ceja a modo de advertencia.

Su voz sonó tan modulada que un escalofrío los recorrió sabiendo que era la calma que precedía a la tormenta.

—El mismo carácter que tu madre —Sonrió su tío y ella buscó los ojos de su padre que fijó la vista en la mesa para ocultar los suyos.

—Genial tío —Se levantó dispuesta a ir con él.

Su padre la detuvo alzando la palma.

—Estoy bien cielo, no pasa nada —La miró dedicándole una sonrisa.

Ella dejó escapar el aire y volvió a poner el culo en la silla mirando a Kreier, que le cogió la mano por debajo de la mesa y le sonrió agradecida por ese gesto tan tierno.

Desde luego que no hubiese salido corriendo decía mucho de él y lo que significaba, así que el rubor invadió sus mejillas.

—En fin, ya conoces a la familia.

—Al menos sigo entero —Le guiñó el ojo.

—Por el momento chaval, más te vale tratarla bien y mantener el pájaro enjaulado y no pensar con él. Pareces buen chico. ¿A qué te dedicas?

—Ya empezamos —Araya lanzó una mirada fulgurante a su tío.

—Tranquila, no importa, hacen lo que deben —Kreier le acarició la mano y empezó a responder a las preguntas de estos para satisfacer su curiosidad y

así tranquilizarlos un poco.

Se veía que la querían y que se preocupaban por ella, solo querían protegerla y él no quería más que hacerla feliz. Le gustaba y no quería perder la oportunidad de poder seguir con ella y conocerla más, porque se sentía bien con ella y su corazón volvía a latir.

Una vez se fueron, Araya cerró la puerta aliviada y giró cara a él, se colgó de su cuello y con una sonrisa, lo besó.

—¿Y eso? —Frotó su espalda.

—Por no salir corriendo y dejarme sola con esa panda. Lo siento.

—¡Ah!, ¿eso? No es nada, soy así de completo.

Araya rio y se descolgó posando los dedos de los pies en el suelo.

—Ellos... yo... tuve una relación difícil, él... me maltrataba y...

—No tienes por qué darme explicaciones —La observó, estaba encogida sobre sí misma y cerró el puño al pensar en que alguien hubiese podido hacerle daño, ponerle una mano encima para algo distinto que no fuese adorarla. Aun así, sabía que lo mejor era dejarlo ahí. Cuando ella quisiera hablarlo, estaría ahí—. ¿Sigues queriendo salir? —le preguntó echándole el cabello atrás para dejar atrás ese momento y animarla de nuevo, no le gustaba verla triste.

Ya era mucho que hubiese seguido adelante, que hubiese dado ese paso con él y mantuviera ese carácter alegre y confiado, que no se apartase asustada en cuanto hacía el mínimo gesto de tocarle un cabello. Sabía lo que el miedo podía llegar a hacer de las personas, como las cambiaba y condicionaba, ella no parecía haberse dejado vencer, sino que persistía en su empeño de seguir siendo la misma chica.

Lo suyo le habría costado regresar a ese punto y volver a salir, intimar.

Era difícil imaginarla pasando por ese infierno con ese carácter y esa alegría que se gastaba. Sin duda era una mujer fuerte y valiente, sobre todo valiente porque no demostraba miedo. Jamás lo hubiese imaginado. Además, con el comentario sobre su madre y la reacción de todos supo que ese era otro tema delicado.

Ella asintió.

—Donde tu quieras, te has ganado el cielo.

—Tengo el sitio perfecto. Venga, vamos. Coge el bikini, preciosa.

Araya lo miró con una sonrisita de suspicacia e hizo lo que le pedía siguiéndolo a su piso. Kreier cogió las llaves de la furgoneta y fueron a por

esta poniéndose en ruta.

—Araya, ¿tu madre...?

—Murió hace cuatro años, un ictus. No pudimos hacer nada, mi padre todavía no lo ha superado. La echa de menos y yo... también.

Kreier alargó su mano hacia la de ella y se la acarició con un leve apretón, ella sonrió mirándole.

—Tranquilo, estoy bien —Se pasó un dedo por el ojo arrastrando una lágrima—, no han sido unos años muy fáciles que se diga. Y tu, no estás libre de peligro todavía con esos.

Él no pudo evitar romper a reír y subió un poco la música mientras indicaba un cambio de carril. Tenían unas horas hasta su destino y tampoco es que tuvieran prisa en devorar kilómetros.

Araya tarareó por lo bajo y fue mirando el paisaje pasar alrededor acomodándose en el asiento perdida entre sus recuerdos, tanto los buenos como los amargos.

—Esto me recuerda a las películas americanas de adolescentes. Solo espero que al llegar donde sea mientras estemos distraídos no nos salga un asesino en serie para descuartizarnos —Rio mirando hacia él que estalló en carcajadas.

Al rato llegaron y aparcaron a las afueras del pueblo.

Ella miró la belleza rústica del lugar rodeado de vegetación y aspiró el aire fresco con una sonrisa en los labios. Cogió la mano que él le tendía tras haber cerrado el portón trasero colgándose una mochila con lo necesario, y la condujo hacia el camino que los llevaría a un salto de agua.

Fueron charlando de tornerías durante el camino y ya abajo, se quitaron la ropa y se metieron en la fría agua entre risitas y salpicones.

—¡Esto es precioso!

Él sonrió contento de verla con esa alegría habitual y el agua cristalina resbalando por su piel. Aquel bikini rosa y blanco le quedaba de vicio con esas curvas y su melena rubia empapada echada a un lado y que iba escurriendo con los dedos.

—Sí, me encanta escaparme a sitios de estos —dijo echándose atrás sobre las rocas, con los brazos tras la cabeza.

—No me extraña, se está muy bien, es tranquilo —Se sentó a su lado—, por cierto. ¿Cómo crees que estará Hermenegildo?

—Seguro estará bien y Nines le llenará la nevera de túppers —Sonrió

pasando los dedos por su espalda de forma lánguida.

La que rio ahora fue ella, asintiendo.

—Eso seguro, y el pobre agobiado y harto de tanto puré y mimos haciéndose el machote. A la noche le llevaré algo de hidratos, le chiflan las hamburguesas.

—Apuesto a que más que las hamburguesas, le gusta tu compañía.

Araya giró sobre la roca apoyándose boca abajo en los codos y acercó el rostro al de Kreier dándole un beso fugaz que lo dejó con ganas de más y atrapó su nuca, profundizando en uno nuevo, excitante y abrasador.

—¿Y eso? —Le sonrió encantada a pesar del tremendo fognazo de calor que la recorrió activado su centro exigente con virulencia.

—Por ser como eres. Después podemos pasar a verle si quieres.

—Eso será luego, ahora prefiero disfrutar de ti —Lo besó una vez más colocándose sobre él que la estrechó contra su cuerpo y con cuidado, la acomodó metiéndolos en el agua, retiró la tela de la parte baja del bikini, y bajándose el bañador, se hundió con suavidad en ella que gimió cerrando los dedos alrededor de sus hombros.

Llegaron a eso de las siete y media, se ducharon y ambos fueron hacia el piso de Hermenegildo, tocaron al timbre y esperaron. Tras la puerta se oían las protestas de este y la voz de Nines llamándole cascarrabias riendo después.

Aguantaron la risa y una vez abrió, una sonriente Nines les recibió.

—¡Hola muchachos! ¿Venís a ver al paciente?

—Si es posible —Sonrió Araya entrando a la que les indicó que pasaran —. Te veo bien compañero, te he traído algo —le dijo bajito guiñándole el ojo al sacar una bolsa marrón con una buena hamburguesa que el hombre cogió con rapidez.

—¡No sabes cómo te lo agradezco pequeña! Ven, siéntate aquí a mi lado —Palmeó el sofá—. Me alegra veros. ¿Todo bien? —preguntó con segundas, preocupado.

—Sí, descuida —Sonrió enternecida—, pero la que tendría que preguntar eso soy yo, te recuerdo que ayer estabas ahí tirado —Señaló el baño—. Y por el amor de Dios Herme, con una caja era suficiente.

—Hay chica, me emocioné y...

Ella rompió a reír y se levantó del asiento.

—Iré a por un plato —Fue con Nines a la cocina.

Hermenegildo miró a Kreier ya serio, dejando a un lado la hamburguesa y el refresco, y usando el bastón, se alzó apoyándose en este.

—Gracias por impedir que esos brutos me destrozaran la puerta.

—No tiene por qué darlas —Miró hacia la cocina donde estaban las chicas hablando entretenidas entre risitas—. Diga lo que quiere.

—Pareces un buen chico, pero también lo parecía el otro, así que solo te lo advertiré una vez; espero que no seas un mal nacido o no lo dudaré, ya me enfrenté a ese hijo de perra así que puedo volver a hacerlo. Hazle daño y te destripo.

—Así que usted la ayudó.

Este asintió y Kreier sonrió invitando al hombre a volver a sentarse y terminarse su cena. De nuevo, su instinto con ella no le falló y como la primera vez, solo pudo pensar en mantenerla protegida. Que pudiera seguir mostrándose como la mujer valiente y alegre que era, sin sombras ni nubes que enturbiasen sus ojos, ni amargasen sus sueños.

El pasado, solo debía ser eso, un mal recuerdo del que aprender y te impulsara a seguir, nunca a anclarte.

—No se preocupe, quiero su bien tanto como usted —Miró hacia donde ellas estaban y Hermenegildo, suspiró observando los ojos de Kreier.

—Te creo por como la miras. Conozco esa expresión, no concibes que alguien pueda quererle mal a alguien como ella y solo piensas en retenerla entre tus brazos para que nadie lo dañe y verla sonreír.

Kreier medio sonrió fijando la vista en el suelo con un movimiento de cabeza.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco, no has perdido el tiempo y no me extraña.

Él volvió a sonreír rascándose el cogote y volvió a mirarlo.

—Ella lo aprecia.

—Y yo, es una mujer adorable —Se dejó ayudar por él a la hora de tomar asiento y Kreier lo imitó pues parecía que había más—. Ella, recibe notas, no llegan a ser amenazas, pero tienen algo oscuro, posesivo y enfermizo. Es obsesivo —Hizo una pausa—. Hay una investigación abierta, su ex anda desaparecido, pero no descartaría que fuese ese quién sigue hostigándola. Ese tipo de seres... no descansan hasta destruir cuanto tocan y no soportan no

salirse con la suya.

Este cabeceó y ambos sonrieron al verlas salir. Kreier prendió sus ojos en Araya, no le extrañaba que su familia la cuidara con tanto celo. Y no, desde luego no entendía como alguien podía hacerle pasar por algo así. Araya era inofensiva, dulce.

Estuvieron un rato más ahí y se despidieron, se hacía tarde y ellos también tenían que cenar. Salieron y a la que ella cerró la puerta yendo hacia la cocina, habló.

—¿Ya te ha puesto al corriente? —Su voz era serena.

—Se preocupa por ti, no puedes culparlo. Además, me dejó muy claro que a la más mínima me hará picadillo —Medio río para hacer algo más llevadero el asunto.

—Si no fuera por él, yo... —Araya bajó la cara y meneó la cabeza desechando los recuerdos y la volvió a alzar con una sonrisa al verle frente a ella—. No todos sois así, lo sé. ¿Qué quieres cenar?

—No quieres hablar, ¿eh?

—Hoy no. No es necesario, sabes lo justo, pasó y ya está.

Kreier le sonrió y sin añadir más, se puso a su lado ayudándola con la cena.

VII

Por desgracia el fin de semana pasó rápido, y es que el reloj era así de cruel a veces y es que, en ocasiones, Araya tenía la sensación de que este era un sádico duende malvado que se reía de ellos, pues cuando más relajado y a gusto estabas, más veloz parecía ir y en cambio, cuando más raudo debería ir, las horas no parecían pasar dando el aspecto de estar congeladas y atascadas en el mismo cruel punto.

Así era el tiempo y su concepción... por lo que el lunes se plantó sin compasión frente a su puerta con demasiada prisa para su gusto.

Miró con un suspiro el hueco vacío que había dejado Kreier y se sentó frente al ordenador que ya se encendía. Abrió el mail y ahí estaba, un nuevo correo de ese loco.

Ni siquiera lo abrió, lo mandó directamente a Rodrigo sintiendo un escalofrío subirle por la espina dorsal.

Inspiró para pasar el mal trago, bebiendo y se puso a trabajar un poco haciendo tiempo para bajar al súper a por cuatro cosas.

Ya regresaba con las llaves preparadas en la mano cuando se encontró con uno de los vecinos, saludó y este, nervioso, no atinó con lo que estaba haciendo, provocando que todo el contenido del buzón cayese al suelo. Las revistas se desparramaron en un colorido abanico y Araya vio como los colores le subían a la cara. Ella, sin entenderlo, no prestó atención recogiendo aquel desaguado hasta que lo vio. Todo eran revistas porno de lo más variopintas, se las alargó y el pobre hombre apenas balbuceó un gracias saliendo por piernas hacia su piso.

Ella parpadeó y las carcajadas empezaron a brotar solas, giró hacia su buzón y cogió el correo mirando la caja negra que había sobre estos.

—¿Otra vez?

Araya giró hacia la señora Julia que bajaba las escaleras agarrada a la barandilla.

—Eso parece.

—Me pregunto qué carajo serán esos paquetes, llegan cada dos por tres, pero más quisiera yo saber quién es ese vecino misterioso.

—Ya bueno, en fin... se lo dejaré en la puerta. No entiendo por qué no se

lo sube el cartero y acaba aquí siempre.

—¿No tienes curiosidad por saber qué es? Más de una vez he estado tentada de abrirlo.

—Es privado señora Julia y un delito.

—Ya, ya... ¿pero y si fuera algo chungo como decís los jóvenes?

—¿Le he de recordar el susto que se llevó el día que abrió por “accidente” el paquete que dejaron junto a la puerta y que resultó ser un molde para crear un cipote? —Se llevó la mano a la cintura mirándosela con severidad, alegrándose de haber elegido esa palabra en vez de la que se le pasó por la cabeza.

—¡Ay sí! Ángela María, que soponcio me dio. Todavía pienso en quién pediría algo así... tendría que habérmela quedado, pero claro, a ver con que molde iba yo a rellenarla si no tenía la muestra de una buena polla.

—¡Julia! —Se la miró entre divertida y escandalizada. Y ella tratando de ser fina...

Todavía era incapaz de recordar el episodio sin reírse. La Julia exclamando mientras que la pobre y difunta Puri se persignaba una y otra vez besando una pequeña cruz de plata repitiendo: ¡Ay señor, ay señor!

—Hija, seré vieja pero no mojigata.

—Eso está claro. Ande con cuidado señora Julia. Hasta luego —Araya le abrió y la vio alejarse cerrando de nuevo y con un suspiro, subió hasta el segundo rellano todavía medio riendo—. En menudo edificio vivo...

Se acercó hasta la puerta fantasmal del vecino al que nunca había visto nadie y con cierto desconcierto, tocó al timbre, esperó y como siempre, nada. Miró la amenazadora puerta a la dimensión desconocida y se acercó un poco más creyendo distinguir una respiración. Frunció el ceño sin comprender y encogiéndose de hombros, se apartó un poco para ver si se apreciaba algo tras la mirilla.

«Luke, yo soy tu padre» Cruzó por su mente ante el sonido de esa respiración y aclarándose la garganta para controlar el ataque de risa ante sus tonterías, habló:

—Soy la vecina, el cartero volvió a dejarle el paquete sobre los buzones, se lo dejó aquí en la puerta —dicho eso, se retiró hacia las escaleras subiendo a casa, conteniendo las ganas de esconderse y espiarlo, a ver si lo veía. ¿Sería un extraterrestre? ¿Un friki de las conspiraciones o qué?

Muchos eran los rumores, todos habían especulado sobre el vecino del

segundo B y nunca habían aclarado nada. Quizás el pobre sufriera de agorafobia o simplemente fuera un asocial, aun así, siempre pagaba y no daba ni un solo problema.

Abrió dejando el correo a un lado sobre la mesa y fue a guardar la compra, se puso cómoda y se acercó hasta las cartas quedándose petrificada al reconocer el mismo sobre rojo de siempre.

Lo apartó a un lado sentándose y avisó a Rodrigo, dos en el mismo día, uno por e-mail y otro por correo ya era demasiado.

Su primo no tardó en llegar y al verla, la abrazó cerrando la puerta tras él, estaba temblando.

—Tranquila, no pasa nada. Me la llevaré al laboratorio. ¿La abriste? — preguntó de modo profesional, pasando los dedos entre su pelo.

—No, ya estoy cansada, no es que no me atreva, es que ya ni quiero leer qué pone, me da asco.

—De acuerdo, no pasa nada. Siéntate, te haré un té —La ayudó a ocupar una de las sillas y fue hacia la cocina. ¿Quieres que llame a alguien para que venga y te haga compañía?

—No, estaré bien, tranquilo. ¿Habéis conseguido averiguar algo?

—No es sencillo, ese tipo, sea quien sea, es cuidadoso y muy meticulado. Tiene mucho cuidado y apenas deja rastros, y... —Calló.

—¿Y? —Lo instó mirándolo a los ojos.

—Puede ser peligroso. Está completamente obsesionado contigo y se ha montado un mundo paralelo a tu alrededor.

—Ya bueno, eso no me ayuda primo.

El walki sonó y Rodrigo bajó la vista hacia este atendiendo la llamada de la central que avisaba de un altercado.

—He de irme —Se acercó a ella dándole un beso en el cogote.

Ella asintió levantándose y fue a apagar el fuego, retiró el agua y la vertió en la taza que ya tenía preparada, atrincherándose después en el sofá.

Cuando el timbre de la puerta sonó a eso de las siete y media de la noche, Araya dio un brinco. Se había pasado el día ahí, viendo series para alejarse de la realidad y había entrado en una especie de bucle que no la hizo ser consciente de las horas. Corrió hacia allí y esperó.

—Hola, soy yo.

Al reconocer la voz de Kreier abrió enseguida, se le abrazó y de seguido, entró dentro envolviéndose a sí misma. Él la contempló desconcertado y supo que algo no iba bien, más al ver un bote de helado vacío de lado en la mesita.

—Lo siento, yo...

—¿Qué pasó?

—Solo... un mal día —Procuró sonreír fingiendo que no pasaba nada, era una tontería preocuparlo por nada.

—Araya, en serio, dímelo.

—Recibí unas cartas y avisé a Rodri, es todo. No pasa nada.

—¿Y por qué no pasa nada estás así, no? Deberías haberme llamado, hubiese venido.

—Por eso no lo hice, tienes trabajo Kreier y yo solo me lo tomé un poco a la tremenda, debería estar acostumbrada. Llevo tiempo pasando de sus mensajes y constantes acosos, y debería seguir así.

—No sola, estoy para lo que sea que te pase.

—Siento el recibimiento, se me fue el santo al cielo y no hice nada, ni siquiera la cena.

—Se me ocurre algo mejor. ¿Y si vamos aquí a la esquina y cenamos? — La atrajo rodeándola de la cintura con suavidad.

Ella sonrió con amplitud y asintió yendo hacia el cuarto para cambiarse. Salieron y enseguida se olvidó de todo. Él conseguía alejar los fantasmas y que recuperase la alegría de siempre contándole lo ocurrido durante el día, incluso el asunto de las revistas cayendo en cascada. En ese punto ambos se descojonaban.

—Oye, llevo poco y me he fijado que el del ático siempre baja con un montón de bolsas de basura.

—¿A qué sí?! No tengo ni idea de que diantres hace la verdad, es un poco raro. Con todas esas plumas en la cabeza.

—Excéntrico diría yo.

—Buff, es un bloque de locos. Y eso por no mencionar el pestazo que echa a *maría* a veces en los bajos, te quedas colocado para todo el día. Las reuniones dan para muchas teorías seguro—Rio echando un trago de su refresco—. ¿Algo más que deba saber? —La miró divertido.

—Pues... creo que no, salvo decirte que lo cierres bien todo. Algunos vecinos se quejan de que les han desaparecido cosas, pero yo más bien creo

que las han cambiado de sitio y no se acuerdan. Una vez encontré la dentadura de Puri en la lavadora... ¡oh! y según Juana, en el bloque de al lado, hay un piso encantado. El dueño murió y al cabo de dos días, empezaron a oírse ruidos, y lo cierto es que sí parecía que alguien arañase la pared —Contuvo un escalofrío al recordarlo.

—Joder, tienes para escribir más de una historia.

—Ya te digo.

—Ya veo que estáis entretenidos, no os aburrís. ¿Así que querían ocupar mi piso, eh? Cuéntame.

Araya asintió y tras reír, empezó a contarle todas las anécdotas relacionadas y como de ahí se formó la patrulla vecinal tras varias noches sin descasar, nerviosos y asustados, al tanto de cualquier ruido.

—Hubo noches en las que no pudimos pegar ojo, pero por suerte, llegaste tú y no hizo falta llamar al paleta para tapiar la puerta, estaban todos alerta por si volvían los ocupas.

—Me alegro.

—Y yo.

Al regresar, se encontraron con una pareja del bloque contiguo, andaban con varias bolsas, el cochecito y el niño llorando dentro, los dos se gritaban tratando de aguantar la puerta y Araya corrió a ayudarlos.

—Oh, gracias —Sonrió Eva.

—No hay de qué, parece agotada.

—No lo sabes tu bien, estoy segura de que oís los berridos desde el otro lado, no nos deja dormir y estamos destrozados. Entre este y los gritos erótico-festivos de la de arriba ya no sé qué hacer. ¿No sabe follar a menos decibelios o qué? Que hay críos...

—Y el que estornuda siempre a las once y media sin consideración y la alarma del otro que suena y suena —Se sumó el marido de esta—. Y lo peor es que encima estos, con sus juergas nocturnas incluidas de música y gritos, se nos quejan a nosotros del llanto del peque, o del perro de al lado, cuando el pobre solo ladra cuando llaman a la puerta. ¡Incluso nos han pedido que no hagamos ruido cuando estamos... ya sabes! —Se indignó.

—¡Oh sí! Lo de la alarma y los estornudos de tirar paredes me pone de los nervios. ¡Es la leche! y no veas con la folladoretta, a esa sí que deberían encerrarla por alteración del orden público pero que os vengán con el bebé es lo último, es un niño por el amor de Dios.

—Sí, como ves estamos contentos... —Resopló cruzándose de brazos Eva —. Les hemos dicho eso mismo infinidad de veces, ya no sabemos qué hacer. Hablamos incluso con tu primo y no podemos hacer nada salvo irnos y como comprenderás, es imposible.

—Ánimo, lo siento mucho chicos, convivir no es sencillo y las comunidades son difíciles.

—Lo peor...

—Al menos no es como en casa de mi madre. No hay gritos, amenazas ni golpes de familias que parece se vayan a matar. Eso es muy triste, lo he vivido durante años, es terrorífico, más cuando se vuelve habitual y la gente no le da ni importancia. Al fin y al cabo, todos acabaremos en el mismo sitio, y en un principio se supone que la familia es lo único que tienes siempre, y que se convierta todo en odio y reproches en vez de quererse y respetarse es desolador. No entiendo como hay personas que no saben amar. Todo va igual, primero el yo y después ya se verá. En vez de unirnos cada vez nos separamos más —Suspiró abatida mirando a retoño—. Hay días en los que me asusta el mundo en el que crecerá.

Su marido le acarició la espalda con amor, y Araya sonrió ante el gesto.

—Te entiendo. Poco a poco, os tiene a vosotros para enseñarle lo que merece la pena.

—Lo sé, pero hay cosas de las que no podré protegerlo. Puedo darle educación, valores, respeto y civismo, pero no todos aceptan eso. Ese sitio de ahí fuera puede ser muy cruel. Asusta y parece no dejar lugar para los buenos. Si no eres un lobo en el rebaño sufres. En fin, lo que decía, que al menos aquí no hay que llamar a la policía por eso.

—Este tema la afecta mucho —Añadió él.

—Ya lo veo —Le sonrió para animarla, la comprendía tan bien... era muy triste ver lo que se hacían unos a otros. Parecía que el dinero tenía más valor que el corazón.

Araya los miró y se agachó cara al peque que volvía a arrancar a llorar.

—Hola guapetón, tienes hambre, ¿eh?

—Sí, con el trabajo se nos ha hecho muy tarde y el pobre está desesperado.

—Ahora te darán de comer, anda campeón, se bueno con tus papis. Buenas noches chicos —Sonrió cogiéndose de la mano de Kreier.

—Araya, ¿sigue en pie lo de esa copa? Necesito salir un día y... tu tienes

algo que contarme —Sonrió con picardía.

Ella rio divertida.

—Cuando quieras o, mejor dicho, cuando puedas. Hasta luego.

—Me da que cuando os veáis me van a pitar los oídos —Sonrió Kreier.

—Que va, al contrario.

—¿Ah sí? —Sonrió dejándola pasar delante observando el contoneo de sus caderas al subir las escaleras.

Ella lo miró por encima del hombro con una sonrisa pícara y rio sin añadir nada.

VIII

Estaba dormida cuando un sonido la despertó, primero creyó que lo soñó, pero no, se oían jadeos y un grito.

Salió de la cama como un resorte y cogiendo a Curro, fue corriendo hacia la puerta, abrió y bajó las escaleras hasta el lugar del que provenía el sonido.

La puerta estaba entornada y el corazón, le aporreó el pecho... ¿Y si había un ladrón?

—Señora Santos —la llamó, nada—. Señora Santos —Volvió a probar dudando a la hora de entrar, los reflejos del televisor iluminaban el pequeño recibidor.

Aguzó el oído y más jadeos y gemidos le llegaron, miró el móvil que tenía en la mano volviendo a guardarlo y se asomó sin soltar a Curro.

—Señora Santos, ¿se encuentra bien? —Tragó al llegar al giro y echó un vistazo dentro, lo que vio la dejó petrificada y de qué no se le fue el bate al suelo.

¡Y ella pensando en ladrones!

La mujer entrada en años estaba casi pegada a la pantalla del televisor donde se veía a una mujer masturbándose, despatarrada y ella se llevó la mano a la boca para no empezar a reír sin control alguno. La señora, de nombre Luzmila no dejaba de prestar atención entre comentarios de la jugada con los ojos bien abiertos. Araya salió por patas cerrando tras de sí la puerta.

Cuando llegó a su piso, no pudo contenerse más y estalló, esa era la situación más surrealista, irrisoria e inverosímil que había vivido en la vida. La mujer, a sus años, enganchada a la porno parecía haber descubierto el mundo, una ventana abierta a la pobre sexualidad que había tenido y no dejaba de escuchar sus palabras: «Ay madre mía, si yo hubiera sabido esto antes»

Tanto se reía que cayó de culo al suelo, por suerte no la había pillado a ella con las manos en la masa ahí dándose una alegría y el pobre Kreier, salió por el pasillo con cara de sueño, rascándose la espalda.

—¿Sucede algo?

—Perdona, no quería despertarte —Seguía riendo—. No te lo puedes imaginar —dijo tratando de calmarse para explicárselo.

—¡Hostia! Ahora no podré verla con los mismos ojos. Déjala pobre mujer,

lo feliz que estaba ella ahí en su apogeo.

—Ya te digo... que vergüenza pasé. Este vecindario está enfermo, están todos locos. ¿Pero qué hago yo aquí? No doy crédito, en serio.

—Pero si es muy divertido, piénsalo. Es digno de tus novelas, yo lo veo. La comedia erótica del año, la comunidad salida —dijo haciendo voz de anuncio televisivo gesticulando como si pasará el cartel.

—Visto así desde luego —dijo recordado la escena con un nuevo ataque de risa—. Es que tendrías que haberla visto, casi pegada a la tela, con una expresión... la bata medio abierta, el camisón y... ¡Ay Dios! Ni se enteró de que entré, para mi que estaba en éxtasis. ¡Aleluya! Descubrió el poder del dedito mágico.

Kreier estalló en carcajadas y los dos empezaron a hacer el sonido de guardar silencio ante la hora que era, provocando más risotadas.

Tras esa noche de culebrón cómico, Araya creía que no podía encontrarse con una situación más inverosímil, se equivocó.

Lo supo nada más abrió la puerta encontrándose con una estrambótica Soledad embutida en una combinación semi-transparente, con lo mujerona que era, una bata de seda abierta sin dejar mucho a la imaginación, zapatillas con pompones rosas a juego con la boa de plumas fosforito que llevaba al cuello, ocupando toda la puerta y un consolador lila en la mano que sostenía en alto.

—Araya preciosa, ¿por casualidad no tendrás unas pilas? Es que se me han acabado y las necesito.

Ella, con la boca todavía abierta, no tuvo tiempo de reaccionar cuando Kreier, que iba con la taza de café en la mano, se asomó escupiendo de golpe todo el trago en una ducha que dejó todo perdido.

—Lo siento —Se disculpó como pudo.

—Oh, vaya, menuda pieza tienes tu aquí. Está claro que no necesitas uno de estos a pilas, aunque nunca falla. Hola guapo —Lo saludó sonriendo, mostrando los dientes manchados de carmín rojo, moviendo los dedos y gruñendo como una tigresa al tiempo que le daba con el codo en el costado a una Araya comatosa.

Este miró a una y otra y huyó a la cocina a toda prisa.

—Ay chica, no me mires así, una ha de ganarse el pan y a mucha honra. ¿Tienes pilas o no ricura?

—Claro, claro, pilas —Estaba blanca conteniendo a duras penas las carcajadas, giró tirando del cajón del mueblecito y le tendió un paquete entero

—. No hace falta que me las devuelva, vaya a... seguir con lo suyo antes de que se enfríe el tema —Carraspeó abriendo la boca al ver salir a un viejecito con los calzoncillos a la altura de los tobillos, andando como buenamente podía a lo payaso.

—Carmencita querida, ¿vienes? Que esto se baja...

—Sí amor, ya voy. Gracias guapa —Le lanzó un beso y fue hacia su apartamento diciéndole algo al hombrecillo que Araya preferiría no haber escuchado, y cerró sin saber si avisar a la ambulancia no fuera a ser que el pobre hombre acabase asfixiado bajo tanta mujer ¡Pero si le triplicaba el tamaño!

—No me lo puedo creer, necesito quemarme las retinas porque no hay jabón suficiente para eliminar esto.

Kreier sacó la cabeza con miedo.

—¿Pasó el peligro?

—No lo sé, vayámonos de aquí... están todos salidos. Ay por dios, que es una mujer de vida alegre.

Él se la miró sin saber qué hacer o decir, empezando a limpiar el desaguisado que había organizado con el café, riendo sin poder parar.

—¿Y si llamamos al manicomio? Se pondrían las botas con los tratamientos y ellos tendrían pastillitas de colores. Harían el agosto —Se encogió de hombros simulando inocencia.

—No si, al final seré yo la más decente incluso escribiendo escenas subiditas de tono.

—Al igual te leen y por eso están eufóricos.

Araya le arreó en el brazo riendo.

—¡Serás borrico!

—Anda ven aquí rubia que te voy a dar un meneo —La atrajo hacia él besándola.

—Llegarás tarde.

—Da igual, soy el jefe —Bajó la mano hasta su cadera.

—Eso empieza a gustarme... —Se dejó arrastrar hasta la habitación—. Uno rápido y te vas a trabajar.

—Nada de prisas preciosa, yo lo que hago lo hago bien y a conciencia.

—Me consta, tigre —Imitó a Soledad o... *Carmencita* y Kreier rompió a reír dejándose lanzar sobre la cama.

«¿Qué más puede pasar hoy?» Iba pensando al bajar las escaleras cuando de pronto, su cuerpo se vio saliendo despedido. Su pie resbaló, el zapato salió volando y su culo aterrizó dos escalones más abajo.

—¡Au! —Se quejó, aferrada como una araña a la barandilla notando el trasero además de dolorido, mojado.

Cayó en la cuenta de que iba con un pantalón de lino blanco y se levantó de golpe con otro chillido, llevándose las manos al trasero sabedora de que las bragas de corazoncitos debían estar viéndose en blue ray y alguien bajaba, por lo que rezó porque no fuera ninguno de los vecinos del sexo opuesto.

—¡Ay no, no! —Se pegó a la pared con el rostro escarlata relajándose al ver que los pasos de quien bajaba eran los de Julia y Virtudes, el dúo Calatrava.

—¡Araya niña!, a ti te buscábamos. Tenemos que hacer algo con la Higinia, esta loca del mocho no para todo el día *pa'riba* y *pa'bajo* dale que te pego y algún día tendremos una desgracia, alguien caerá con el suelo mojado y se despatarrará.

—Esa mujer tiene una fijación con limpiar que no puede ser sana —Se sumó Virtudes cruzando un brazo cuya mano apoyó de modo intelectual en su rostro, negando.

—Es lo menos que puede pasar —Se frotó el culo y cogiendo aire, se llenó bien los pulmones—. ¡Higinia! —Gritó cabreada.

—¿Qué ocurre? ¿A que vienen esos gritos? Ni que fueras verdulera chiquilla de Dios.

Al localizarla en lo alto del edificio se encaminó hacia allí con el culo mandándole latigazos, llegó a lo alto resollando, con el zapato en la mano y le arrancó la fregona de los dedos de malos modos.

—Ni se te ocurra fregar a horas de tránsito una vez más o te encierro en el cuarto de los trastos, ¿queda claro? ¡Casi me mato! Que esto no puede ser, que si encima limpias ahora en nada vuelve a estar peor porque pasamos todos.

—Ay lo siento chiquilla, pero es que debes tener cuidado con los escalones.

—¡Será...! —Se contuvo por los pelos, casi que tenía ganas de llorar.

—Vale, vale. No volveré a hacerlo, pero... ¿qué tal si compramos un cartelito de esos de suelo mojado?

Araya gruñó y la mujer retrocedió guardando silencio por un momento.

—Quizás no fue buena idea decirlo...

—No es tan mala ocurrencia, ea.

—Virtudes no la anime que la dejo con usted.

Esta corrió una cremallera sobre sus labios.

—Así me gusta, jolín que me ha quedado el culo molido. Ouuu —Se frotó.

—Eso será de la caña que te ha dado el maromo —Rio retrocediendo una vez más ante la cara de ella.

—Si es que quién me mandaría a mi —dijo a nadie en concreto girando teatralmente ya sin fuerzas y bajó de nuevo rezongando en alto.

—Como se pone, de verdad, que susceptible —Higinia se abanicó—. Que genio se gasta, pobre chico, y yo que creía que le endulzaría el carácter con tanto folleto e iría feliz.

—¡Las estoy oyendo! —Amenazó.

—¡Niña! Que solo queremos saber que tal es en la cama. Tiene pinta de machote —Saltó Julia.

—¿Te lo hace bien? —La achuchó Virtudes de rebote.

Araya soltó un chillido dando un portazo que resonó en todo el edificio. Para cuando regresó, se encontró a varios vecinos congregados en la entrada y derrotada, dejó caer las bolsas al suelo porque además solo se oían gritos y lamentos.

—¡Ay, ay mis perlas! ¡Me las han robado!

—¡Por fin llegas! Esto no puede seguir así.

—¿Ahora qué pasa? ¿En qué momento se me ocurriría ponerme al frente de esto? Estoy por renunciar a las vacaciones y regresar al taller.

—Pues que me han desaparecido los pendientes.

—¡Y a mi el collar! —Saltó otra y ella miró al que seguía.

—Mis sardinas y hasta el pastel que estaba preparando la Juana en el otro bloque y estaba enfriando en el alféizar.

—¡Y mis bragas! Eran nuevecitas, con brillos, me costaron un pico —Se hizo oír Soledad.

Araya se llevó la mano a la frente con un golpe.

—¿Seguro que no lo han metido en otro lado?

—¿La comida también? Niña que aquí hay un ladrón.

—Sí claro, atraído por lo brillante y la comida... —Resopló.

—No nos lo inventamos, que así no se puede vivir, ese collar era muy importante —Sollozó Regules—. Era propiedad de la familia Sonsoles Barrigudo desde hace siglos y tenía que heredarlo mi Pamela.

Todos empezaron a hablar a la vez alzando la voz y ella pegó un silbido para acallarlos.

—¡Está bien! De uno en uno por favor o no entiendo nada.

—¿Qué sucede aquí? ¿Hay reunión? —Kreier entró poniéndose a su lado, con una mano rodeando su cintura al verla tan alterada.

—¡Anda! ¿Qué haces aquí?

—Vine a comer contigo y darte una sorpresa, pero me da que va a ser complicado.

—Ay que bonito es el amor —Saltó Iñigo.

—No se preocupen, miraremos de dar con ese amigo de lo ajeno, cleptómano de sardinas y joyas.

—¡Y el pastel! No lo olvides.

—Creo que sé quién es ese granujilla —Comentó Kreier y todos los pares de ojos ahí congregados se centraron en él que reía—. Esta mañana pillé a una gaviota empujando la puerta entreabierta del balcón mientras me arreglaba y que intentaba llevarse la lámpara de acero.

—¡No fastidies! ¿Un pajarraco?

Él asintió.

—No conseguí ver a donde se iba cuando la eché, pero ¿a que los “robos” se han intensificado desde que llegó el buen tiempo y dejan las ventanas abiertas?

Todos asintieron entre cuchicheos apreciativos y murmullos.

—Es cuestión de cerrar o procurar no dejar nada que la atraiga o sea importante y ver a donde va porque esa ave no se asustó de mí y estoy seguro de que está acostumbrada.

—¿Y qué sugieres?, ¿qué le dejemos unas monedas y la sigamos? —preguntó Iñigo.

—No es mala idea, si es de alguien o tiene casa irá y recuperaremos las cosas excepto mi comida.

—Pues eso, misterio resuelto —Julia dio una palmada y empezó a movilizar a los vecinos—. Para casa que se enfría el guiso. Y el Romeo tiene prisa.

Ya a solas, Araya se volvió cara a Kreier con cara de cachorrillo.

—Menudas vacaciones me están dando —Lloriqueó.

—Anda, ven aquí, Yo te rescato —Le alzó la barbilla dándole un profundo y abrasador beso.

—No me dejes aquí, llévame contigo al taller aunque sea. Me duele el culo, la loca del mocho fregó y resbalé por las escaleras, está obsesionada con la limpieza, enserio que no para, entre moco, escoba y trapo.

—Pobrecita —Llevó las manos ahí, masajeándole las nalgas—. Anda vamos, dejemos las cosas y te llevo fuera. Después me ocuparé de ese culito rojo y lastimado.

—¡Gracias! —Le saltó al cuello dándole besos.

Él rio y la acompañó arriba no fuera a ser que volviera a caer y se fueron a comer riendo con el tema de la gaviota choriza.

Los días pasaban y las notas seguían llegando. Incluso Kreier había recibido una carta amenazadora impregnada en sangre que entregó en secreto a Rodrigo para no asustar ni preocupar más a Araya.

Cada vez que salían por el pueblo, con los amigos o a tomar algo, tenía la sensación de que había alguien siguiéndolos, observando. Era casi como sentirse perseguido por las cámaras espías y constantes de Gran hermano. Incluso empezaba a pensar si en verdad no habría alguna colocada en el bloque o en casa de ella porque no era lógico.

Esa situación lo cabreaba mucho porque lo único que quería era protegerla y que estuviese a salvo y, sin embargo, el peligro parecía acecharlos estrechando el lazo creando una tensión silenciosa patente y que no desaparecía.

Suspiró echando una ojeada a la hora y terminó de entrar unos presupuestos junto a los albaranes y salió de regreso al taller, poniéndose a cortar una pieza. Tenía tantas ganas de volver a casa que por poco no acabó cortándose de no ser por Brian.

—¡Joder Krei! Cómo estás hoy, será mejor que te largues antes de que acabemos todos desquiciados o peor aún, en urgencias. ¿Pero qué te ocurre?

Él dejó caer la pieza de metal con fuerza al suelo donde repicó.

—Perdona Brian, solo estoy preocupado y frustrado.

—De mala hostia más bien.

—¿Seguís sin saber nada de esas notas?

—¡Nada! Y ya creo ver sombras donde no las hay.

—Ves con ella, descansa un poco y tranquilízate, no pasará nada. Estamos

contigo tío. Anda, ves. Yo me encargo de todo aquí, solo son dos horas, cerraré y dejaré todo listo.

—Gracias, te lo compensaré. De verdad.

—Lo sé, anda tira —Rio—, y límpiate ese corte.

—Lo haré —Corrió hacia el baño presionando la herida y la limpió bien examinándola, iba a necesitar algún que otro punto, así que vendándola bien, subió a la furgoneta y se acercó hasta el hospital.



Araya estornudó de improvisto casi derramando la infusión que tenía en frente con los papeles y el bolígrafo que salió volando.

Se frotó la nariz que le picaba y miró de recoger el desaguisado, bebió un poco y regresó al ordenador tecleando a una velocidad de vértigo hasta que una voz de hombre despotricando, la hizo poner la oreja.

Un impropio tras otro salía de la boca masculina y empujó un poco la silla, a la espera por si debía salir, estallando en carcajadas al oír a Iñigo que casi parecía una versión nueva y mejorada del insultador de Mota.

Tanto reía que acabó en el suelo al no escuchar el crec de la silla, ese fue su turno para soltar su propia retahíla. Se levantó al oír como el volumen de las quejas de Iñigo subían y cogiendo las llaves, salió bajando hasta el rellano que era donde estaba y miró la inundación reinante. El vestíbulo casi que parecía una piscina para bebés, y el pobre miraba de taponar el reventón de una tubería, dirigiendo la vista acto seguido, al que más o menos, permanecía taponado con una compresa extra súper, aunque el agua seguía goteando en cascada por todo el rellano, precipitándose entre las escaleras como el *tutuqui*.

Araya se llevó las manos a la boca y, aun así, no fue capaz de sofocar las carcajadas que miró de acallar en cuanto Iñigo la fulminó.

—Muy gracioso, ayúdame y cierra el paso de agua o algo.

—Voy —Se abrió paso hasta allí cortando el riego—. Iñigo, ¿no pensaste en llamar al seguro?

—¡Pues claro! Pero de mientras intentaba que no nos ahogáramos.

—¿Con una compresa? ¿De dónde sacaste tu eso?

—Todavía quedaba alguna de mi pobre madre y ponía que era mega absorbente, ¿qué quieres? Hago lo que puedo que no soy fontanero —Se dejó caer al suelo quedando empapado del todo de cintura para abajo.

—Madre mía, a ver como achicamos toda esta agua —dijo al tiempo que marcaba el teléfono del seguro acercándose el aparato al oído, esperando, riendo al ver al hombre levantarse parecía que se hubiese meado.

Llevaba ya un buen rato hablando con la aseguradora agotada tras desalojar el agua e intentar salvar y minimizar al máximo los daños cuando al girarse, se encontró de frente con Kreier que entraba al portal mirando

alrededor, y una mano vendada.

Dejó a su interlocutora colgada y casi que se le fue el móvil al suelo acercándose hasta él, preocupada.

—¿Qué ha pasado? —Cogió con cuidado su mano.

—Un corte, no es nada. Me pasa por tener la cabeza donde no debía. ¿Y aquí qué ha pasado?

—La tubería hizo boom. Ahora nos mandan a un fontanero y pasan encargo al perito.

—¿Entonces no hay agua?

—Hasta que no lo reparen no. Y ya han bajado todas a quejarse y demostrar su disgusto. Al menos esta vez no se quejarán de que quién hizo la última vez el portal no regó las plantas y que no pasó la tarjetita y no saben a qué *maceta* le toca —Resopló—. Anda, sube y descansa un poco. En un rato subo y preparo algo. ¿Necesitas algo de la farmacia?

—No tranquila, no me duele. Lo tengo dormido, picara un poco cuando despierte, pero ya está —Se inclinó hacia ella besándola y dejando a un lado las cosas, se miró las tuberías. Podría repararlas, pero lo mejor es cambiarla de tramo entero. El resto creo que ya se renovaron.

—Mi manitas —Sonrió.

—Adiós a todos los zócalos y demás —murmuró Iñigo.

—Podría hacer unos de aluminio imitación madera y renovar ya de paso todo. Quedaría muy bonito y limpio. Cerraría bien, y quedaría cálido permitiendo dilataciones y contracciones.

—¿Y por cuanto nos saldría eso guapo? —Se acercó zalamera a él poniéndole dos dedos en el pecho, ya que él estaba mirando las maderas y demás, concentrado en su parte profesional.

Él sonrió.

—Nada, lo haría con materiales sobrantes que tengo.

—Tampoco es eso.

—No te preocupes cielo, también vivo aquí y es un bien para todos, lo haré fuera de horas de faena y listos. Los chicos estarán encantados de echar una mano también.

—Genial, algo que sale bien.

—Anda tortolitos, id arriba, yo acabaré aquí y cuando lleguen los reparadores si hace falta ya te aviso —Sonrió Iñigo.

—Gracias, cualquier cosa pícame, ¿vale?

Él asintió saludando con dos dedos tocándose la punta de la boina y Araya rio tomando el camino arriba.

Kreier cogió ropa de su piso y entró tras Araya dirigiendo la vista a la mesa donde estaba el portátil en medio de un mar de papeles.

—Espero que no se haya estropeado ninguna lavadora durante el corte. Aún suerte que no salimos ardiendo ni hubo cortocircuitos.

—¿Escribiendo?

—Lo intentaba al menos, coitus interruptus en toda regla —Hizo un mohín y Kreier lanzó la ropa al suelo acorralándola contra la pared.

Araya rio mirándolo a esos intensos ojos que tanto le gustaban notando como el fuego que habitaba en ellos prendía en su intimidad. Llevó la mano a la nuca de este y recibió su boca con ansiedad.

Tiró de la camiseta de él con un gemido y lo llevó hasta el butacón donde cayeron dando rienda suelta a sus cuerpos. Al terminar, ambos rompieron a reír llevándose los dedos a los labios.

—Shhh que aún nos llamaran la atención —resollaba con las mejillas sonrosadas.

—Con lo que me gusta oírte ya pueden decir misa que me da igual.

Ella lo besó, feliz.

—Al menos nosotros no nos cargamos la cama o la ducha en pleno furor como ahí al lado. Ostras, eso me recuerda que debería bajar a comprar unas garrafas de agua al menos —Salió de encima de él colocándose el jersey.

—Será lo suyo, vamos.

La imitó abrochándose los pantalones y justo cuando salían, se encontraron a Julia con la mano alzada a punto de dejarla caer contra la madera. Al verlos todavía adecentándose la ropa, su sonrisa se ladeó con suficiencia sin importarle su propio aspecto; bata y rulos.

—Creo que aquí también hay fuego, pero uno mejor que el de mi cocina. ¡Ay chicos! Necesito una ayudita, me ha prendido una sartén y no sé cómo apagarla.

Ambos se miraron y se precipitaron escaleras abajo, Kreier entró primero y fue a la cocina donde las llamaradas de la paella casi llegaban al techo.

Cogió un trapo aferrándola del final del mango y echando un paquete de sal, la tapo echándola dentro del fregadero, en nada no quedó más que el desagradable olor del flameado accidental.

—¡Que susto madre! Menos mal que pudiste arreglarlo chico. Podríamos

haber tenido otro disgusto.

—Al menos no hay nadie herido, ha de tener mucho cuidado con eso, por suerte no había agua o la que habría liado hubiese sido peor —La miró él.

La mujer pareció achicarse, compungida.

—A mi me van a matar de un infarto, así no se puede estar tranquila. No me extraña que la musa se me vaya de parranda al caribe y no quiera volver ni sobornándola con mojitos o chocolate —Araya dejó escapar el aire de los pulmones, se sentía casi como Eva, una madre sobrepasada al cargo de demasiados hijos.

Salió de allí encaminándose al exterior, y compraron varias garrafas de agua para lo indispensable, regresando a casa donde cayeron en el sofá acurrucados.

IX

Por fin unos días de calma.

Araya inspiró con una sonrisa bailando en los labios y el sol impactando directo en su rostro. La brisa mecía su cabello y abrió los párpados fijándolos en la pantalla.

Se estaba tan bien en el balcón que sacó allí el ordenador, apoyó el pie en el respaldo de la silla que tenía enfrente y se acomodó centrándose en el teclado y empezó a dar rienda suelta a su mente pensando en cómo se mostraba a veces la cara más oculta y oscura de las personas, lo que la obsesión era capaz de provocar, así como las bajas pasiones.

Nunca nadie era como parecía, a veces incluso el más inofensivo podía albergar en su interior a un verdadero psicokiller, bien lo sabía ella.

El alma podía ser algo demasiado retorcido en alguien aparentemente inofensivo y bueno, podrido y nocivo por dentro convirtiendo el mundo exterior en algo aterrador, si en alguna ocasión, habías presenciado esa cara oculta, mirándola a los ojos, amenazadora y cruel.

Bajo la luz del sol todo parecía hermoso y seguro, al caer este y llegar las sombras, un mundo completamente distinto tomaba el control convirtiendo todo en una amarga pesadilla de la que no podías escapar.

Con el primer golpe debió salir de allí pero no pudo. Se volvió y fue mucho peor, una cárcel cargada de miedo y supuesto amor fue lo que obtuvo, un grillete pesado y peor al infierno del que pudo librarse por suerte y que de igual modo, parecía perseguirla.

¿Quién sería el de las notas? ¿Por qué lo haría? ¿Qué había hecho ella? Solo escribía y vivía sin hacer mal a nadie, solo deseaba eso, paz.

Instantes de felicidad que atesorar y recordar, darle a su corazón vivencias por las que latir y poder sonreír a medida que fueran avanzando los años. Y no vivir agazapada mirando atrás muerta de miedo y desconfianza hacia todos los hombres, esperando siempre lo peor.

Nunca había sido así, y sus padres le enseñaron a luchar y defender sus creencias pese a que hubo un tiempo en que creyó que desaparecería sepultaba en el dolor de ser reducida a nada en su propio mundo. Un despojo tratado como mera basura, una propiedad de la que abusar y vaciarse con falsas

promesas y lamentos, de palabras vacías y falsas que nunca terminó por no creer buscando el mejor modo de escapar.

No, el amor no era eso. Necesitaba aire, confianza y libertad, no ser asfixiado y aplastado, desconfiado y posesivo hasta rayar lo enfermizo y que no pudiese ni saludar a sus vecinos, sin recibir acusaciones o ser tratada como a una puta.

Sabía que Kreier estaba preocupado por esas misivas, su padre y los suyos también lo estaban. Casi la habían perdido una vez por culpa de ese lobo con piel de cordero y su larga sombra parecía persistir puesto que no descartaban que, aunque desaparecido, fuera él el que estuviera detrás de ellos.

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que desde que estaba con él se habían intensificado esas notas de índole sexual y posesividad, de insana admiración y oscura obsesión enfermiza.

Cerró un nuevo capítulo y bebió un poco más mirando la panorámica que le ofrecían las vistas de su casa sin borrar la sonrisa de los labios, pues no estaba dispuesta a permitir que nada ni nadie volviesen a quitarle las ganas de saborear la vida como ella quisiera.

La luz hacía resplandecer todo y descolgó el móvil al ver que era su padre.

—¡Hola papá! ¿Qué tal todo?

—Echándote de menos pero espero estés disfrutando de tus vacaciones. Cielo, necesito que me ayudes con unas cosillas y de paso decirte si os apetece pasaros por casa luego y vemos los tres juntos el partido.

—Claro, eso sería genial. A Kreier le hará ilusión.

—Parece que te hace feliz.

—Es un buen chico papá, me gusta y me trata como si fuera un regalo. Ahora me conecto y te cierro facturas y demás.

—Gracias cariño.

—Hasta luego papá —Colgó y mandó un mensaje a Kreier con el plan de esa noche por si no le iba bien o ya había quedado con los chicos.

Al poco le respondió y al final, quedaron todos en el bar de un colega con su padre, tíos y primos incluidos. Bebieron, comieron, bromearon, charlaron y rieron animando a su equipo entre gritos y más risas.

Una noche mágica que quedaría entre las especiales para ella porque lo pasaron de lujo rodeados de la gente que les importaba y apoyaba. Arropados y protegidos.

Lexia y Olek estaban el uno al lado del otro, reían y hablaban lanzándose

alguna que otra puya y Araya le guiñó el ojo a la otra entre firma y firma de los libros que le trajo Rikha, la cual trataba de sonsacarle información sobre algunas de las continuaciones.

Subían riendo con ella subida a su espalda algo achispada, cuando al llegar a su planta, se quedaron callados de golpe y ella se deslizó al suelo mirando la rosa blanca manchada de sangre que colgaba boca abajo, enganchada en su puerta.

—Llamaré a Rodrigo, no te acerques ni toques nada —le dijo Kreier sacando el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

Ella asintió llevándose las uñas a los dientes y vio como una vez colgó, hacía una foto cogiéndola de seguida de la mano.

—Vamos, esperaremos en mi piso a tu primo, enseguida viene con una patrulla.

Araya se dejó como una niña, ni siquiera protestó, se sentía sedada a causa del impacto, el miedo era una garra que oprimía su pecho con fuerza hasta casi asfixiarla, sintiendo como el peso, podía con ella. Era consciente de moverse pero no de hacerlo de modo consciente.

La dejó sentada en el sofá y lo último que recordaba, pese a que el tiempo parecía no avanzar, era tener una taza de té caliente entre las manos y su olor dulce.

Tras eso ya era ver a Rodrigo agachado frente a ella, que lo veía desde detrás de sus ojos, presa en una especie de cárcel vidriosa.

Sabía que habían vuelto a subir y que solo se oían voces a través de los intercomunicadores, instrucciones, *flashes*, y recogidas de muestras al tiempo que los vecinos empezaban a aglomerarse, asustados y curiosos, en las puertas, cogiéndose los cuellos de las batas que procuraban cerrar, angustiados, reduciendo los murmullos al mínimo cuchicheo posible, haciendo que una vez más, un escalofrío viajase por la columna de Araya. Más cuando el silencio se redujo a la más mínima expresión y ella se sentó, mareada, con los ojos cerrados en uno de los escalones notando como una lágrima resbalaba, caliente, mejilla abajo, precipitándose sin que nada pudiera hacer por detenerla.

Kreier no se apartaba de ella, le tenía la mano cogida, le frotaba la

espalda pero ella solo temblaba.

—¿Cómo estás? Sería conveniente que te vieran los sanitarios, avisaré a una ambulancia, ¿te parece? —Rodrigo volvía a estar frente a ella junto a Iván que no decía nada, pero al menos esa vez, si atinaba a escuchar su voz, la preocupación y seriedad de esta.

—No quiero, estoy bien —Su respuesta sonó más cansada de lo que imaginó—, se me pasará.

—Araya sufres un shock, no estás bien.

—Solo quiero dormir.

—Nos quedaremos en mi piso —Intervino Kreier, a lo que el policía asintió.

—¿Visteis algo raro al llegar? ¿Alguien o algo fuera de lugar? ¿qué os siguieran?

—No, nada. Todo era normal —respondió Kreier por ella que seguía aturdida queriendo desaparecer y que todos dejasen de mirarla diciendo pobrecilla.

—Está bien, procesaremos todo esto a ver si esta vez damos con algo, hemos empezado a interrogar a los vecinos.

En ese momento Araya fue consciente de algo, se levantó del escalón y poniendo los pies en el rellano, giró cara a la puerta de Hermenegildo, la de él era justo la que quedaba frente a la suya y si alguien podía haber visto algo era él, era extraño que, por profundo que durmiese ese hombre a lo oso cavernario, no estuviese ahí fuera pues siempre se había preocupado por ella desde el primer grito. Siguiendo un impulso, se encaminó hacia su puerta y empezó a golpearla.

—Herme, abre.

Nada, ni rastro de él, no había sonido alguno de vida tras la puerta y eso que roncaba como un energúmeno. Angustiada, se llevó la mano al pecho y miró tanto a Kreier como a su primo y los demás.

Rodrigo pasó la mano a la cartuchera y volvió a probar, llamando.

—Policía, por favor, abra.

Silencio, un silencio sepulcral que erizó el vello de Araya y Nines se acercó a ella, cogiéndosele del brazo, con el corazón latiéndole tan rápido como el de Araya que sintió el gélido aliento de la muerte tras su nuca, dejando su estela inconfundible.

—Está bien, vamos a entrar —Rodrigo indicó a uno de los chicos que

procedieran e hicieron saltar la puerta.

Todo permanecía en aparente orden, la puerta cerrada, los muebles en su lugar...

—Esperad aquí —Rodrigo entró en el descansillo y en ese instante los perros del edificio contiguo empezaron a ladrar, un aullido tétrico y siniestro que no hizo más que empeorar su estado de nervios al tiempo que una nueva lágrima se precipitaba fuera de sus ojos, pues su corazón le corroboraba lo que su mente ya había captado, que no estaba ahí, que los había abandonado alejándose de ese mundo.

Rodrigo salió al poco con cara grave, hablando por el walki directo con central y se acercó a Kreier de modo confidencial.

—Llévatela abajo.

—¿Ocurre algo?

—Está muerto, parece algo natural pero no estaremos seguros hasta que el forense haga la autopsia. Ha de venir la científica, y que el juez autorice el levantamiento del cadáver, esto va a ir para largo. He dado orden de que manden dos ambulancias quieran o no —Miró a ambas mujeres y él asintió regresando junto a Araya.

—Preciosa vamos abajo anda. Señora Nines, venga con nosotros anda.

—Pero...

—Haz caso por favor —Con delicadeza se llevó a ambas abajo dejando hacer a Rodrigo.

Si tenía más que preguntarle respondería a sus cuestiones sin problema, se metió en la cocina y Araya lo siguió sosteniéndose en el mármol, pues sentía como las piernas iban a dejar de sostenerla en algún momento.

—Dímelo por favor, ¿ha...? —Fue incapaz de acabar la frase notando como los ojos le escocían, todo era demasiado irreal y sucedía sumido en una bruma que la hacía dudar de estar realmente presente y no ser solo una espectadora tras la pantalla del televisor y no parte activa de ello.

—Lo siento Araya —Asintió—. Ha fallecido. Estaba sentado en el sofá como si nada, con aspecto de dormir plácidamente, no ha sufrido.

Ella se llevó las manos a la boca para sofocar cualquier sonido y las lágrimas se derramaron.

—Eso no lo sabes, estaba solo —La angustia le oprimió el corazón que se le encogía ante el dolor y la pena—. No estaba ahí —Se presionó la boca del estómago,

Pensar que no volvería a verle, oírle... él la ayudó tanto y ahora, se había ido. Todo cambiaba en un instante, llegaba feliz después de una noche mágica y ahora... solo quería que el mundo la engullera y desaparecer.

—Araya niña, no habría querido verte así —Nines le puso las manos en los hombros, ni siquiera había notado cuando acudió junto a ellos.

—¿Lo sabe? —Hipó.

—Lo imaginé por como actuaban, soy vieja cielo y he vivido mucho, la muerte no es una extraña para mi.

Ella se dejó girar sintiendo como esa mujer, la envolvía amorosa.

—Ven, tiéndete un rato, te hará bien.

—No puedo, necesito verle.

Nines le limpió la cara con los pulgares.

—No creo que sea buena idea, tu primo y los demás están trabajando.

—Por favor —Lo miró suplicante.

—Después subiremos, ahora no Araya —dijo Kreier con decisión clavando los ojos en los suyos, y ella buscó el calor de su cuerpo, rodeándola de nuevo, y apoyando la barbilla sobre su codo—. Cielo... ya está, déjales hacer. Todo irá bien.

—No, nada está bien, no puedo más —Sollozó.

Él le acarició el cabello cogiendo aire, se sentía tan impotente de verla así sin poder hacer más que darle aquel pobre consuelo que la rabia lo sacudió, con toda esa desolación, rabia e incapacidad de poder ayudar en condiciones.

Nines bajó la cabeza y salió al portal dándoles intimidad, ahí sobraba, sabía que era una intrusa en medio de esa escena tan íntima. Ellos eran jóvenes y ella enfrentaba esas situaciones de otro modo, claro que lloraba, quería a ese hombre pero habían sido felices, compartido mucho y con eso era con lo que se quedaba, con que había podido formar de su vida y que lo conoció llenando un poco más de luz su propia existencia y la de cuantos los rodeaban.

Sacó el pañuelo de la manga secándose los ojos y sonrió mirando al cielo o mejor dicho, el techo medio descascarillado del rellano, pues la pintura necesitaba un buen repaso y esperó ahí, junto a Julia y las demás, que le cogieron la mano, velando la puerta como las antiguas plañideras de los pueblos, en silencio. Esa vez no había comentarios ni recuerdos, solo el duelo y el respeto.

El día siguiente fue extraño y brumoso. Unas densas nubes grises encapotaban el cielo impidiendo al sol llegar a ellos para calentarlos. La lluvia amenazaba sobre sus cabezas en un fiel reflejo de su interior acompañándolos en su dolor como un tanto más, silencioso y pesado. Como un fantasma, Araya entró en el piso ahora vacío de Hermenegildo.

Quizás había sido mejor así, no verle y recordarle como días atrás. Miró alrededor como drogada y observó a los compañeros de Rodrigo trabajar. Todo se había alargado tanto que ni recordaba haberse dormido pero ahora estaba allí. Se acercó al viejo sofá y ladeó la cabeza extrañada, al creer ver algo.

—Rodri —Lo llamó.

Este acudió a su lado poniéndole una mano en la parte baja de la espalda.

—No deberías estar aquí —Echó la vista hacia Kreier que había avisado al padre de ella creyendo que sería lo mejor dado su estado—. ¿Qué pasa?

—Hay algo en el hueco —Señaló la junta entre ambos cojines y él, agarrando unos guantes, alcanzó lo que le señalaba, era el móvil del difunto.

Lo examinó preparando una bolsa de prueba y frunció el ceño, la última aplicación que había abierta era la de la cámara. Abrió las fotografías y entonces apareció; era una imagen algo movida y desenfocada que mostraba a un tipo de espaldas anchas, corpulento, hombros rectos y fuertes. Solo se veía medio cuerpo enfundado en una gruesa sudadera negra con la capucha alzada, y estaba pegando la rosa en la puerta de Araya.

Avisó enseguida a su compañero y le tendió el aparato yendo hacia la puerta de ella.

—¿Cuánto mides? —Miró a Kreier.

—Uno ochenta y dos, ¿por? —preguntó obedeciendo a las indicaciones que le daba colocándolo junto a la puerta.

—El tipo debe medir sobre el metro noventa y pico por la altura con la mirilla y la relación de la posición. No creo que saquemos nada pero coño, como fuera así con el calor que pega por la calle, debería estar asfixiado. No se aprecia nada en la ropa así a simple vista, pero parece un tipo de gimnasio por la anchura del brazo que se aprecia, la calidad no es que sea para lanzar cohetes pero menos da una piedra.

—Haremos lo que podamos —respondió Iván—. ¿Crees que lo sorprendió y se le encaró?

—Es muy posible.

—Y acabó asfixiándolo.

Rodrigo asintió con expresión grave. Araya los miraba de pie junto a la puerta, temblaba y parecía un fantasma de ella misma, lo había oído todo y Kreier se asustó cogiéndola a tiempo de que no acabase en el suelo.

—Por mi culpa... —musitó como ida.

—No Araya, no es tú culpa, hizo lo que debía y no eres tú la responsable sino quién hizo esto en todo caso y no lo sabemos. Solo conjeturamos.

Ella negó con un sollozo.

—No, está muerto por mi culpa, no debió —Empezó a revolverse entre sus brazos, chillando y Kreier la llevó al interior del piso al ver aparecer a su padre sacando la cabeza por la escalera.

—¿Qué ocurre? He venido enseguida —Se acercó preocupado a ellos, y Kreier giró hacia Araya y corrió al ver que estaba tendida en el suelo del comedor—. ¡Avisa a los de la ambulancia! Que no se vayan —Gritó agachándose junto a ella para cogerla.

—No, déjala ahí —Le instó Rodrigo acercándose también, tomándole el pulso, estaba inconsciente—. Tarde o temprano tenía que pasar, es la ansiedad. La presión y la tensión a la que está sometida junto al estrés al final hacen que el cuerpo deje de funcionar.

Enseguida los sanitarios volvieron a estar arriba y la atendieron dejándola tendida en la cama.

—Que descanse, quédate con ella —Rodrigo le apretó el brazo a Kreier que asintió lanzando una mirada al padre de esta, tras pasarse la mano por la cara, frustrado. Cerrando el puño sin poder dar contra nada.

—Sé cómo te sientes chaval, solo mantén la calma.

—¿Cómo?! Esto es de locos.

—Bueno, estás a tiempo de huir.

—¡No quiero huir! Me importa su hija, no soy de esos.

—Te gusta de verdad entonces —Cerró la puerta de la habitación yendo al salón y se sentó en el sofá, encarándolo.

—Sí —No le mintió, fue totalmente sincero y Gio, que así se llamaba el padre de Araya, sonrió con un asentimiento.

—Parece que por una vez a elegido bien.

—Nosotros nos vamos, si sigue alterada que se tome una de estas, se coloca bajo la lengua —Explicó uno de los chicos de la ambulancia entregándole la tira de pastillas a Gio antes de ir hacia la puerta.

Este asintió agradeciéndole la ayuda y cerró tras él a los pocos segundos observándolo como ausente. El chaval era muy alto.

X

Los días siguientes pasaron sumidos en el mismo extraño velo, nada era igual y Araya se había encerrado en un silencioso mutismo que no hacía más que preocuparlos.

No salía, no se movía apenas.

El funeral fue deprimente aunque también tuvo sus toques de humor al poner una de las canciones favoritas de Hermenegildo, pero a pesar de todo, Kreier la observó sentarse en la silla junto al salón, las piernas encogidas y recogidas contra el pecho, sujetas por los brazos y la vista perdida.

Sabía que debía dejarla a su ritmo, que fuera ella quien poco a poco, saliera de esa mortaja en la que se había envuelto y volver a ser la misma y aun así, se desesperaba por lograr llegar a ella.

—¿Quieres que prepare algo de ensalada de pasta para comer?

—Me da igual —Acompañó su respuesta de un encogimiento de hombros, ni siquiera tenía hambre pero sabía que debía reaccionar y dejar de preocupar a todos.

Kreier medio sonrió, al menos había dicho algo, era un paso.

—Araya, sé que nada de lo que diga cambiará nada, que ya lo sabes, pero no puedes seguir así o estarás dejando que te venza —Se acercó a ella agachándose, poniendo las manos en sus rodillas.

—Lo sé, solo no sé cómo. No me lo quito de la cabeza, le veo en sueños acusándome, diciendo que yo lo hice, este peso ahoga y no puedo Kreier, no sé cómo avanzar con esto.

—Para empezar, apoyándote en mi, no estás sola, somos dos y segundo, él jamás te diría eso y lo sabes. Nines te lo dijo, no querría verte así, lo hizo por ti, porque te quería y se preocupaba por ti como todos aquí. Solo tú tienes la fuerza para alzarte y yo sé que la tienes, me consta. Eres una persona demasiado vital para dejarte hundir así, además, si pudiera, él te daría una colleja por estar compadeciéndote y culpándote así de las decisiones que otros tomaron, de sus acciones, ¿no te das cuenta? Eres tú quien ha de querer Araya.

Ella asintió, limpiándose los ojos.

—Le echo de menos.

—Lo sé, Nines también pero lo recuerda desde el cariño, tu has de aprender a hacer lo mismo, a seguir sin él. Por desgracia la vida sigue, y un día te levantarás y verás que todo continua igual, haces las mismas cosas, vuelves a reír y a hacer tu rutina, es así. Ha tenido una buena vida.

—Perdóname —Se abrazó a él pasándole los brazos tras el cuello.

—No hay nada que disculpar preciosa —Le sonrió con amor, apartándole el pelo y al ver que ella alzaba la cara hacia él, la besó lento, profundo y muy cálido provocando que ella suspirase.

La ayudó a levantarse y se metió en la cocina mientras ella iba hacia la secadora que se había parado hacía unos segundos.

La corredera del patio de luces estaba abierta para evaporar el calor y no se concentrase la humedad. Julia, Virtudes y las demás estaban allí, pudo oler y ver como el humo del cigarrillo de la segunda ascendían por el cielo abierto.

—Araya niña, ¿estás bien? —Se preocupó al verla, exhalado una nueva bocanada de humo aplastando a continuación el cigarrillo en el cenicero que llevaba en la otra mano—. Pareces una sombra de ti, ni mis bragas tienen peor aspecto.

Ella medio sonrió al oírla y negó embutiendo la sábana en el cesto que tenía en el suelo para llevar la ropa y no cargarla, perdiéndola por el camino como antes solía hacer.

Giró despacio apoyándose en los electrodomésticos y se fue deslizando hasta sentarse en el suelo.

—No, para que voy a mentir.

—Ay chiquilla de mi vida, que mal me sabe. Has de estar muerta de miedo —A Julia se le partía el alma de verla así, ella tan alegre y alocada y ahora parecía rota una vez más.

—Necesito un abrazo y no la tengo aquí —Se refirió a su madre rompiendo a llorar una vez más.

Julia se removió como si quisiera abarcarla desde ahí con los suyos.

—Oh cielo, dile a ese bombón tuyo que te mime, estoy segura lo hará encantado.

—Lo siento, yo no... no quería preocuparos ni causar este revuelo, me muero de vergüenza —Se limpió las lágrimas.

—¡Bah! Eso es lo que menos te ha de importar, te apreciamos y con que estés bien, tenemos suficiente. Si necesitas que hagamos una fiesta de rellano, ya sabes.

—Gracias señora Julia —Le sonrió ya más recompuesta volviendo a incorporarse—. Bueno, voy a seguir o al final el desorden se me comerá.

Estás asintieron y ella siguió vaciando la secadora encaminándose a la habitación, encontrándose con Kreier apoyado en la pared, mirándosela.

—¿Qué?! —Medio río apurada.

—Nada, nada, muy bonito. Me siento un armario empotrado.

—Tonto —Dejó el cesto y se abrazó a él regalándole un beso—. Gracias por estar ahí.

Él le devolvió una sonrisa de esas que sabía la dejaba con las bragas ondeando y la observó avanzar hacia la habitación meneando ese trasero que lo volvía loco y se contoneaba de modo delicioso.

Ya a solas, Araya empezó a doblar la ropa guardándola en su sitio, y una vez estuvo, recogió el cesto y giró cara al balcón encontrando una gaviota paseándose por la barandilla.

—Anda, el pájaro chorizo —Empujó con cuidado la corredera un poco más saliendo al exterior—. Hola bichejo con alas. ¿Qué haces aquí, eh? —Se inclinó un poco ladeando el rostro, este parecía llevar algo en el cuello—. ¿Qué es eso? ¿Que llevas ahí? —Se acercó un poco más mirando el destello que se entreveía en las plumas—. ¿Es una cámara? —Acarició el cogote emplumado.

La gaviota empezó a graznar y extendió las alas echando a volar. Araya se asomó por la barandilla tratando de ver hacia donde se dirigía, pero esta se perdió por el cielo.

—¡Mierda! —Exclamó y fue hacia la cocina.

—¿Pasa algo? —Kreier la miró al ver que se revolvía el pelo, que se recogió de cualquier modo.

—Que se escapó el ladrón de guante blanco alado.

—¿Ha vuelto la gaviota?

—Sí, ¿y sabes lo más extraño? Que creo que llevaba una mini cámara en el cuello.

—¿En serio? No jodas...

—Sí. ¿Qué piensas?

—No sé, ¿pero y si la usan para los robos que mencionan en las noticias?

—Muy rebuscado, ¿no?

—¿Cómo espiarnos? —Alzó la ceja—, no sé Araya, pero mejor se lo decimos a Rodrigo no vaya a ser.

—Vale, ¿y si le dejamos un poco de comida en el balcón? Quizás así después nos lleve a su dueño. He oído que si caen del nido y se les da comida, entonces se acercan a las personas y no se asustan, se vuelven domésticas las muy carroñeras. Ha dejado que la tocase.

—Por probar —Se encogió de hombros empezando a servir los platos.

—Eso sí —dijo poniéndose a preparar la mesa.

Se le hacía extraño todavía pero tenían razón, todo seguía su curso y ella no podía quedarse ahí, derrumbada a contracorriente.

—Y tu deberías ir a trabajar, hace días que apenas apareces por el taller.

—Lo haré si me prometes que estás bien, los chicos se hacen cargo. Están preocupados y tienen ganas de verte.

—Podríamos ir todos a tomar algo el viernes ¿no?

—Claro, se lo diré —Dejó los platos en la mesa tomando asiento.

Ella sonrió besándolo y se sentó también cogiendo el tenedor empezando a comer.

Los días fueron pasando y la rutina tal y como dijo Kreier iba regresando, imponiéndose en esa normalidad truncada. Araya salió de la ducha envolviéndose en la toalla y tarareó, tenía el tiempo justo para arreglarse antes de que Kreier llegase y fuesen con los chicos.

Se aferró el nudo para que no le cayese, sujetando bien la prenda sobre sus pechos y se secó un poco el agua, sin dejar de cantar, ese era su momento.

Se apretó la toalla del pelo antes de tirar de ella, y preparó todo para ponerse divina tras haberse abandonado un poco con todos esos días cuando el timbre de la puerta sonó.

Quiso ignorarlo con un resoplido pero este volvió a sonar. Al final, frustrada y corriendo para ponerse algo encima, fue a abrir tal y como iba, gruñendo en alto pensando en cómo acabar con quién se atrevía a interrumpir su sesión de esquilado lo antes posible, ni siquiera miró. Tiró de la puerta en bragas, con las dos coletas atadas por dos lazos rosas, una pierna llena de espuma y la podadora, alzada en una mano o lo que era lo mismo, esa máquina infernal de tortura arranca pelos y cortante a la vez, chillando en cuanto le descubrió al otro lado cerrando de golpe, escuchando sus carcajadas.

—¡Te has adelantado! ¡No tenías que venir hasta las ocho!

—Venga preciosa, ábreme anda, no me dejes aquí fuera.

—¡No! ¡¿Pero tu has visto mis pintas?! Dios que vergüenza.

—Vamos, no eres la primera que se acicala, no me voy a asustar por cuatro pelos.

—¡Kreier!

—Te traigo flores —dijo al otro lado todavía riendo—. Y chocolate.

—Juro que me vengaré, cuando estés dormido pienso depilarte una parte de ahí abajo —Abrió mirándole desde la seguridad de detrás de la puerta.

Él entró besándola y cerró alargándole el ramo de flores y el chocolate que ella cogió con una sonrisa.

—Que bonitas, pero no creas que con esto me olvidaré. Y para otra vez prefiero una planta. Pobrecitas, se marchitarán —Puso cara de pena.

—Tomo nota —Sonrió enternecido, era tan dulce... la observó olerlas con cuidado, sí, sin duda era una mujer muy especial—. Te traje chocolate —Puso cara de niño bueno—. Pensaba que ya teníamos confianza suficiente para compartir esto.

—¿Qué? ¿Los pelos? No. Una chica siempre está perfecta —dijo fingidamente ofendida yendo a la cocina donde se alzó de puntillas tratando de llegar a un jarrón que él alcanzó—. Esto no es justo, todo lo hacen para gigantes —Trató de alcanzar el cacharro que Kreier tenía en su brazo alzado en alto.

Ella saltó para tratar de cogerlo.

—¡Eh! Venga, no seas capullo.

—Bésame y te lo doy.

Ella refunfuño y sonriendo, se pegó a él, engancho el dedo en el botón de su vaquero, con una mirada seductora, él ronroneó.

—Se me ocurre algo mejor...

—Eso me gusta —Bajó los labios hacia su cuello arrancándole un siseo y tiró de la toalla dejándola medio desnuda.

Araya medio grito a causa de la sorpresa, pero al ver que él bajaba la guardia, le arrebató el jarrón.

—Eso es trampa, juegas sucio preciosa —La encajonó contra el mueble donde ella estaba llenando de agua el jarrón en el que colocó las flores, y acarició muy lento sus nalgas.

—Kreier —Gimió.

—Esto lo has empezado tú cielo —Mordisqueó su cuello.

—Joder —Se ahogó notando como el fuego prendía y el dolor de su sexo le mandaba latigazos eléctricos que tensaban su vientre. Más cuando una de sus manos viajó a su pecho, jugando con él de modo erótico, tentándola.

Los dedos de su otra mano se colaron entre el elástico de la tela y alcanzaron el foco de su necesidad, estaba caliente, húmeda y siseó en cuanto su dedo torturó su centro, con suavidad acariciándola, apenas entrando pese al balanceo de sus caderas para buscar más fricción.

—¿No tenías que acabar de arreglarte? —Tiró con los dientes de su lóbulo causando un nuevo relámpago de necesidad.

—No, no quiero ir, quiero follar.

—Eso creía —Ronroneó en su oído y su vello se erizó al escuchar la cremallera bajar, ella se alzó un poco, exponiendo su trasero y su lubricado sexo, que volvió a ser atendido por sus enloquecedoras manos.

Kreier liberó su erección y despacio, tanteó, jugando sonriente ante su siseo al sentir el calor de esa parte dura de su anatomía hasta entrar en ella con facilidad.

—Tan cálida... —Besó su cuello, rozando su piel, no se movía.

—Kreier —Suplicó—, necesito que te muevas por favor.

Sonrió satisfecho bajando hasta las manos de ella que afianzó bien sobre el borde del mármol y empezó a entrar y salir empujando primero muy suave, lento y enloquecedor sintiendo como ella se movía contra él.

—Por favor...

—¿Qué quieres? —Deslizó el labio inferior por su cuello.

Ella gimió excitada, estaba muy sensible a su tacto.

—Más profundo, rápido.

Él obedeció dándole lo que pedía empujando más fuerte hasta el fondo de su intimidad, Araya gritó de placer sintiendo como miles de descargas detonaban a lo largo de sus terminaciones nerviosas una detrás de otra, inclinándose más hacia delante, sus pechos se balancearon un poco y alzó la cabeza hacia la ventana entreabierta, mordiéndose el labio, consciente de que podían oírla. Roja, pero igual de excitada, no podía parar.

—Preciosa —Acarició su espalda que empezaba a pelarse de sudor.

—No pares Kreier —Echó un brazo atrás intentando mantener el ritmo notando como un nuevo trallazo la recorría a punto de correrse.

—¿Vas a correrte?

—Sí, no puedo... es demasiado bueno, me haces perder la razón.

—Hazlo cielo, déjate llevar para mi —La besó y tras eso, llevó su mano a su boca, haciendo que los dedos quedasen encajados entre sus dientes, amortiguando un tanto sus gemidos y el grito que acompañó al orgasmo que sacudió su cuerpo, pronunciando su nombre con la respiración entrecortada y el pulso desbocado.

Kreier salió despacio y Araya giró, se agachó frente a él, agarrando su erección y con un lametón travieso, empezó a degustarlo como el mejor caramelo.

—Araya —Hundió los dedos en su cabello enredado y húmedo.

Pero ella siguió ignorando su aviso, quería que se corriese y regalarle parte de lo que él siempre le daba, hasta que lo hizo descargando sobre sus pechos.

Sonrió satisfecha relamiéndose, y se alzó. Lo besó y pizpireta, se fue hacia el baño para terminar de arreglarse, además, él también necesitaría una ducha.

Se arreglaron y todavía riendo como dos niños tras una travesura, cruzaron cogidos de la mano directos al bar donde habían quedado.

—Míralos, ahí vienen los perdidos. Llevamos un rato llamándoos, se os ve bien —Sonrió Brian.

—Muy sonrosados vienen, estos han estado echando un polvo y nosotros aquí esperando —Soltó Olek.

—Estábamos comprobando la firmeza de la encimera, nada más —Araya lo dijo como si nada sentándose toda digna, con una sonrisa alegre tras darles dos besos a cada uno.

—Y comprobando las dimensiones de la ducha —Añadió Kreier riendo antes sus caras.

—Calla, calla —Se abanicó recordando el asalto, como se había colado dentro sin poder reprimir las ganas de recorrer su piel húmeda, de lamer las gotas que resbalaban por su espalda, y como él había colocado la alcachofa para hacerla disfrutar todavía más.

Todos rompieron a reír y chocaron sus cañas, bebiendo.

—Me alegra ver que estás más animada —Brian la miró ya más serio pero sin perder su sonrisa sincera y cariñosa.

—No sacaba nada de ello, gracias por preocuparte, siento no haber contestado.

—¿Y se sabe algo de lo otro?

—Nada por el momento, salvo que el pobre hombre fue asfixiado.

Araya bajó la vista a la plateada mesa sin ver nada más.

—Joder... —Rein miró a unos y otros preocupado.

Tanto Kreier como Brian, le pusieron la mano sobre la palma y ella procuró sonreír y a la que recuperó las manos, se echó unos mechones atrás.

—Bueno venga, pasemos a otros temas más agradables ¿os parece?, es viernes y se suponía que íbamos a distraernos —Propuso Vein.

—¿Y Lexia y el resto? —preguntó ella.

—No pudieron venir, trabajo. Y la parejita tenía cena familiar —Aclaró Brian.

Ella asintió pidiendo un refresco, le hubiera echo ilusión verlos pero tendría que ser otro día. Pidieron y entre todos fueron hablando y riendo, alejando una vez más las sombras, arrastrando con ellos a su alegría a Araya que se dejaba llevar disfrutando de aquello, olvidándose de todo.

Cuando ya se hizo tarde, ambos regresaron al edificio encontrándose con Iñigo en plan bricolero. Camisa a cuadros, pantalones de trabajo y el cinturón de herramientas colgando de su cintura con media raja del culo al aire.

—Iñigo, ¿se puede saber qué haces a estas horas?

—Cambiar la cerradura, lo hemos hablado todos y nos quedaremos más tranquilos, tengo las llaves preparadas arriba —echó un trago de agua carraspeando todavía.

—Son las doce de la noche.

—No podía dormir y me he dicho que era tan buena hora como otra, además corre aire y no hace tanto calor —Se encogió de hombros, arrastrando el sudor de su frente.

Ella giró mirando a Kreier sin podérselo creer, en esa comunidad estaban todos locos. Él se encogió de hombros y ayudó al hombre con los cables.

—Gracias chaval.

Araya se sentó en las escaleras y dejó a un lado el bolso abierto, observando como ellos terminaban con la tarea nocturna. Una vez estuvieron, lo cogió y empezó a subir por las escaleras seguida de ellos hasta llegar a la planta de Iñigo.

—Anda descansa —Lo miró con una sonrisa.

—Sí tranquila, y gracias por el caramelo, te cogí uno del bolso.

—¿Caramelo? No tengo... —Calló de golpe sonriendo y se despidió de él arrancando a correr, una vez llegó arriba entró rompiendo a reír.

—¿Qué pasa? —Kreier la miraba sin entender medio contagiado por sus

carcajadas.

—¡Ay por Dios! —Reía—, que este se ha tomado una de mis píldoras.

—¿Pero ¿qué...? —Kreier estalló sin poder más a mandíbula batiente dejándose caer al suelo retorciéndose.

—Si es que esto solo puede pasar aquí —Lloraba ella con las manos en el estómago.

—Al final no ha estado tan mal, ¿no?

—No, nada mal, ha sido genial —Entrelazó las manos tras el cuello de él a la que se alzó pegándola a la puerta.

Araya sonrió y lo besó.

—Anda, vamos a la cama —Levantó las pestañas mirándolo y se apartó de la puerta frunciendo el ceño al creer escuchar una respiración.

XI

Kreier la apartó y abrió sin pensarlo viendo como una sombra se deslizaba escaleras abajo, salió corriendo detrás y ella gritó llamándolo al tiempo que buscaba el teléfono.

—¿Niña qué son estos gritos y corredizas?

Varios de los vecinos salieron de sus casas.

—Llamad a la policía por favor —Temblaba y su corazón no dejaba de aporrear contra su pecho, sin lograr respirar con normalidad hasta que vio aparecer de vuelta a Kreier por las escaleras que negó.

—No pude ver nada, desapareció. No sé dónde se metió. Era la misma sudadera —dijo él, ni siquiera se lo había pensado, cuando lo vio solo reaccionó pensando en ponerla a salvo, en protegerla. No quería que sufriese más ni siguiese sometida a eso.

Él solo quería que pudiera estar segura y feliz con él.

—¿Pero cómo ha entrado?! Iñigo acaba de cambiar la cerradura y ni siquiera tenemos las llaves. ¿En qué diablos pensabas?! Podría haberte hecho daño Kreier —Se pegó a él cerrando el puño en su camiseta.

—Tranquila, ya está.

—¡No! ¡No está! No puedes hacer eso. ¿Y sí te hubiese hecho daño? ¡Oh Dios! —Estaba atacada llevándose las manos a la cabeza, nerviosa a más no poder—. Si te pasa algo yo no... no lo soportaría, por favor no vuelvas a arriesgarte así, no me dejes así. No necesito héroes, solo...

Hipólita la cogió y la llevó a dentro de casa seguida de Kreier que sentía como el corazón se le constreñía ante su dolor y la ansiedad que la atenía desecha, sufriendo por él. Parecía tan frágil y perdida entonces...

Solo estaba preocupada por él, le importaba de verdad y luchaba por mantenerse fuerte, por volver a ser la mujer capaz que creía ser y que podía ser autosuficiente en lo que a defenderse se decía, y su corazón no dejaba de bombear pensando en que lo quería, de algún modo era así.

—Venga vamos, todos a dormir. Calma hija, te haré una tila que te sentará bien —La hizo sentarse en el sofá.

—¿Y si ya estaba dentro, esperando? —Las lágrimas estaban cuajando sus claros ojos, asustados.

En ese momento llamaron a la puerta y Kreier miró por la mirilla, era Rodrigo, así que abrió poniéndole al corriente de lo sucedido.

—Lo que has hecho ha sido una temeridad pero hiciste bien. Manzano y Herida junto con otros compañeros se instalarán cada uno en un piso durante unos días al menos, a ver si así aclaramos esto. Dos en el de Hermenegildo y otros dos, en tu piso Kreier.

Este asintió.

—¿Hablasteis con todos los vecinos? —Quiso saber él sin perder de vista como Hipólita le tendía la infusión a Araya que la cogía como un autómata.

—Sí, nada que nos sirva.

—¿Hasta con el del B?

—Bueno, nos respondió desde atrás de la puerta tras mucho insistir, creíamos que no había nadie. Sea quien sea, se está acercando mucho, se vuelve osado.

—Se está impacientando al estar yo —Habló Kreier.

—Puede cometer un error.

—Ya ha matado Rodrigo, no me siento segura precisamente, tengo miedo de que alguien más salga herido por culpa de ese perturbado, sea lo que sea. Necesito que acabe de una vez y recuperar mi vida de una vez —Se alzó decidida pese a las lágrimas que resbalan de sus ojos.

—Tranquila, lo atraparemos, confía en mi prima —Se dejó abrazar sin moverse, no podía reaccionar, solo asintió acongojada.

—¿Aviso a tu padre? Podrías pasar la noche en su casa —preguntó Kreier. Ella negó.

—No, ya tiene suficiente, prefiero quedarme contigo.

—Araya, no sería mala idea que fuerais los dos. Le llamo yo mismo si quieres —Intervino Rodrigo.

Ella se llevó la mano a la frente y acabó asintiendo, rindiéndose ante el asentimiento de Kreier junto al que se atrincheró. Estaba helada y desgastada emocional y mentalmente, aquel era un juego demasiado peligroso que la tenía atenazada, le robaba el sueño y la cordura, llenando las sombras de angustia y recelo, de miedo. Y lo odiaba.

Tenía que ser alguien cercano, alguien que ya estaba dentro y eso era lo peor.

Sospechar de nada le serviría, encerrarse tampoco. No quería huir, solo recuperar la normalidad que ese demente le robaba por gusto.

Una vez Rodrigo hubo hablado con Gio, Kreier preparó una bolsa y la llevó hacia el coche a pesar de que su padre había insistido en recogerlos, él prefirió conducir y así darle tiempo de poder preparar las camas y a ella, de serenarse y recomponerse un tanto.

Los esperaba en la puerta y Araya avanzó por el caminito que daba acceso a la casa de brazos cruzados hasta llegar frente a él que la abrazó.

—Lo siento papá.

—No has de sentir nada pequeña, tú no has hecho nada cielo. Venga, vamos dentro —Cogió su mano y ella lo siguió una vez más sin oponer resistencia, estaba demasiado agotada como para hacerlo.

—Gracias por traerla, anda pasa. Os he preparado su antigua habitación. Estaréis algo estrechos pero...

—No te preocupes, muchas gracias por todo, de verdad. Puedo quedarme en el sofá.

—¿Acaso crees que soy tonto? Anda tira y no digas tonterías, estáis juntos y habréis hecho algo más que dormir.

Kreier se llevó la mano a la nuca, incómodo.

—Una cosa no quita la otra.

—Mientras la cuides, todo estará bien entre tu y yo. ¿Una cerveza?

—Sí por favor —respondió al verla avanzar por el pasillo con la mochila. Mirando de seguido al rededor observando cuanto lo rodeaba.

Era una casa sencilla, bonita y acogedora, un hogar que ahora parecía demasiado vacío y grande para él, pues todo permanecía tal y como su esposa lo dejó. Las cortinas, los adornos... todo tenía ese toque femenino tan característico.

—No fui capaz de cambiar nada.

Kreier asintió comprendiendo y se sentó donde le indicaba pendiente de Araya. Él no había tenido algo así en su vida, pero tampoco importaba, él se centraba siempre en el día a día y tener el futuro que él decidir y quisiera.

—Me voy a dormir, estoy reventada —Los miró ella desde el principio del pasillo.

—Claro cielo, descansa —Sonrió a la que ella se acercó plantando los labios en su cogote—. Te quiero papá.

—Y yo a ti cielo —La siguió con la mirada viendo cómo se detenía frente a Kreier, que le rodeó la cintura con las manos.

—Tómame lo que te dio el de la ambulancia, te ayudara —La miró a los

ojos.

Ella le sonrió al leer la preocupación en ellos.

—A eso iba —Le mostró la pequeña pastilla que llevaba encerrada en la mano y él sonrió recibiendo de buen grado su beso y la empujó de la cadera con cariño hacia la cocina.

Ninguno decía nada, solo no perdían de vista como cogía un vaso y lo llenaba de agua tomándose el comprimido.

—Buenas noches, no tardéis mucho en ir a dormir que mañana trabajáis.

Ambos sonrieron y esperaron a que entrase en la habitación, entonces Kreier suspiró y se presionó la frente, sin saber qué hacer, iba a ser incapaz de pegar ojo odiándose por no haber sido capaz de atrapar a ese cabrón.

—No te culpes, lo intentaste.

—Ya bueno, no sirvió de mucho.

—La quieres, estás enamorado de ella, lo veo en tus ojos. Reconozco esa mirada, yo mismo la tuve hace tiempo.

Él asintió.

—La sigue teniendo cuando la mira a ella o a esas fotografías —Le contestó él a lo que su suegro asintió alargándole la cerveza que le había prometido antes.

—Nunca dejaré de amarla por años que pasen. Me he cogido fiesta mañana para estar con ella.

Kreier lo miró de nuevo tras echar un trago.

—Se enfadará.

—Lo sé, pero que diga lo que quiera.

—Entonces me acercaré un momento al taller y volveré si no es mucha molestia.

—Al contrario. Bueno chico, ahora sí que será mejor que me vaya a acostar, no tardes en hacer lo mismo.

Él asintió y a la que se terminó la cerveza, fue hacia el cuarto que le indicó Gio sonriendo al entrar. Era una habitación sencilla pero que reflejaba su carácter inquieto. Libros, recortes de escritos por las paredes, dibujos y manualidades a modo de mural.

La miró tendida en la cama con los ojos puestos en él, y se desnudó tendiéndose a su lado medio riendo ante el crujido de la pequeña cama en la que estaban aprisionados, el uno de cara al otro.

—Esto es como volver al instituto.

—¿Tuviste que escapar de muchas habitaciones? —Sonrió ella.

Él le pasó la mano por el cabello, acariciándole el rostro al igual que hacía ella con el suyo, sus dedos eran delicados, parecían querer memorizar sus facciones que delineaba con las yemas.

—¿Me crees un rompe bragas?

—Eres demasiado atractivo como para resistirse a ti.

Él la besó poniendo el alma y cuanto era en ese beso, fijando después los ojos en los de ella.

—¿Es un cumplido, rubia? Deberías estar dormida.

—¿Y perderme el espectáculo? Ni hablar, aunque sí estoy algo grogui de la pastilla —Le costaba mantener los párpados arriba, el sopor y la languidez la invadían, se notaba hasta en su lengua.

Kreier la pegó a él rodeándola entre sus brazos y volvió a besarla dejándola descansar, sintiendo la tibieza de su cálido cuerpo menudo, aspirando el aroma de su perfume.

—Te quiero Araya.

Ella, casi dormida por completo se acurrucó más contra él que volvió a sonreír mirándola. Tan tierna, tan deseable. No le extrañaba que alguien se hubiese obsesionado con ella.

Araya seguía adormilada cuando sus ojos se abrieron sin ser muy consciente de nada, su mente estaba en modo automático por lo que se movió entre las revueltas sábanas.

—No pretendía despertarte.

Sonrió tan buen punto escuchó la voz de Kreier, enfocándolo. Él ya estaba en pie, terminando de abrocharse los pantalones.

—Buenos días, ¿pudiste dormir algo? —le preguntó bostezando a continuación, todavía acurrucada en la cama.

—Algo, temía acabar cayendo al suelo. Pero eso tendría que preguntártelo yo.

Ella sonrió.

—Estoy bien. ¿Te vas? —Respondió a su beso puesto que se había agachado.

—No tardaré, he de pasarme un rato por el taller y vuelvo. Tu padre está

haciendo el desayuno.

—No va a ir a trabajar, ¿no?

—Hoy no, así que no le discutas —Le sonrió volviendo a besarla y salió por la puerta.

Araya suspiró sonriendo con la vista en el techo y volvió a cerrar los ojos para descansar un poco más, hasta que no le quedó más remedio que salir corriendo de la habitación ante los improperios que soltaba su padre y el estridente chirrido metálico de algo atascado.

—¿Pero qué pasa aquí?! —Entró corriendo a la cocina deteniéndose de golpe con un grito al ver paredes, suelo y armarios llenos de pulpa de naranja, dando un bote cuando un chorro la atacó haciendo un estucado con su camiseta.

Extendió las manos con la boca abierta y avanzó hacia el exprimidor que se había revuelto como si fuese el día del juicio final de las máquinas.

—Se ha vuelto loco —Su padre trataba de resguardarse con una tapa, dándole una y otra vez al botón de apagado.

—¡Pero páralo!

—¿Qué crees que trato de hacer?!

—Pues a juzgar una pintura impresionista —Se acercó tirando del cable de la corriente haciendo que aquella masacre acabase.

Parecía el escenario de un crimen y ambos rompieron a reír al verse las pintas con naranja chorreando y cayendo de su pelo y demás.

—La que has armado papá —Reía—, después yo soy el peligro de la familia...

—Lo siento hija, quería prepararte el desayuno. No es culpa mía que me haya salido una naranja peleona subversiva —Lanzó el trapo que parecía insuficiente frente a esa zona de guerra a un lado.

—Y te pegué el gafe —Se acercó dándole un beso en la frente conteniendo las ganas de reír.

—Anda, tira a la ducha mientras arreglo este desastre —le dijo.

Ella asintió y giró para ir al baño, avanzó con cuidado y justo cuando su padre le decía que vigilase, su pie alcanzó un trozo de naranja, patinó, intentó agarrarse a una silla al tiempo que veía su cuerpo salir despedido con los pies por delante cayendo de espaldas sobre el suelo con un grito.

—¡Ay qué *leche*! —Gio no pudo evitar romper a reír con las manos en el estómago tras hacer pasar el aire entre los dientes en un gesto de dolor,

cerrando un ojo—. ¿Estás bien, cariño?

—¡Au! No —Hizo un puchero tratando de sentarse, sacudiendo las manos pringadas de zumo.

—Anda deja que te ayude —Se acercó a ella tirando de su brazo y cuando estaba alzada, ambos resbalaron arrastrándose a una aparatosa caída en la que los dos, estallaron en carcajadas.

Una vez todo estuvo limpio y ambos duchados, se sentaron a la mesa empezando a desayunar.

—Anda que... menuda forma de empezar el día, menos mal que Kreier no nos ha visto.

—Kreier, parece un chico majo —Gio la miró removiendo su taza de café.

—Lo es.

—Y parece que la cosa va en serio —Volvió a hablar.

—Me siento bien con él, creía que no sería tan fácil pero él hace que sea natural. Me gusta y siento que me estoy enamorando de él, que le quiero y eso me asusta por si al final todo se tuerce.

—Cielo, no dejes que el miedo te frene. No todos son él y lo sabes. Tu nunca te has detenido por miedo, no empieces ahora, menos si de verdad sientes que puede ser quien llene tu corazón, no te niegues esa emoción. Mereces ser feliz como tu madre y yo, le caería bien.

Ella lo miró y sonrió apoyando la palma sobre la mano de él con un asentimiento.

—Gracias papá. Eres el mejor —Se incorporó un poco hasta alcanzar su mejilla estampándole un beso, hasta aposentar de nuevo el culo en la silla.

Gio la observó, y al ver que su rostro se había entristecido decidió acudir al humor para alejarla de su mente.

—¿Sabes a lo que me ha recordado esto? —Sonrió él.

—No, ¿a qué? —Ella lo miró con medio croissant en los dientes.

—Al día que tu primo atascó el baño con todo eso flotando por ahí —Rio.

—¡Papá! —Protestó con cara de asco, pese a reír—. ¿Y cuándo se le atrancó la cabeza en la barandilla de arriba por mirar lo que no debía?

—O cuando a ti se te enganchó el bajo del vestido en la giratoria y se te hacía cada vez más corto a medida que giraba tirando del hilo.

—¡Ay no! Qué vergüenza —Se llevó las manos a las mejillas que sentía arder.

—A tu madre le dio un soponcio cuando en la boda de tu tía apareciste con

el vestido lleno de barro.

—Ya os lo dije, fue un accidente...

—Odiabas ese vestido. Confiesa, ¿te rebozaste tú o picaste a tus primos para que te empujasen?

Ella sonrió enigmática.

—Eso es algo que nunca sabrás —Tragó llevándose un dedo frente a los curvados labios.

—Hiciste la croqueta como un cerdo en la hora del baño, como si lo viera.

—Es bueno para la piel.

—Anda que no habéis hecho trastadas vosotros juntos, y míralo ahora, policía...

—Aún no le he perdonado que me dejase desnuda por accidente frente a medio camping.

Ambos rieron sin contención alguna al recordar lo viéndolo tal que si volviesen a estar ahí, y terminaron con la comida charlando animados cuando el timbre sonó.

Araya fue a abrir al oír el timbre de la puerta, y al ver que era Kreier, tiró de la madera. Entre una cosa y otra no se habían dado cuenta de cómo había pasado el tiempo y eso era algo que le encantaba porque quería decir que había sido especial.

—Que risueños, ¿cuál es el chiste? —Quiso saber al verlos, dándole un beso antes de entrar.

—Cosas nuestras, chaval —Gio se levantó yendo hacia la parte trasera.

—Ya, esto... Gio —Fue tras él.

—¿Qué ocurre muchacho? —Lo miró.

—La grúa os dejará la furgó en el taller una vez el equipo de investigación haya acabado con ella.

Gio se puso serio apoyándose en la pared.

—¿Qué pasó?

—Al salir me la encontré con los neumáticos pinchados y un puñal atravesando el parabrisas lleno de espray con una nota.

—¿Qué ponía?

—Aléjate de ella, no es para ti.

Este se llevó las manos a las sienas, por lo menos ya lo había denunciado, y se pasó las palmas por las perneras.

—Me haré cargo de la reparación, el taller asumirá los costes.

—No es necesario, no es mi intención.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

—Que menos si es por mi culpa —La voz de Araya resonó clara desde la puerta, lo había escuchado todo.

Kreier se cuadró poniéndose más serio si cabía plantados frente a ella.

—No vuelvas siquiera a pensarlo, no lo es y no hay discusión alguna. Tú no lo has hecho ni provocado. Yo cubriré la factura.

Araya lo miró a los ojos, no quería discutir por eso, solo sentía que se viera amenazado por ese loco y se abrazó a él.

—Lo siento.

—No lo sientas preciosa, estoy contigo para lo bueno y lo malo. Y ahora, ¿qué tal si aprovechamos el día los tres y nos vamos a la playa? —Sonrió.

—Hace siglos que no piso una, no sé ni si tengo bañador pero me parecería genial —Se unió Gio, sumándose a las miradas de cachorro que Kreier le dedicaba tratando de ablandarla.

—Vale, está bien —rio—. Cualquiera os dice que no.

Se prepararon cogiendo lo necesario de casa de cada uno y pusieron rumbo a la playa. Comieron en un chiringuito y ya a eso de las seis pusieron rumbo a casa. Lo pasaron genial y Araya logró desconectar, y Gio buscó donde aparcar.

—Anda, ahí está el Dodge otra vez —Sonrió ella como si nada.

—¿Que Dodge? —preguntó su padre.

—Si hombre, aquel Nitro que reparamos tras que le hiciéramos el favor de atenderle la avería casi a la hora de cerrar. Es de la zona porque suelo verlo por aquí.

—No lo recordaba —dijo lanzando una mirada a Kreier.

—Ahora que lo dices es verdad, impresiona. ¿Estás segura de eso? —Él la miró acariciando su nuca con el pulgar de modo distraído anotando la matrícula con disimulo en el móvil.

—Sí claro, se me quedan las matrículas —Sonrió—, ¿verdad papá?

—Sí, desde luego —Terminó de aparcar y los tres bajaron del coche andando hacia la casa—. ¿Por qué no os vais adelantando a ducharos mientras yo miró qué podemos cenar? —Les propuso, comprendiendo, Kreier asintió.

—Claro, así te echo un cable. Encima que me acoges en tu casa que menos —Llevó a Araya hacia la ducha, besando su cuello haciéndola reír.

—Estoy salada —protestó divertida.

—No importa, anda, dúchate. Voy a ayudar a tu padre.

—Eres un cielo —Giró cara a él, besándolo y tras eso lo dejó alejarse.

El timbre de la puerta sonó y ella se metió en la ducha. Gio fue a abrir, tirando de la puerta al ver que era Rodrigo, venía uniformado y con su compañero.

—Contigo queríamos hablar precisamente, creo que podemos tener algo —Lo hizo pasar tensándose al ver su seriedad—. ¿Qué pasa?

—¿Está Kreier?

El aludido asomó por la puerta apoyando la mano del trapo en una de las sillas, esperando.

—¿Araya? —preguntó Rodrigo.

—En la ducha.

Asintió y les indicó que tomaran asiento.

—¿Hay algo de la furgo? —Kreier miró al primo de su rubia.

—Todavía no, es pronto aunque por el momento parece que no hay huellas. Pero no venimos por eso, el caso es... no sé cómo decirlo —Se pasó la mano por el cabello engominado.

—Solo dilo —Aconsejó su tío.

XII

—Hace uso días, durante la demolición de una de las naves que hay en la zona norte del polígono de atrás de donde vivís, encontraron un vehículo. Había restos de sangre dentro —Empezó a exponer con las palmas de lado sobre la superficie de la mesa, controlando el sonido del agua corriendo en la ducha—. Tenemos los resultados y resulta que tanto la sangre como el vehículo pertenecen a Bruno García —Miró a Gio que se echó hacia atrás en la silla—, no había huellas ni nada que pudiera ayudaros, salvo el envoltorio de una jeringuilla y el capuchón de esta.

—¿Qué me quieres decir con eso?

Kreier miró a unos y otros examinando la tensión de sus cuerpos.

—¿Quién es ese? —Quiso saber él.

—El ex de Araya —Matizó Iván.

—¿El hijo de puta que la maltrató?

—Sí.

—¿Y? —Kreier los enfocó sin comprender—. Eso no quiere decir nada, puede seguir por ahí.

—O puede que no y no tengamos sospechoso. El tipo de sangre y su direccionalidad sugiere que podría estar muerto.

Kreier suspiró presionándose el puente de la nariz, seguían igual que al principio.

—Por cierto, ¿qué teníais?

Gio se lo explicó y Kreier le pasó la matrícula.

—Lo comprobaremos.

—Por cierto, la gaviota que roba en el edificio, Araya cree que llevaba una minicámara al cuello —Carraspeó.

—¿Cómo has dicho? —Medio río—, bueno puede que sea un localizador si es de alguien, o uno de esos identificadores de los zoólogos.

—No tengo ni idea, pero sí que como dejes algo a su alcance se lo lleva.

—Eso ya es más para control de animales, diría yo —Se levantó al escuchar como el grifo se cerraba—. Bueno, solo quería informaros. No le digáis nada a ella ni comentéis esto con nadie. Hay una investigación abierta, con la aparición de estas pruebas y yo a me he extralimitado al compartirlo.

Ellos asintieron levantándose a su vez y le aceptaron la mano que les tendió antes de irse seguido de Iván y ellos se miraron, serios, regresando a la cocina justo cuando la puerta del baño se abría.

—Que bien se queda una —Salió envuelta en la toalla directa a la habitación. Refrescarse y quitarse toda esa sal y el calor que abrasaba su piel le habían sentado de maravilla.

Se vistió y entró en la cocina cogiendo a Kreier por la cintura, que giró el rostro robándole el beso que ella esperaba.

—Ya puede ir el siguiente —dijo ella mirando lo que estaban preparando, apenas habían avanzado—. ¿Y si pedimos japonés?

—Por mi vale —Kreier miró a Gio que evaluó el material congelado, asintiendo.

—Será lo mejor, nos entretuvimos charlando.

Ella sonrió mirándolos y fue hacia su bolso cogiendo el móvil. Tenía varias llamadas de Julia así que preocupada, marcó el número de su vecina.

—¡Araya lo que te has perdido hija!

—¿Qué pasó? —Araya ya se asustó mirando a Kreier al tiempo que se sentaba en el brazo del sofá por si acaso.

—En el edificio de al lado, se han llevado un cadáver empalmado, el forense decía que no había modo de bajarlo a menos que se lo rompieran —decía de modo atropellado—, imagínate el espectáculo, todo el mundo ahí mirando con eso tieso ahí...

—¡Ay madre! —Araya se llevó la mano a la cara—. No es gracioso Julia, un hombre ha muerto.

—¡Ya, ya! Anda que no. Murió feliz eso está claro, porque sonreía de oreja a oreja.

—¿Quién era?

—Ay no sé hija, pero Soledad estaba ahí.

—¡Oh! —Soltó ella recordando la imagen de aquel enjuto viejecito con los calzones de rayas de colores por las rodillas y los tirantes, y esas gafas redondas ridículas y diminutas resbalando de su nariz gruesa y roja—. ¿No llevaría camiseta interior blanca, tirantes y gafas redondas con la nariz ancha y roja?

—¡Justo!

—¡Ay Dios! Si ya dije que se iba a cargar al pobre hombre.

—¿Pero qué pasa? —Kreier se acercó a ella poniendo una mano en su

rodilla.

—¿Cómo sabes tu eso?! Ya puedes estar contando.

—Que Carm... digo Soledad, es una mujer de compañía —Bajó la voz sin darse ni cuenta.

—¡Los clavos de Cristo! Habrase visto con estas edades... —Chilló Julia.

—Shhh bajé la voz.

—Tranquila niña, que aquí no hay nadie. Al pobre le dio un fallo general, ni se enteró tras soltar su regalo...

—¡Ay no! No me dé más detalles por favor.

—Toda la calle cortada, policía, ambulancias, bomberos... nada hija, que solo era por informarte y decirte que aquí estaba todo bien y de paso saber cómo estabas.

—Mejor gracias. Supongo que mañana ya volveremos, no se preocupe y relájese —Colgó meneando la cabeza medio riendo pese a todo tras haberla reñido por lo mismo.

Miró a Kreier y le explicó lo sucedido mientras preparaban el pedido para la cena.

—Lo que no pase en vuestro bloque, no pasa en ningún sitio —Rio Gio poniendo la mesa.

Las horas habían pasado rápidas y la cena estaría al llegar.

—¿A qué sí? —Araya se sentó sonriente viendo a Kreier ir hacia la puerta al sonar el timbre y aprovechó para mirar a su padre—. ¿Qué te parece?

—A tu madre le habría encantado, ya te lo dije —Se sentó a su lado cogiéndole la mano.

—¿Y a ti?

—Me cae bien. Si a ti te hace feliz, te cuida y os queréis no podría pedir más —Le acarició la mejilla.

—Papá —Se inclinó abrazándolo emocionada—, eres un romántico, no sabía yo de esa faceta... —Lo miró pasándose los dedos por los ojos, estaba demasiado sensible.

—¿De dónde crees que sale ese don tuyo? —Bromeó.

Ella rio apoyando la mejilla en la mano mirando hacia Kreier que estaba cogiendo la bolsa que le entregaba el repartidor. Pagó la cena y regresó junto a ellos.

—Bueno, pues ya está aquí —dijo empezando a sacar las cajas de la bolsa, repartiéndolas por la mesa—. ¿Y esa cara? —Frunció el ceño al ver su

sonrisa.

—Nada, te miraba.

—Ah —Sonrió buscando la mirada de Gio para que lo ayudase a entender, este alzó las palmas.

—Venga, a comer. Hay hambre, por cierto, ¿qué tal va tu nuevo libro? —
Miró a su hija.

—Estancado.

—Bueno, poco a poco —Alargó la mano hacia la salsa de soja que Kreier le alargó—. Gracias.

Cenaron y después, se sentaron un rato a ver la tele hasta que Araya vio cómo su padre daba cabezadas. Sonrió, y poniendo la mano en la rodilla de Kreier se levantó.

—Papá, será mejor que vayas a dormir, es tarde y estás cansado. Kreier y yo recogeremos todo.

Este abrió los ojos bostezando, y se levantó.

—Os lo agradezco, estoy molido —Besó el codo de su hija y se fue hacia su habitación.

Ella dejó escapar el aire retenido y lo observó alejarse hasta desaparecer en el cuarto, y giró hacia la cocina empezando a fregar los platos.

Kreier se acercó por detrás, rodeándole la cintura y apoyó la barbilla sobre el hombro de ella.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad junto a su oído.

—Sí, claro —Apoyó la cabeza contra el pecho de él fijando la vista en el reflejo de ambos en la ventana.

—¿Segura, vuelves a tener esa mirada? —Sonrió consciente de lo que sucedía, besando el hueco de su cuello. La estaba consiguiendo, poco a poco iba conquistándola cada vez más tal y como se había propuesto, deseando ella sintiese lo mismo que él, y sus ojos, se lo decían. No podía sentirse más feliz, tenía la sensación de que podría saltar y atravesar el techo de lo mucho que eso significaba.

—¿Qué mirada? —Rio hundiendo de nuevo las manos en el agua, pasando el espumoso estropajo por un plato más que limpio.

—Humm te haces la loca —comentó de buen humor colocándose a su lado cogiéndole el plato que enjuagó—, bien, no importa. Soy paciente. Acabemos con esto y vayamos a la cama.

—Eso suena genial. Kreier, ¿quién era?

—¿Quién era quién? —Atrapó el vaso que le pasaba sin entender a qué se refería.

—Antes, cuando estaba en la ducha llamaron al timbre.

—¡Ah! Tu primo, vino a informarme sobre la furgo. Nada de momento — Prefirió decirle parte de la verdad observando los cambios que se obraban en su rostro—. Y si no te lo dijimos fue justo por eso, Araya... no puedes seguir así —La agarró de la cintura haciendo así que quedasen cara a cara.

—Lo sé, lo siento. Hazme olvidar guapo.

—Haré más que eso —La alzó del trasero, haciéndola soltar un gritito. Fue hasta la puerta y apagando la luz, pues ya estaba todo listo, se la llevó a la habitación—. Shhh preciosa, tu padre está en el otro cuarto.

Araya rio de nuevo.

—No me gustan los mudos.

—¿Pero qué dices? Pueden ser muy excitantes e intensos al tratar de contenerte y no te pillen.

—Tienes un lado travieso Kreier.

—Todavía te queda mucho por descubrir, preciosa —La dejó sobre la cama empezando a desnudarla, besándola sin previo aviso.

Al día siguiente regresaron a casa, los agentes seguían apostados en los pisos y aun así, Araya era incapaz de relajarse. Apenas había logrado pegar ojo por lo que cuando se despertó, asustada, por culpa del loco del taladro, chilló ahogándolo contra la almohada que aplastó contra su cara, exasperada, lanzándola a continuación a un lado de mal humor.

—¡Por Dios, no son ni las ocho de la mañana! —Alzó la voz con intención, se calzó las zapatillas y decidida, fue hacia la puerta, tiró de ella cogiendo las llaves y subió al ático, aporreándole la puerta—. ¡Ya está bien! Algunos necesitamos dormir.

Hecho eso, y remusgando por lo bajo contra el loco del taladro, entró en casa con un portazo. Ya no se oía ruido de herramientas pero ella ya no iba a ser capaz de dormirse y mucho menos tranquilizarse.

Resopló mirando la mesa, y como ya estaba fuera de la cama, decidió ponerse a trabajar un poco o al menos, intentarlo.

Nada, hora y media frente a la misma página y nada. Miró la pantalla de

pie en mitad del salón por el que deambulaba y sentándose frente al ordenador, desistió de intentar escribir porque además, no dejaba de pelear con el condenado mosquito que no quería más que merendársela sin lograr darle caza, desquiciada con ese zumbido inconfundible que bien podría semejarse a la banda sonora de tiburón cuando acechaba, enloqueciéndola del todo.

Abrió Facebook echando una ojeada a las publicaciones; hacía bastante que no se conectaba porque entre una cosa y otra, nunca encontraba el tiempo, por lo que le extrañó cuando vio que saltaba la notificación de un nuevo mensaje privado.

Curiosa, clicó sobre la burbuja y la ventana se abrió en la parte inferior, no conocía el nick pero sus ojos quedaron atrapados en el vídeo que llevaba el mensaje.

Su pulso se desbocó al reconocer la casa y ante sus ojos, este empezó a reproducirse dejándola anclada a la silla. En él se la veía a ella con Kreier la noche anterior, haciéndolo en la que fuera su habitación. Bajó la tapa de golpe levantándose de la silla que cayó atrás con estrépito.

Su mente se bloqueó, sentía las lágrimas caer pero era incapaz de reaccionar, sabía que aporreaban la puerta, escuchaba las voces de los policías pero no respondió. La único que pudo hacer fue atrincherarse en la ducha accionando el grifo, quedando empapada.

Apenas recordaba nada tras eso.



Kreier llegó lo más rápido que pudo apartando de la entrada a varios de los policías, Gio y Julia ya estaban ahí, junto con Rodrigo. Brian y Vein iban tras él y esperaron quedándose a un lado, observando todo sin saber qué hacer.

El comedor estaba invadido de policías y las radios no dejaban de sonar, las luces de los coches patrulla abajo, y la ambulancia, no hacían más que girar reflejándose en las paredes creando un escenario extraño y surrealista más digno de una serie que de la realidad, pero lo peor estaba por llegar.

—¿Qué ha pasado? —Se acercó aprisa a Gio—. Gracias por traerme —dijo a Brian.

—No sé, no hace caso. Está sentada en el baño, no atiende a nada. Y ya no sé qué hacer.

—Está bien, déjame a mi —Salió hacia allí y entró mirándola con el corazón en un puño.

Cerró el paso del agua y se agachó frente a ella.

—Eh, preciosa. ¿Mucho calor? —Optó por tratar de aligerar aquello tratando de buscar sus ojos, bromeando pese a la preocupación que lo carcomía por dentro.

Estaba temblando, los labios morados y los dedos arrugados. El agua chorreaba de su cabello y ropa.

—¿Qué tal si te saco de ahí? —Alargó las manos hacia ella, que se dejó.

Cogió un par de toallas y la envolvió tratando de hacerla entrar en calor.

—Vamos cielo, has de reaccionar o a tu padre le dará algo. Quizás deberíamos hacerle compañía más a menudo y así, no está solo —La miró, nada.

Cogió aire y sacándole la ropa empapada por la cabeza, la lanzó a un lado del plato de ducha, regresando al poco con una de seca, vistiéndola con dulzura, hablándole de cómo le había ido a ver si así conseguía traerla de vuelta.

—Te mataba —Sollozó.

Kreier la pegó a él, cogiéndola con fuerza, y alzándola en volandas la llevó al comedor. Una vez allí, la sentó en el sofá donde se aovillo. Las lágrimas no dejaban de caer por sus mejillas y él le acarició el rostro con mucha suavidad.

—Dime qué pasa, si no me hablas no puedo ayudarte y te juro que me está matando verte así. Vamos, reacciona, mírame, estoy aquí —No dejaba de acariciar sus manos para que lo sintiera.

—Si no me aparto te matará —repitió.

—Preciosa, ¿de qué hablas?

Araya se levantó sin mediar palabra tirando de él, y alzó la tapa del ordenador, introdujo la contraseña y la página se abrió. Movi6 el cursor sobre el vídeo y le dio a reproducir, girando de espaldas a la pantalla.

—¿Pero qué...? —Kreier no acabó la frase viendo lo mismo que ella vio, hasta que al final, se le veía salir a él de la casa y una diana aparecía en su cabeza.

En cuanto el disparo resonó, y pese a saberlo, Araya botó llevándose las manos a la boca cerrando los ojos, sabiendo que tras eso; solo se veía sangre resbalando por el objetivo llenando toda la pantalla y esas palabras: «*Déjalo y vivirá*»

—Vale, tranquila —Kreier se volvió abrazándola.

Ella negó.

—No pienso irme, ¿me oyes?

—¿Es que no lo entiendes?! ¡No puedo! ¡Estoy harta de esto, quiero que acabe ya! No lo soporto. Estaba ahí. No parará... ¿Por qué?! ¿Por qué hace esto? —Se aferró a él, llorando.

Kreier miró a los presentes sin saber qué hacer por calmarla. Y uno de los sanitarios carraspeó, él lo miró, era el mismo de siempre y la ayudó a tomar asiento indicándole que se acercase para atenderla.

—¡No! —Tiró de su mano.

—Te ayudará, tranquila, no me apartaré.

Ella asintió sorbiendo, se estaba derrumbando de nuevo y no quería, deseaba poder ser fuerte y se hundía.

—Nos llevaremos esto al departamento, vamos a registrar todo —Rodrigo se acercó a él hablando de modo confidencial y él asintió sin perder a Araya de vista. Gio estaba a su lado, apartándole el cabello mojado atrás.

—Esto... —Vein se acercó a él—, nos vamos, pero si necesitas cualquier cosa, llama. Ahí estaremos, de verdad.

Kreier asintió aceptándole la mano que le tendía en una especie de pulso.

—Gracias.

—No las des, para eso están los amigos.

—El caso es que esto se ha puesto peor de lo que creíamos —Se puso serio apartándose un poco.

—¿Un poco? Tu vida está en juego —Brian no pudo callarse más, preocupado, tenso.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Y? ¿En serio te vas a arriesgar tanto, lo vale?

Vein le puso una palma en el pecho a Brian apartándolo un poco.

—Brian, no —Lo miró tajante.

Kreier se enderezó cuan largo era endureciendo su aspecto, sin apartar la vista de su amigo.

—Sí, Brian. ¿Lo entiendes ahora? —Esperó unos segundos y regresó junto a Araya.

—Míralos, vamos tío, lo viste desde el primer momento. ¿Qué te pasa? —Lo increpó Vein.

Brian asintió.

—Sí, solo quería estar seguro antes de hablar con alguien.

—¿Con quién? ¿Qué vas a hacer tío?

—Mover algunos contactos. ¡Eh Krei! —Brian lo llamó y a la que él lo miró habló: Cuenta conmigo.

Una vez todo se calmó y el piso quedó vacío a excepción de él y su padre, Kreier se frotó la frente, agotado.

—Tienes agallas chico, otro habría echado a correr sin mirar atrás.

—Ya le dije que me importa, y no, no soy de esos. Además, debería disculparme por mi falta de respeto —Lo miró consciente de que había visto el dichoso vídeo. Todos lo habían hecho, era de lo más violento y lo peor es que eso era lo menos importante, porque lo único que hizo fue amar a la mujer con quién quería estar, adorando su cuerpo.

Había algo demasiado especial y hermoso en el modo en que lo hicieron y eso, saltaba a la vista hasta que ese desgraciado lo ensució de ese modo tan vil.

—No... pasa nada. He sido joven también.

Él asintió echando una ojeada a la habitación donde Araya dormía sedada por completo y observó el envoltorio de la jeringuilla en el suelo.

Frunció el ceño pensativo, y se agachó observándolo.

XIII

—¿Qué piensas? —preguntó Gio.

—Dijeron que había los restos de un envoltorio como este. Los sanitarios llevan guantes y tienen acceso a medicamentos.

—¿No creerás que...?

—No lo sé, podría ser cualquiera —Se dejó caer en el sofá y se levantó a la que unos golpes en la puerta sonaron, era Rodrigo.

—Ya hemos acabado aquí, nos vamos. ¿Cómo está?

—Dormida ¿Hay algo de esa matrícula? —preguntó volviendo a mirar el envase olvidado en el suelo.

—Todavía no, con todo este lío y los avisos que hemos tenido que cubrir hoy aún no he podido llamar por si tienen algo.

—Lo entiendo —Se giró andando hacia este.

Rodrigo lo siguió mirando al suelo y alzando una ceja, se agachó sacando una bolsa de muestras y unos guantes.

—Iván, revisa la papelera —Pidió a su compañero que esperaba en la puerta.

—¿Qué pasa?

—Puede que nada, pero es el mismo envoltorio del coche. ¿Hay guantes?

—No.

—¿Qué tipo de sanitario recoge y guarda sus *desechos*? —Habló en voz alta.

—¿Uno limpio? —Iván se encogió de hombros.

—¿Desde cuándo? ¿Tu recuerdas el último accidente y todo lo que dejaron en la carretera? Pide al hospital los nombres y llama a tráfico, a ver qué hay de esa matrícula.

—De acuerdo, tengo el walkie abajo en el coche —dijo saliendo del piso.

—Y vosotros, relajaos, estamos en ello. Cuídala y ten cuidado, cualquier cosa avisa, ni lo pienses.

Kreier asintió acompañándolo hasta la puerta y cerró tras él con un suspiro. Esa noche iba a ser muy larga y complicada. Preparó la habitación pequeña para que Gio pudiese estirarse y no quedarse en el sofá, y regresó al comedor sentándose en la butaca sin siquiera querer pensar en la diana que

tenía grabada. Lo único que le importaba y preocupaba era ella, poder protegerla de ese loco y se sentía impotente, furioso de que la acosase de ese modo sin poder hacer nada y encima ser amenazado.

Era demasiado frustrante estar tan cerca y no ser capaz de impedir aquello.

Incluso con su pasado y lo que había vivido se le hacía extraña esa cara tan oscura y violenta del ser humano. Una que ahora se cebaba en quién le importaba.

—Sé cómo te sientes —Gio rompió el silencio—, y la ira no sirve de nada, mantén la cabeza fría.

—Lo intento.

—No estás asustado, solo te preocupa ella.

—¿Una cerveza?

—Mejor no, descansa Kreier. Lo necesitas, ve a su lado.

Este asintió y con un gesto de la mano, fue hacia el pasillo.

—Intente hacer lo mismo, ya sabe dónde está todo —le dijo antes de desaparecer en la habitación.

Miró el cuerpo acurrucado de ella a un lado de la cama y cansado, se quitó la ropa. Con cuidado, se tendió a su lado pasándole el brazo por la cintura y ella se pegó a su cuerpo, desencogiéndose un poco.

Besó su nuca arropándola, y acarició su brazo tratando de algún modo, de sentir que podía protegerla o calmarla.

—Kreier... —murmuró dormida girando cara a él.

—Estoy aquí cielo, tranquila —Su voz fue muy suave al hablarle consciente de que seguía inconsciente, limpiando las lágrimas que seguían cayendo a intervalos por sus ojos, haciendo que algo en él se agrietase un poco más y la rabia, creciese.

Besó su cogote y trató de cerrar los ojos y no pensar, aspirando su aroma.

La mañana siguiente fue extraña, Araya apenas habló, estaba ahí de cuerpo presente pero su mente parecía seguir muy lejos, con la mirada perdida encogida sobre ella misma. No fue hasta que su padre se fue que miró a Kreier.

Él estaba en la cocina fregando los platos y descalza, tal y como solía ir, se acercó observándolo apoyada en el marco, hasta que entró y poniéndose de

espaldas al mármol, se impulsó con los brazos sentándose en una de las esquinas.

—¿Qué miras rubia? —Sonrió mirándola de reojo pasando el estropajo por uno de los platos.

—A ti.

—¿Te gusta lo que ves?

—Podría ser —Enrojeció sonriendo por mucho que no quisiera, delatándose por sí misma frente a él, mordisqueándose el labio.

—¿Cómo estás? —Esta vez estaba serio sin esforzarse por ocultar la preocupación que se reflejaba en sus claros ojos verdes, enmarcados por unas oscuras y marcadas ojeras.

Araya bajó los suyos cogiendo aire, ahí estaba de nuevo la realidad golpeándola de lleno, era inútil tratar de evadirla un poco más, por lo que una punzada de tristeza atravesó su pecho.

—¿Por qué sigues aquí? —Lo miró destrozada por completo con el corazón dolorido. Seguía sin sentirse ella, embotada y algo aletargada.

Estaba bajo los efectos de los restos del sedante, lo sabía y aun así, era consciente de todo y deseaba creer que lo sucedido el día anterior, no era más que un recuerdo velado, un sueño o algo inducido por su mente y no la realidad. Sin embargo, no lo era y debía afrontarlo de algún modo, desbloquearse del shock al que estaba sometida al ver su mundo hacerse añicos una vez más, destrozando sueños y nuevas oportunidades y no debería ser así.

Debería poder aferrarse a la felicidad que había experimentado, a lo que su corazón sentía y que alguien, deseaba destruir. ¿Todo por qué? ¿por obsesión? ¿deseo? ¿simple trastorno?

Sus ojos lo enfocaron y supo que no debió preguntar pero lo había hecho y su corazón, se resentía empezando a batir furioso contra sus venas, temiendo lo que podía escuchar por si al final, decidía cruzar esa puerta y no regresar. Porque al final, se había pillado de él más de lo que debería.

—¿En serio me lo vas a hacer decir? —Kreier se acercó a ella colocándose entre sus piernas, pasando los dedos por el rubio y suave cabello de ella que esperaba su respuesta con temor—. Por el mismo motivo en que tu estás así por mi —Fijó las pupilas en las suyas que correspondieron, alzando el rostro—. Lo sientes tan dentro como yo.

Los labios de ambos se encontraron en un beso lento, suave y profundo.

Uno que encerraba demasiados matices y emociones, conteniendo palabras veladas no pronunciadas que iban más allá de los gestos.

—No quiero que te haga daño, no lo soportaría Kreier.

—No pasará, no pienso irme de tu lado a menos que tu lo quieras, no dejaré que se acerqué, te lo prometo —Llevó la mano a su nuca apoyando la frente en la suya.

—¿Cómo? No prometas lo que no puedes cumplir, ni siquiera sabemos quién es —Cerró los ojos temblando, conteniendo las lágrimas que acudían a sus ojos, haciendo que le ardieran.

—Me importas demasiado Araya, no quiero alejarme de ti. ¿Quieres tu?

Ella sorbió esgrimiendo una tenue sonrisa, su estómago parecía haber caído en un salto al vacío imparable, acompañado de un intenso baile por parte de su pulso.

—No, no quiero —Lo volvió a mirar con las mejillas sonrosadas—. Debo estar loca o ser una egoísta, pero no concibo que desaparecieras de mi vida ahora que te he conocido.

Kreier sonrió sin dejar de acariciar su rostro con el corazón a mil, volviendo a besarla sin contener la emoción.

—¿De verdad es real? Tu...

Kreier sonrió ante su candor y su dulzura, parecía tan inocente y pequeña en ese momento...

Era por eso por lo que la adoraba, por todas sus facetas, por esa fragilidad y fortaleza que lucía al mismo tiempo, por su inseguridad y miedo, por ser tan natural y especial. Araya le había robado el corazón en cuanto la vio.

Claro que la atracción fue el detonante inicial, después llegó todo lo demás a medida que iba conociéndola, despacio pero seguro. Con ella todo había surgido sin más.

—Más de lo que crees —Volvió a besarla alzándola de encima del mueble llevándosela a la habitación.

La tendió en la cama con suavidad dedicándose a ella hasta no poder aguantar más, dejándose llevar hasta que ninguno pudo más sin ser conscientes de como el reloj iba devorando cuartos; demostrándose así, sin palabras, lo que ambos sentían, perdiendo de vista la realidad entre las sábanas, el uno en el cuerpo del otro, dejando así atrás, cuanto los amenazaba deseando hincarles los dientes para herirles y robarles ese instante de felicidad.

Kreier se movió con suavidad de nuevo, apartando el cabello de la frente

de ella, que emitió un pequeño quejido.

—¿Te molesta?

—Un poco —Rodeó su rostro, besándolo antes de que se retirase de su interior.

Despacio, se salió quitándose el condón que también le molestaba, y Araya se sentó frente a él, acariciándole, recibiendo de golpe una buena ducha pese al aviso de Kreier. Ambos se miraron con la boca entreabierta y las palabras atascadas en lagarta y rompieron a reír.

—¿Ducha? —Propuso Kreier con cara de cachorrillo.

—Va a ser que sí —respondió entre carcajadas.

—Anda, vamos —Tiró de ella—, lo siento, pero es que me pones demasiado.

Araya se dejó, siguiéndolo.

—Eso es bueno, me gusta —Se colgó de su nuca besándolo.

Él sonrió y alzándola, la pegó contra las baldosas de la ducha.

—No menos que a mi preciosa. Creo que tengo algo por terminar —Sonrió afianzándola bien, llevando las manos a su sexo.

Ella gimió, presionando contra él.

—Kreier, vas a acabar conmigo...

—Eso pretendo —Tiró de su labio y ella rio con los ojos cerrados.

—No me refería a eso —jadeó.

—Lo sé, pero me gusta verte así —dijo con sinceridad perdido en el color de su rostro y como volvía a abandonarse y sonreír por ellos. Al menos había logrado abstraerla y traerla de vuelta aunque fuera por un instante.

Al verla de aquel modo durante el desayuno, creyó que todo habría acabado, que no lograría traerla de vuelta pero ahí estaba, desde el momento en que se quedaron solos.

—Córrete para mí preciosa.

—Sigue, no pares —Araya abrió los ojos fijándolos en él, hasta que no pudo resistirlo más y su cuerpo, estalló para él tal y como pedía, sin pensar ni acordarse siquiera de que ese mal nacido pudiera estar viéndolos.

Le daba igual porque solo estaban ellos ahora mismo, le quería a él y a nadie más, sería mejor que lo asumiera y solo ella, decidía sobre su vida y no pensaba dejar que nadie la manipulara ni dirigiera, no permitiría que volviesen a anularla o hacerle daño y mucho menos a las personas que quería.

Solo uno mismo tenía poder para resolver y decidir lo que dejaba o no

entrar.

XIV

Al cabo de unas horas...

—Venga, vístete. Nos vamos —Kreier la miró animado.

—¿Ahora, a dónde?

—Es una sorpresa, te gustará. Así después comemos por ahí.

—No sé, ¿lo ves prudente?

—Araya —Se acercó hasta ella que se estaba sentada en el butacón del balcón, con un pie sobre este y las manos en la rodilla alzada—. ¿Qué más da? Nos va a seguir allá donde vayamos esté o no esté, porque permites que su sombra sea tan larga que te alcanza. ¿Vas a dejarle seguir así? ¿Haciendo esto de ti? Yo no lo creo. La vida es demasiado bonita y corta, con sus piedras incluidas, para dejarla correr sin más. Son parte del camino y las experiencias; solo así aprendemos, crecemos y nos enriquecemos, ¡así que vamos! No le des el gusto, además, quizás de un paso en falso —Le guiñó el ojo—. Yo no me pienso rendir, no es la primera pelea que lucho y no voy a perderla.

Araya sonrió acariciándole el rostro. Eso era casi lo mismo que pensaba ella, porque estando ahí, sentada sin tener que ir al taller, se daba cuenta de que casi nadie sonreía en la calle. Todos andaban aprisa, taciturnos o malhumorados sin mirar nada. No disfrutaban de la vida que cada día se les iba un poco más y se preguntaba cuándo eran felices de verdad.

Todos iban a trabajar, a cumplir con su obligación para poder pagar un techo bajo el que dormir y una comida que llevarse a la boca, amargados, cansados incluso por mucho que les gustase lo que hacían porque era algo impuesto y necesario. La mayor parte de sus vidas se las pasaban en eso, quizás deseando el momento en que llegase la jubilación para poder hacer eso, descansar y saborear su vida sin dar cuenta de nada y darle un sentido antes de que llegase la hora y al echar la vista atrás se lamentasen de demasiadas cosas.

—Que listo eres. No te hacía yo tan filosófico —Bromeó.

—Todavía te quedan muchas cosas por descubrir de mi, preciosa.

—¿Tienes más virtudes escondidas? —Sonrió de nuevo sin apartar la vista de él.

—Unas pocas. ¿Eso es un sí?

—Claro —Se inclinó hacia delante, besándole ya que estaba inclinado hacia ella y acto seguido, se levantó—. No pareces haber tenido una vida fácil.

—Te has dado cuenta.

—Por como hablas y reaccionas a veces.

—Mi padre no era lo que se dijera cariñoso, lo suyo o era criar de un crío, así que a la que pude, escapé de sus caricias y anduve por las calles. Al final acabé bajo la tutela del estado. Murió hace mucho, así que ya ves, los golpes no son algo desconocido para mí. Conozco bien esa cara, Araya.

Ella lo escuchó paralizada junto al pasillo.

—Lo siento —Se acercó a él abrazándolo por detrás con la mano sobre su hombro.

Kreier sonrió.

—He sorteado unas cuantas, no te preocupes. Han hecho de mí quién soy, no me avergüenzo ni lamento lo que me tocó, he aprendido a aceptarlo y luchar.

—¿Tu madre?

—Nunca supe de ella. Según mi padre nos abandonó sin importarle nada, éramos solo basura, que prefería una buena raya antes que a su familia y que por un trago se vendía, pero a saber, quizás solo se cansó de soportarlo y vivir una vida vacía. Desapareció sin mirar atrás, y yo nunca he querido saber nada de alguien a quien no le interesé.

—Debió ser duro —Le acarició el mentón con amor y él negó.

—Era mi realidad, estaba acostumbrado. Anda venga, vístete o no llegaremos a tiempo de subir —Tironeó de su labio inferior de un modo demasiado provocador y que le arrancó un leve gemido.

—¿Subir? —Alzó una ceja sonriendo.

—Sí, ponte cómoda. Vamos a la montaña.

Ella sonrió de nuevo y fue a la habitación cambiándose en un instante.

La mañana pasó rápido, hicieron un sencillo ascenso por uno de los senderos acabando salpicándose como dos críos en el río donde chapotearon, persiguiéndose.

Descansaron un poco disfrutando de las vistas, relajándose lejos de la

realidad y cuando llegó la hora de comer, la llevó a un pequeño restaurante de montaña, rústico y donde la brasa era la comida estrella.

Tras eso, se tendieron en un pinar cercano para reposar la comida, disfrutando del frescor de los árboles y la brisa que corría.

—Tenías razón, me ha encantado —Sonrió mirando a Kreier.

—De eso se trataba. ¿Te he dicho que me encanta cuando sonríes?

—Bueno, una chispa de locura siempre va bien, y suelen decir que reír es bueno para el alma y que ayuda a ser feliz.

—Doy fe.

—Parece mentira que tan cerca haya sitios tan bonitos y en los que se esté tan bien como aquí. Parece que estés en otro mundo —Se cogió a su brazo con las dos manos sin dejar de sonreír al igual que hacía él mirándola encantado, y le quitó unas briznas del pelo.

—Me encanta estar así contigo, nunca me había sentido tan cómodo con alguien —Confesó sin apartar los ojos de ella.

Araya se ruborizó sonriendo a su vez.

—Lo mismo me pasa contigo. No quiero perderte Kreier, lo digo de verdad. Tengo miedo —Se ladeó hacia él que le pasó un brazo por la cintura —. Me estoy enamorando de ti y no sé si es buena idea.

—Hay veces en las que el corazón no se equivoca, Araya —Enredó el cabello de ella entre sus dedos hasta alcanzar su nuca, apoderándose de sus labios—. No pude dejar de pensar en ti desde que te vi tan decidida con ese bate —Volvió a torturar sus labios con pericia, hasta sentirla estremecerse, exhalando el aire de sus pulpos de modo trémulo y casi erótico.

Araya lo miró con el corazón latiéndole violento contra el cuello.

—Si no hubiera sido así no te hubiera propuesto el intentarlo, ya he pasado por varias relaciones desastre y no me gusta que traten de aprovecharse de mí o dar más de lo que merecieron. Ya te dije que no eras la única que había sufrido o que trataba de conservar el corazón. Nunca tuve un buen modelo que seguir, yo no sé mucho de esto solo me dejo llevar y procuro aprender de mis errores para mejor día a día, pero contigo necesité arriesgarme desde el principio porque supe, sentí, que eras diferente, que tú eras justo lo que andaba buscando. Real, sencilla y sin medias tintas.

Los dedos de Araya no dejaban de acariciar su cabello y tirando, esta vez fue ella quien buscó sus labios, sonriendo en cuanto se encontró con sus verdes iris.

Kreier se apoyó sobre los codos y miró alrededor un momento, para volver a centrarse en ella, pasando el dedo por el contorno de su rostro.

—¿Qué pasa, nos siguen?

—Tenemos escoltas velando por nuestra seguridad. ¿o acaso pensabas que sería tan imprudente como para no cubrirnos las espaldas?

Ella medio rio pasando las manos alrededor de la cintura masculina.

—Los chicos movieron algunos hilos lo mismo que tu primo.

—Ya veo que os habéis entendido muy bien a mis espaldas.

—Están muy preocupados por ti, más tras lo de ayer cielo, es normal. Nos diste un buen susto, no reaccionabas hasta que llegué.

—Todos lo vieron —Enrojeció ocultando el rostro en el pecho de él, su humor había vuelto a cambiar entristeciéndose de un modo que la volvía pequeña y vulnerable de nuevo.

—No pienses en eso, además, ¿qué importa? Solo vieron cómo nos queremos, ¿puede haber algo más bonito? No creo que ninguno viera nada más que el modo en cómo nuestras miradas y nuestros cuerpos hablaban su propio lenguaje.

Araya sonrió acariciando de nuevo su cabello enternecida y sonrosada.

—Ahora mismo dudo de quién es el escritor aquí. No había previsto nada así y es muy bonito.

Kreier le sonrió besándola.

—Olvidas que las letras las componemos nosotros cielo.

—Ocultas más de lo que dejas ver y eso me encanta.

—¿Sabes? Tengo una nueva letra entre manos y es por ti —Se sentó de nuevo a un lado mirando al frente y Araya sonrió, abrazándosele por el lado, apoyando la barbilla en su hombro.

—¿Ah sí?

—Sí —Rio lanzando una aguja de pino—. Si eres buena al igual te lo muestro luego —Giró el rostro para verla sin perder esa sonrisa que tanto le gustaba.

—¡Yo siempre soy buena! —Fingió ofenderse divertida, apartándose.

—¿Ah sí? —Kreier se levantó y al verle las intenciones, Araya gritó y riendo, echó a correr para que le diese caza.



Horas más tarde...

Cuando ya habían cruzado, aún riendo a causa de la conversación que mantenían acerca de los mosquitos que la habían dejado como un gruyer y que ella quería regalar para adopción sin portes alabando su fina picadura, diciendo que eran muy dóciles y cariñosos además de silenciosos y discretos; Araya miró al frente encontrando a todas las marujas del bloque dispuestas a lo largo de varias mesas de la terraza del bar que ocupaba uno de los locales del edificio y sonrió al ver que le hacían señas.

—Es que estás muy rica preciosa.

—Ja, si claro, pata negra de Jabugo —Rio y fijó su atención en ellas—. Mira que bien están —Las saludó apartándose un cabello de la cara que el aire mecía sin soltar la otra mano de la de Kreier.

—Que carita trae, ¡Ay! Juventud divino tesoro —Soltó Hipólita.

—Pues no será por las ganas de arrancarme la piel —Bromeó ella.

—Araya bonita, a ti te esperábamos —Se avanzó Julia.

—¿A mi? —Se señaló gratamente sorprendida.

—¡Claro! No te importa que te la robemos un rato, ¿verdad, guapetón? — Volvió a decir.

—No claro, la dejo en buena compañía —Sonrió y mirando a su rubia, alzó su mentón encontrándose con sus labios—. Hasta luego señoras —Las miró y entró en el portal escuchando como todas reían ante el suspiro que escapó de Araya sin ser consciente de ello, con la vista clavada en la puerta que se cerraba.

—El amor, que rico —Nines tiró de ella sentándola en una de las sillas y Araya miró el despliegue de dulces y algunos libros, suyos, que tenían colocados en las mesas a modo de tertulia y no pudo más que sonreír, enternecida por el cariño que le mostraban aquellas mujeres.

—¿Y esto? —Trató de parecer despreocupada.

Al ver que no respondían intercambiando miradas, ella se adelantó comprendiendo qué estaban haciendo.

—Gracias, de verdad. Sé por qué lo hacen y estoy muy agradecida — Sonrió dejándose achuchar por Nines y la señora Julia, medio riendo para no

llorar.

—Nos has tenido muy preocupadas niña, y temíamos que no volvieras a lucir esa sonrisa tuya. Te hemos echado de menos estos días, y creíamos que ya nos merecíamos una merienda en condiciones y no una reunión de patio — Virtudes le guiñó un ojo.

Araya se llevó ambos puños al pecho emocionada.

—No era mi intención.

—¿Bueno, qué? ¿Empezamos?! —Sonrió Soledad dando el toque alegre que necesitaban para recobrar el buen humor, y todas empezaron a hablar y reír mientras el tiempo pasaba.

Araya reía sin poder parar a causa de las locuras que soltaban esas mujeres y miró el mensaje que le llegó, respondiendo con una sonrisa y las mejillas sonrosadas. Al verlo, Virtudes atacó:

—¡Uhhh! Ese es el morenazo mandándole mensajitos. ¿Ya le has respondido guarradas? —Se llevó la pajita a los labios mordiéndola, alzando las cejas—. ¡Cuenta! ¿Qué tal os va? Se os ve muy bien.

—¡Virtudes! —El rostro de Araya se volvió escarlata.

—Ay hija, no sé de qué te escandalizas con lo que escribes, no te hacía yo recatadita... —Se hizo la inocente—, sino más de disfrutar de ese cuerpo que Dios te ha dado y plantarle esas curvas en los morros, que así da gusto y no tanta delgadez. Una mujer de verdad.

—¿Y qué, se lo monta bien? —Se sumó Virtudes—. Deja que él te quite los picores de otro modo.

Ella volvió a abrir mucho la boca, dejando de rascarse la ya enrojecida piel llena de ronchas de esos malditos chupasangres en miniatura. Ya dudaba de si en algún momento se convertiría e iría en busca de sangre como una posesa, porque en verdad que picaban los muy jodidos con lo pequeños que eran. Un poco más y hacía de oso contra los ladrillos del bloque.

—¿Qué?! Que una será mayor pero tiene sus necesidades y desde que mi hombretón pasó a mejor vida no tengo más que esto.

—Pues, sí, mucho —dijo evasiva.

—Admítelo —La cara de Soledad se volvió libertina del todo—. Te pone perraca perdida y te estremeces nada más se te acerca, lista para un buen meneo, bien húmeda deseando te la clave bien dentro y te llene.

—¡Joder Soledad! —La miró sin poder ponerse más roja—. Como si ya no se hubiese enterado todo el vecindario, sí —Confesó tapándose la cara y

todas rompieron a reír alargándole un pastelillo que ella cogió refunfuñando, pegándole un bocado—. Son incorregibles.

—Estamos muy aburridas —Julia se encogió de hombros.

—Me vuelve loca con esa sonrisa, ese cuerpazo y la manera que tiene de tocarme, es que me pongo... uff menudos polvos —Se abanicó—. Eso sí es alegría para el cuerpo y lo demás tonterías. Sabe bien qué hacer para que grite.

—¡Uh! agárralo bien no lo dejes escapar, si eso te presto unas esposas — Soledad le guiñó un ojo y ella se cubrió la cara con las manos, roja cual tomate de temporada.

Siguieron un rato más así y Araya dejó escapar el aire con dolor de tripa de tanto reír, aquella había sido la mejor terapia.

—Esto ha sido genial.

—De eso se trata niña, la vida es muy corta para perderse en el dolor pequeña, recuerda eso y no dejes nunca de vivir. No dejes que te quiten tu tiempo y solo sigue adelante, lucha como la mujer fuerte que eres que detrás, ya estamos todas para los malos momentos, que estos no ganen a lo bueno. Todo acabará, ya lo verás.

—Gracias —Se emocionó de nuevo limpiándose las lágrimas, sorbiendo—. Lo siento.

—Bueno, será mejor que te dejemos volver con el morenazo o se impacientará. Debe tener hambre, ¿visteis qué horas se han hecho? —dijo Nines mirando el reloj al ver que Araya recibía un nuevo mensaje.

Todas rieron y se fueron levantando, pagaron la cuenta y subieron cada una a su respectivo piso. Cuando Araya entró, se encontró con un Kreier que salía de la ducha todavía húmedo, con tan solo una toalla anudada a la cintura.

—Mmm eso si es un buen recibimiento —Se lo miró de arriba abajo.

Él sonrió pasándose los dedos por el pelo.

—Estaba por bajaros algo de comer. ¿Lo pasasteis bien? —Se acercó a ella plantándole las palmas en las caderas, con esa sonrisa traviesa tan suya, que dejaban al descubierto sus característicos dientes y las marcas de expresión alrededor de sus claros ojos.

—Sí mucho. Pensé que estarías con la oreja pegada al interfono —Le rodeó la cintura con los brazos alzando el rostro hacia él.

—Tentado estuve no lo negaré —Medio río y Araya se puso de puntillas, besándolo.

—Será mejor que vaya a la ducha —Tragó al sentir las manos de él deslizarse por su trasero, cerrando los ojos un instante al notar como su cuerpo se activaba.

—¿Hago cena o pedimos algo? —La observó alejarse hacia el pasillo, apoyándose con un brazo en el marco de la puerta de la cocina, en una pose demasiado sexy como para pasar desapercibido.

—¿Qué te apetece? —Trató de resistirse y no centrarse en ese cuerpo que la llamaba a gritos para saciarse en él.

—¿Hamburguesas? —Probó llevando una mano al nudo de la toalla que cayó.

—Me parece perfecto, pero va a tener que esperar —Fue hacia él saltando para que la cogiera ayudándola, a entrelazar las piernas en la cintura de él, mientras que ella se afianzaba a su nuca besándolo como si no hubiera un mañana.

XV

Noche siguiente...

—Kreier, ¿al final vienen los chicos a cenar antes de salir o no? —dijo desde el pasillo, apareciendo al poco, colocándose los pendientes.

—Pues espera que vuelvo a preguntar, no acabaron de concretar nada — Miró el sencillo vestido veraniego que se había puesto.

—Porque no me extrañará —Sonrió—. Lo que no está bien es que sigas quedándote en vez de ir a trabajar.

—Hemos decidido cerrar el mes entero, pues está todo muerto, así que no te preocupes. ¿Hablaste con tu padre?

—Sí, este mediodía.

—¿Y no te ha dicho que ellos también cierran?

Ella alzó la ceja mirádoselo incrédula.

—No, no me ha dicho nada.

—Pues sí, estuvimos hablando y al comentarle yo que cerrábamos al final se ha sumado. Así que tus vacaciones se han alargado, preciosa —Sonrió cual depredador haciéndola retroceder hasta la pared.

Ella rio.

—Incorregibles, menudo peligro tenéis vosotros compinchados — Comentó terminando de repartirse la crema por el brazo, cerrando los ojos con una sonrisa al aspirar su olor.

Le encantaba ese aroma.

—Que carita.

—Me encanta este olor —Le acercó la piel que él olió—, me recuerda a los veranos en la playa de pequeña con mi madre. No sé por qué, pero este olor me transporta ahí.

—Es un bonito recuerdo. Por cierto, he descubierto el secreto de las bolsas de basura —Apoyó las manos sobre la pared a ambos lados del cuerpo de ella.

—¿Ah sí? —Lo invitó a seguir.

—Material hecho de cannabis y bragas.

—¿Bragas? —Se extrañó.

—Con frases, dibujos y olores personalizados para venta en china.

—¿Y tú como sabes eso?

—Porque esta mañana cuando bajaba se le rompieron varias —Rio.

—Mejor no opino —Sonrió—, anda, preguntarles o al final nos pilla el toro.

—¿Seguro que quieres salir en vez de quedarnos aquí? —Bajó la boca hasta su cuello que torturó con sensuales roces, sonriendo con sobrada seguridad ante su siseo y su piel erizada, junto al despertar de sus montículos que presionaron contra la liviana tela.

—A ti también te apetecía, de hecho, lo propusiste tú el ir a las fiestas del otro pueblo —dijo con voz entrecortada.

En ese instante sonó el timbre de abajo y Kreier echó la cabeza atrás riendo.

—Salvada por la campana. Los chicos ya están aquí.

Araya lo observó con mirada crítica. ¿Salvada? No, no era esa la sensación que tenía, sino la de consumirse por dentro volviéndose lava candente. Gruñó en desacuerdo y lo siguió hasta la puerta cogiendo el bolso.

Una vez abajo saludó a todos y dejó que Rikha la secuestrase, esa chica era una devoradora y lectora empedernida que no parecía saciarse nunca.

—¿Y tienes algo entre manos?

—Siempre tengo algo por ahí —rio.

—Dime que estás con el siguiente de *Beso de fuego* por favor, necesito más de todos.

Araya sonrió asintiendo, mirando a Kreier que la cogió de la cintura y subieron a los coches para ir a destino. Una vez ahí fueron hasta el lugar donde estaba la feria y harían el baile, charlando animados entre todos mezclándose entre la gente, comiendo cualquier cosa.

Pidieron algo de beber y una vez empezó la música, se pusieron a bailar y hacer el tonto. Era ya bien pasada la media noche cuando Vein se los quedó mirando.

Hacía muchísimo calor y el sudor los empapaba a todos.

—¿Y si vamos a la piscina?

—¡Estaría de lujo! ¿Pero dónde encuentras a estas horas una piscina abierta? —Olek resopló abriéndose la camisa.

—Tengo las llaves de la casa de unos colegas, viven a un par de

urbanizaciones de aquí en una casa aislada y tiene piscina.

—¿Y a qué estamos esperando?! —Brian saltó del banco en el que estaba sentado.

—¿Que decís? —Los miraron.

Kreier se centró en Araya a la que tenía un brazo alrededor de la cintura.

—¿Te apetece?

—¡Sí! Estoy asfixiada —Sonrió achispada.

—Os seguimos en ese caso.

Dicho eso volvieron a repartirse entre los vehículos y fueron hasta el lugar. Araya bajó del coche mirando alrededor, estaban rodeados de árboles y prados. El aire corría entre ellos creando una agradable corriente que refrescaba su piel.

Giró hacia la casa y no se sorprendió de lo que encontró; una enorme vivienda modernista calada en blancos y paneles imitación madera casi negra con luces encastradas.

Siguió al grupo hacia el jardín trasero y admiró el cuidado espacio. Olía a césped recién cortado y el agua se veía cristalina contra la baldosa azul y la tenue luz de la luna y las luces empotradas.

Bajo el porche había varios sofás de tafetán oscuros con cojines beige y anaranjados. Vein abrió las puertas francesas que daban acceso al interior de la casa desde este espacio y dio las luces.

—Hay bañadores en la caseta, vosotros mismos.

—Ni falta que hacen —Rein se deshizo de la ropa a excepción de los calzoncillos y se lanzó al agua sin pensarlo, siendo seguido por varios de ellos.

Araya los imitó contenta de haberse puesto aquel conjunto que parecía un bikini y al ver ya listo a Kreier que estaba distraído hablando con Vein que preguntaba si querían beber algo, lo empujó al agua. Este cayó salpicando y salió desorientado buscándola con la mirada mientras ella reía al lado de Lexia.

—¡Eh! —protestó de buen humor.

—Te la debía.

—¿Y eso por qué? ¿Qué hice? —Se pasó las manos por los ojos arrastrando el exceso de agua y cara inocente.

—Bien que lo sabes, malvado.

—¡Uuuhhh! —Corearon todos divertidos con toda la mala intención y

Kreier atrapó la muñeca de Araya antes de que pudiera salir corriendo y tiró, lanzándola al agua frente a él sin soltarla de las caderas.

Araya ascendió en busca de aire, tratando de salpicarle.

—¡No! ¡Serás...! ¡Arggh!

—Humm ¿no te salen las palabras, preciosa? —Se burló—. ¿No decías que tenías calor?

Todos volvieron a reír y ella se cogió a la nuca de él.

—Ya te la devolveré ya... tu espera y verás.

—Ya estoy temblando.

—Deberías —Lo amenazó feliz apartándose de su cuerpo, nadando un poco disfrutando del frescor del agua.

Tras aquel día de calor infernal era un respiro más que agradable, y por fin las cigarras habían dejado de dar la tabarra con su constante “cri-cri” que tenía metido en los oídos hasta convertirse en un constante sonsonete de fondo que no la abandonaba. Ahora, ahí, entre el verdor del lugar lo máximo que se escuchaba era algún tímido grillo y el rumor de las ramas. Y una vez más, se vio transportada a su infancia, a esas mañanas de sal y playa con lo que al final, aquella velada estaba siendo de las mejores.

Siempre lo pasaban bien con los chicos y todo volvía a la normalidad, sin sombras ni amenazas. Sonrió cerrando los ojos disfrutando de aquel momento tan único y los abrió alzándose al notar como Kreier se detenía a su lado.

—Parece que se han ido todos a dormir o no sé.

—¿Insinúas que nos han dejado solos? —Se dejó atraer hacia él de las muñecas.

—Puede que sí, puede que no, el agua se mueve —respondió llevándola hacia un rincón hasta encajarla contra la pared, ocultos por varios plataneros enormes y plantas frondosas.

El olor de los pinos lo inundaba todo y Araya sonrió leyendo sus intenciones sin pensar oponer resistencia alguna.

—Bésame —Pidió y él respondió sin hacerse esperar, apartándole el cabello que la brisa ponía en su cara.

Sonrió contemplándola y acarició su rostro, fijando las pupilas en las suyas convirtiendo aquel gesto tan simple en algo íntimo y romántico, envolviéndolos a ambos de modo que nada más parecía existir salvo ellos.

Las bocas de ambos se encontraron de nuevo, y las manos de Kreier se colaron bajo la falda del vestido que Araya había vuelto a ponerse tras el

baño, y fue ascendiendo por sus caderas hasta llegar al elástico de las bragas del que empezó a tirar hacia abajo.

—Kreier —suspiró enterrando la cara en su cuello que rozó con los labios, arrancándole un siseó—. Hz me tuya, por favor.

La ayudó a alzarse y entrelazase así las piernas en su cintura y afianzándola bien contra la pared, se internó en ella que gimió contra su oído, erizando su piel de puro placer. Aquello le sabía a gloria y entrelazó una mano con la de ella, empezó a mecerse con pericia.

Araya apretó los dientes procurando acallar el gemido que deseaba escapar de su boca ante el gozo que le supuso sentirlo dentro tras dejarla con las ganas en casa. Hundió la mano libre en el cabello de él, tirando ante la necesidad despiadada que la sacudía y el ardor que la aniquilaba, exigiéndole más. Kreier respondió empujando con más intensidad, buscando su boca.

Los dedos de ella recorrieron sus abruptos músculos, hasta llegar a su rotundo mentón. Y bajó hasta el escote del vestido, lamiendo los restos de humedad que aún perlaba su piel como rocío a medida que la cuenta atrás se iniciaba amenazando con hacerlos estallar de un momento a otro, pese a parecer no tener modo de saciarse, entrando y saliendo infatigable de ella, que lo engullía con ansía, apresándolo para drenarlo y llegase más dentro, y calmase el fuego que se desbordaba atrincherado en su interior, hasta que clímax llegó, estremeciéndolos a ambos.

Kreier apoyó la frente en la de ella medio riendo y buscó sus labios que besó con suavidad, al tiempo que procuraba acompasar el ritmo de sus pulsaciones aceleradas.

—Creo que te he resarcido un poco por haber sido tan cruel antes.

Araya gimió sin poderlo evitar, notando como sus pechos, empujaban duros, contra él.

—Un poco, pero si es así, se todo lo malo que quieras —Su respiración era entrecortada todavía y apoyó los pies en la hierba en cuanto él la depositó ahí, sintiendo como quedaba vacía.

Sonrió y miró hacia abajo, pasándose la lengua por el labio inferior. Su miembro se alzaba orgulloso por entre el ensortijado vello negro, como un gran soberano orgulloso que latía con ferocidad tras darse un festín del que parecía no cansarse nunca.

—¿Y esos dónde andan? —Escucharon la voz de Rein y ellos se esforzaron por no romper a reír.

—Pues no lo sé, se habrán escabullido a echar un polvo —Olek se encogió de hombros.

—Mira, por ahí aparecen —dijo Brian al localizarlos saliendo de entre la selva del rincón.

—¿Nos echabais de menos? —Kreier se hizo el desentendido sin perder de vista a Araya que se soltó de su mano, sentándose en el borde de la piscina, metiendo las piernas en el agua—. Habíais desaparecido todos.

—Sí claro, y bien que lo aprovechaste —rio Olek metido en el agua.

—Sería cuestión de irnos —Kreier miró a su menuda rubia que asintió levantándose.

—¿Por qué? Hay sitio de sobras, podéis quedaros aquí. Es tarde y habéis bebido.

—Ya hemos abusado suficiente de la casa de tus amigos, nos vemos mejor otro rato —Araya los miró sonriente, pegándose a Kreier.

—Lo que pasa es que tu quieres tener a la rubia para ti solo jodido —Saltó Brian.

—Tu lo has dicho, así que me la llevo, que se os van los ojos —La alzó del trasero sin previo aviso y se la cargó al hombro como un saco de patatas.

—¡Oye! Troglodita, ¡bájame! —gritó Araya.

—No era eso lo que decías antes —La afianzó bien para que no cayera.

—¡No me sueltes que me estampo! Y no llevo bragas —pensó eso último.

—Eso está mejor. Buenas noches chicos, nos vemos —Se despidió yendo hacia el coche de ella.

Una vez fuera, y ya frente al coche, la palma de Kreier se recreó en la piel expuesta de su trasero bajo el vestido, y la bajó despacio, pegada a su piel.

—No sabes cómo me pone la idea de pensar que no llevas nada debajo ahora mismo y que acabo de estar ahí.

—¡Kreier! —protestó roja.

—¡¿Qué?! —Rio.

—Combustión espontánea —Se limitó a decirle esperando a que abriera el coche.

—¿Crees que lo permitiría pudiendo hacer algo al respecto?

Araya rio y al oír el clic de apertura de las puertas, tiró de la manilla, subiéndolo en el lado del copiloto.

—Podría convertirte en uno de mis protagonistas.

—No me opongo siempre que ella seas tu. Pero sería cruel.

—¿Por qué? —preguntó ahora ella mirándolo sin comprender con un pestañeo.

—Tienes la ventaja de que tu no hace falta que sueñes conmigo.

—¡Alá, venga! —Rompió a reír ante ese arranque gallito de macho alfa que había tenido.

Kreier sonrió, le encantaba verla así, y si con esos numeritos de borrico lo lograba no tenía reparos en usarlos pues ya sabía que no era así. La besó antes de arrancar y condujo de regreso a casa.

Con todo, al final no pudo llamar a Rodrigo por si tenía algo pero imaginó que si tampoco le había dicho nada, es que todo debía seguir su curso.

XVI

Al despertar, Araya sonrió al girar la cara y encontrar a Kreier a su lado, a pesar de los elefantes que bailaban con zapatos de tacón en su cabeza. Este abrió los ojos y ella acarició su mentón.

—Buenos días guapo.

—Hola —Se ladeó mirándola.

—Podría acostumbrarme a esto.

—¿A mi o a la resaca? —Sonrió pasando las yemas por el brazo femenino.

Araya rio cerrando los ojos procurando no moverse demasiado pues la habitación parecía girar como un tiovivo, y notó como Kreier tiraba de sus muñecas. Su cuerpo colaboró y lo siguió hasta la ducha donde giró el monomando haciendo que el agua fría impactos de pleno sobre ellos. Ni siquiera chilló, sino que gimió de gusto al sentir el contraste con su piel caliente.

Hacía muchísimo calor ya a esas horas lo que auguraba que el mercurio no haría más que subir amenazado con querer fundirlos y estallasen nada más pusieran un pie en la calle.

Ambos se ducharon y Kreier se adelantó yendo a la cocina.

—Sé de un remedio estupendo para los efectos del alcohol pero tendría que bajar al super —Anunció con la cabeza metida dentro del frigorífico.

—Si te esperas un momento te acompaño —respondió desde la habitación.

—Claro —Se acercó hasta una de las sillas recogiendo la camiseta que allí había dejado abandonada la noche anterior.

Se abrochó los pantalones y se la puso justo cuando ella ya aparecía por el pasillo, peleándose con uno de los pendientes, y sonrió nada más verla con esos pantaloncitos cortos, blancos y esa camiseta fina, casi transparente con los titanes y el remate de abajo de punto.

—¿Vamos? —preguntó cogiendo el monedero—. No tengo ganas de hacer puff como un vampiro, no vaya a ser que te me derritas.

—¿Corro ese riesgo? —Alzó la ceja divertido.

—Tengo entendido que los bombones al sol, malo.

Kreier rompió a reír abriéndole la puerta, y bajaron a la calle directos al supermercado. Cogieron lo justo y necesario y fueron de regreso cuando Araya

tiró de él en dirección opuesta.

—No, no, no... ¡ahora no por Dios!

—¿Qué pasa?

—Edugenia, que no se calla ni bajo el agua y nos tendrá hasta mañana como nos vea —Lo apuró controlándola por el rabillo del ojo pues era inconfundible con su corta melena rizada con mechas rubias, las gafas de pasta con la cadenita y su ropa de flores.

—¡Araya! ¡Araya bonita! —La escuchó llamarla desde la otra acera.

—¡Mierda! —Maldijo encogiéndose, haciendo como que no la escuchaba acelerando el paso, arrastrando a Kreier.

—Creo que es tarde, viene hacia aquí. Está cruzando y corre que se las pela, nos va a interceptar en tres, dos, uno...

—¡Araya! ¡Sí que eres tu, no me confundo!

La aludida giró con cara de circunstancias y una sonrisa forzada.

—Edugenia, que alegría. No la había oído ¿Ya ha vuelto de sus vacaciones?

—Sí, anoche, que mi Paco ya sabes que es de volver pronto hija. Hemos estado en el pueblo como cada año a ver a las niñas. No veas que grades están las pequeñas, chiquilla, no te lo puedes ni imaginar. Extrañaba tanto mi tierra ya, porque mira que es bonito todo eso, pero ojú que caló, no había quien saliera de la casa. Hasta huevos podías freír en las piedras.

—Claro, bueno, tenemos un poco de prisa... —Araya rodeó el brazo de Kreier tirando de nuevo pero la mujer, no dio su brazo a torcer empezando a hablar tal que si le hubiesen dado cuerda, deteniendo su marcha.

—¡Menudo hombre! ¿De dónde lo has sacado? ¡Ay como me alegro de que estés con alguien por fin! Si es que ya te lo decía yo, que no hay que desesperar que tarde o temprano llega el definitivo. Yo cuando vi a mi Paco...

Ni siquiera paraba para coger aire, iba de carrerilla, hilvanando un tema con otro, sin parar ni dar opción a replica o respuesta en un monologo digno del mejor orador, mientras ellos intercambiaban miradas que iban desde la súplica pidiendo socorro, a la risa apenas contenida porque llegaba un punto en que, la mujer hablaba y hablaba sin parar y su cabeza desconectaba sin enterarse de nada, alcanzando tan solo a oír ruido cabeceando de vez en cuando o añadiendo un escueto si o claro, claro.

El sudor resbalaba por su piel a medida que el sol subía, y Araya ya no sabía ni cómo ponerse porque la mujer no se daba ni cuenta de que estaban

colapsos y no eran capaces prestar atención a toda su cháchara o mejor dicho, incontinencia verbal. No le extrañaba que medio barrio huyera de ella, la pobre no era mala mujer pero es que no era capaz de mantener la boca cerrada ni cinco minutos. En cierto modo le daba penilla, casi siempre estaba sola y la pobre, se aburría.

Una vez lograron darle esquinazo, con la cabeza a punto de estallar, aprovechando que Edugenia recibió una milagrosa llamada que los rescató, huyeron a la carrera hacia casa y entraron conectando el aire acondicionado sin decirse nada hasta que sus miradas se cruzaron y rompieron a reír pese al dolor de cabeza que no había hecho más que aumentar por culpa del parloteo incesante de aquella cotorra floreada con patas.

—¡Creía que no nos escaparíamos nunca! Por Dios como raja. Lo fuerte es que no le haces caso y sigue cascando igual.

—Te lo dije —Sonrió Araya empezando a sacar el zumo de tomate de dentro de la bolsa junto a lo demás, carcajeándose.

—¿Es siempre así?

Ella asintió muy a su pesar.

—Hay quienes tienen al loco del barrio, nosotros tenemos a Edugenia.

—Me da que nos pasamos el resto del día tirados en la cama tras esto — Se acercó a ella quitándole de las manos la compra y empezando a preparar el desayuno.

—¿Y si vamos a la piscina? —Lo miró pasándole vasos.

—¿Con este calor? ¿Estás segura?

—La verdad es que no me apetece quedarme aquí encerrada por tentador que sea el aire acondicionado. El agua esta fresquita si vamos hacia arriba.

—Se me ocurre algo mejor, podemos ir a unas horas de aquí, hay una senda con varios ríos que crean piscinas naturales con agua fresca de verdad.

—¿Y a qué esperamos? Desayunamos y nos largamos —Sonrió.

—Me encanta que te guste todo esto.

Araya lo besó y cogiendo la bandeja que él había preparado, la llevo hasta la mesa, sentándose en la silla, esperándolo.

Desayunaron charlando y el móvil de ella sonó con el aviso de un *e-mail* nuevo. Lo cogió por mera curiosidad y su tez se volvió pálida al ver el remitente. Sus manos temblaron pero desbloqueó el aparato con decisión, abriendo el correo. Lo primero que ocupó la pantalla fueron sus bragas en una foto, las de la noche anterior más concretamente y que dejó olvidadas en el

lugar del asalto. Sobre la imagen se inició un mensaje en letras de colores:

«¿Las reconoces? Acaba con esto o no habrá ningún otro aviso. No eres para él. Si vuelve a follarte, se acabó.»

—¡Hijo de...! ¡Cabrón! —Se levantó de la silla tecleando un mensaje de respuesta de modo frenético: *Déjame en paz, olvídate de mi seas quién seas* —Lo mandó pero este le volvió rebotado haciendo que gritase todavía más cabreada.

—Araya, ¿qué pasa? —Kreier la detuvo quitándole el móvil que miró, serio.

—Vámonos ya, quiero salir de aquí ahora más que antes.

—Hay que hablar con Rodri.

—Lo haremos de camino, total ya se lo he reenviado y tendremos que darle la dirección de esa casa y los datos de todos los demás para que los interroguen, como si ya no fuera suficiente bochornoso. No puedo más, de verdad, estoy cansada de este tema, harta —Se llevó la mano a la frente.

—Hablaré con ellos, lo entienden Araya, quieren ayudarnos y si por lo que fuera vieron algo puede ser útil, mejor. Quizás Rodri tenga algo, deja que lo llame y nos vamos. ¿Te parece?

—Vale —Accedió ante su caricia haciendo un mohín añorado.

Kreier la examinó asegurándose de que podía dejarla y fue hacia el balcón, marcó el número del primo de su rubia y cuando tuvo todo listo, regresó dentro.

—Ya podemos irnos. Convencí a tu primo de que sería lo mejor, que necesitas que te dé el aire y no encerrarte aquí y darle vueltas a la cabeza con la condición de reunirnos una vez hayan hablado con los demás e investiguen la zona en busca de alguna prueba. Puede que tengan algo.

—Está bien —Su voz sonó compungida con los brazos alrededor de la cintura.

—Todo irá bien, ya lo verás. Calma —Se pegó a ella, besando su frente.

Las manos de Araya se aferraron a su cintura con un cabeceo de aceptación pese a que su rostro seguía pareciendo desamparado. Recogieron lo necesario para su excursión y fueron hacia el coche poniendo algo de música para mejorar los ánimos.

Durante todo el trayecto, Kreier estuvo pendiente de ella, le lanzaba miradas, charlando de cualquier cosa hasta que por fin la vio sonreír y regresar al presente.

—Cómo no voy a estar loca por ti con todo lo que haces, sería una inconsciente si no lo hiciera.

Kreier sonrió mirándola y en cuanto pudo, cogió su mano besándole la mano.

—Por cierto, ¿cómo os conocisteis tu y los chicos? —Quiso saber apoyando la cabeza en la mano, con el codo en la puerta, mirándole y así alejar ese molesto nudo que cerraba su estómago como un mal presentimiento que no la abandonaba.

—A Brian lo conozco de uno de los centros de acogida. Y él a su vez conocía a Vein del instituto, allí él tocaba en un grupo. Eso y nuestros oficios nos juntaron y ya no nos separamos.

Sonrió escuchándole y ambos siguieron hablando hasta llegar a las lagunas donde se zambulleron sin pensárselo. Salpicándose y persiguiéndose como dos chiquillos, disfrutando así de la compañía del otro, entre besos y caricias cómplices.

XVII

La vida a veces es cuestión de instantes, fragmentos que se suman a otros creando recuerdos que te acompañan a lo largo de tu camino, y no sabemos el valor de estos momentos hasta que se convertían en eso. Y es que la naturaleza humana era complicada, nadie sabía del cierto lo que guarda el alma de cada uno hasta que la cara del monstruo asomaba y no te quedaba más que coger todo lo que ocultas para sobrevivir.

El coche avanzaba por la carretera de vuelta a casa cuando justo en un cruce, un coche oscuro y robusto con barras delanteras, los embistió. Ninguno lo vio salir de la nada. Las ruedas chirriaron y con el golpe, el volante giró haciendo dar un trompo al pobre vehículo.

El pulso la ensordecía ocupando todo al rededor pues cualquier sonido pareció desaparecer salvo eso.

El golpe fue seco y brusco. Los airbags saltaron y Araya vio la frente de Kreier impactar contra la bolsa que salía del volante, antes de que su cabeza se sacudiera contra el lateral. El cinturón la abrasó presionando contra sus costillas quedándose un instante sin aire.

Un dolor agudo la recorrió en un latigazo, mientras trataba de aferrarse a algún lado incapaz de emitir sonido alguno, al reparar en la sangre.

La puerta se abrió y unas manos tiraron de ella desanclando el cinturón. Trató de cogerse al asiento, donde fuera, pero de pronto la fuerza la abandonó, y su mal presentimiento se volvió peligrosamente real. Todo quedó oscuro.

Entumecida, Araya parpadeó incapaz de orientarse. El dolor la tenía atenazada así como un profundo sopor. Apenas sentía fuerza alguna y moverse requería un esfuerzo titánico por parte de su cuerpo que no quería obedecer.

Con pesadez, alzó los párpados una vez más; todo estaba oscuro y forrado en negro. Su corazón se aceleró de modo doloroso y azuzada por un terror sin nombre, se levantó de golpe cayendo de la cama en la que estaba tendida. Una cadena tintineó, y sus ojos siguieron el sonido hasta hallar un grillete

apresando su tobillo izquierdo.

La bilis ascendió por su esófago quemándola, y un desagradable sudor frío subió por su espalda cerrándole la garganta, empezando a temblar con violencia.

Quería poder ser capaz de gritar pero nada surgía de su boca, el miedo era una garra que la aplastaba y aturdida, intentó deshacerse de esa argolla que constreñía su tobillo, tirando en un pobre intento que no hizo más que herir su piel.

Intentó levantarse, apenas se tenía en pie y la sensación de sentirse enferma no hacía más que aumentar, furiosa con ella misma por obligarse a reaccionar maldiciendo su cuerpo, golpeándose con los puños.

«¡Venga! ¡Vamos! Has de reaccionar, muévete vengas, tienes que salir de aquí» se dijo a sí misma, desesperada.

Drogada, la habían drogado y necesitaba eliminar lo que fuese de su organismo cuanto antes. Miró angustiada alrededor y trató de serenarse, centrarse en algo obligando a sus neuronas a funcionar con lucidez. Era un cuarto pequeño, y al estar todo forrado no hacía más que volverlo asfixiante y opresivo pero al verlo así, algo le hacía pensar en que quizás era porque estaba en un lugar conocido.

Su vista empezaba a acostumbrarse a la falta de luz cuando la puerta se abrió y vio entrar a una figura que ocupó todo el espacio.

Un nuevo nudo estranguló su garganta y esperó con el pulso a la carrera, tratando de encontrar algo con lo que defenderse y golpearlo. No había nada...

La puerta volvió a cerrarse y apenas una luz mortecina alumbró el cubículo.

«La pantalla de un móvil» pensó siguiendo el gesto de su mano que desapareció en el bolsillo apagando un poco más aquel leve punto de luz.

—Te advertí qué sucedería la próxima vez, pero no importa, te tengo aquí, conmigo.

El mundo cayó a plomo sobre ella que deseó desaparecer. No podía estar pasándole aquello, no podía ser cierto pero lo estaba viviendo. La felicidad de segundos atrás había quedado hecha trizas en un instante, sustituyéndose por una pesadilla.

Las lágrimas se le atoraron, y haciendo acopio de agallas y el poco valor que le quedaba, se cuadró obligándose a no venirse abajo.

Si quería salir con vida de ahí, no podía derrumbarse, le tocaba luchar una

vez más.

—¿Por qué lo haces? Déjame ir por favor —Sollozó incapaz de templar por completo sus nervios pensando en Kreier.

¿Estaría bien?! ¿Dónde estaría? ¿en el coche? ¿Lo abandonó ahí o le habría hecho daño cumpliendo sus amenazas de muerte? Pensar eso la destrozó, negándose siquiera a contemplarlo, él debía estar bien o nada tendría sentido ya en su vida.

Recordaba el impacto y como tras el estruendo, el dolor la sacudía y la puerta se abría. Tras eso unas manos tiraban de ella que luchaba por hacer fuerza contra el tirón y acercarse a Kreier. Se aferraba donde pillaba, la sangre resbalaba roja por su sien y este no respondía por mucho que lo llamara. La desesperación se adueñó de ella que chilló una y otra vez, sin que sus esfuerzos sirviesen de nada porque la oscuridad, tras un pinchazo, llegó.

—Yo soy tu hombre, solo yo. Tus letras hablan de mi. Tu fuiste la única que siempre me trató bien. Por eso sé, que en el fondo sientes lo mismo que yo, que me quieres solo a mi y que estás confusa.

Araya lo observó con el pulso a la carrera incapaz de creer lo que oía. Ese tipo estaba loco y el miedo inundaba su torrente sanguíneo mientras que su mente, trataba, en vano, de dar con una salida a esa descabellada situación. ¿Cómo podía estar pasándole algo así?!

Parpadeó una vez más y su cabeza empezó a encajar piezas recuperando fragmentos de instantes sueltos relacionados a ese rostro que vislumbraba entre la penumbra.

En el taller, la primera vez que lo trató de verdad fue en el taller, era el dueño del maldito Nitro. El mismo al que una vez ayudó en el super cuando uno críos que pasaron corriendo le tiraron el cesto, esparciendo todo por el suelo. El mismo al que le sujetó una puerta y cubrió con un paraguas al ir cargado y que nadie lo ayudase dedicándole una sonrisa amiga. El mismo maldito tipo al que un coche empapó de pies a cabeza y que ella increpó al conductor. El mismo sanitario que todas las veces los había atendido en la comunidad y había estado cerca de ella, sedándola y dándole acceso a su vida, a ella y su cuerpo.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal haciéndola estremecer de modo visible. Quizás si se mostraba afable, él bajaría las defensas y podría escapar, porque empezaba a ver en sus negras pupilas la mirada de un verdadero loco peligroso.

Estaba obsesionado con ella y no pensaba dejarla marchar jamás.

—Esto no está bien, no es así. Déjame salir por favor, Kreier... —Se interrumpió dando un bote al verlo alzarse golpeando con fuerza la pared.

El tipo era fuerte, demasiado para ella y enseguida la acorraló contra la esquina en la que se había atrincherado como un animal aterrado, que sabe va a sufrir, y se encogió temiendo mirarle, aguantando el llanto, pese a la irritación que escocía en sus ojos, y el dolor que sacudía su indefenso cuerpo. Apenas se tenía en pie, y todo era borroso, alzó los brazos a modo de defensa, a punto de suplicar.

—¡Olvídale! Es historia como ese cabrón que se atrevió a hacerte daño. ¡Yo y solo yo te he cuidado! Lo maté por ti. Está emparedado aquí mismo — Tocó la pared y Araya tembló horrorizada obligándose a mantener el control, en pensar—. Grita si quieres, nadie te oirá. Las paredes son de doble capa con aislante e insonorizadas.

—Por favor —Suplicó.

—Acabaras entendiéndolo, eres mía ahora —Tiró de ella pese a que tratase de revolverse, hasta alzarla a peso lanzándola sobre la cama.

Todo alrededor giró con violencia a su alrededor y por mucho que trató, la conciencia abandonó su cuerpo, dejándola indefensa.



Había sirenas de fondo, voces hablando a través de radios, luces de colores rebotando a través del destrozado parabrisas hundido. Kreier abrió y cerró un par de veces los ojos al recobrar la conciencia. Creía oír la voz de Araya gritando y otra muy distinta repitiendo su nombre, distinguía que hablaban de un accidente de tráfico, una colisión lateral.

Le dolía la cabeza, y al tratar de mover el cuerpo un trallazo lo hizo apretar los dientes con los ojos fijos en la puerta abierta del acompañante y con temor, procuró incorporarse y despegar el rostro del desinflado airbag. La vista se le emborronaba.

—Espacio Kreier —Reconoció la voz de Rodrigo y su mano en el brazo —, deja que te vean —Se apartó dejando actuar a los de la ambulancia.

Todo era extraño y borroso, atendía pero no era capaz de reaccionar de modo ordenado. Su mente no acababa de procesar lo que le decían pese a obedecer, al tiempo que esa condenada luz hendía en sus pupilas y las voces atronaban en sus oídos junto al dolor y el constante bombeo acelerado de su pulso.

—Araya —Enfocó al policía.

—No está, hay marcas de forcejeo y de un par de botas que no corresponden a ninguno de vosotros. El coche que os golpeó se largó, las rodadas desaparecen en la carretera. ¿Recuerdas algo?

—Era negro, grande. Un todo terreno creo —Su mueca de dolor fue más que evidente, llevándose la mano al pecho.

—¿El Dodge?

—Creo que sí —Respondió al tiempo que intentaba atender a lo que los sanitarios le indicaban, dejándose hacer. Veía los guantes, las gasas y la sangre, poco más.

—¡Mierda! Iván, moviliza a las patrullas, ya.

—Se la ha llevado.

—Señor por favor, estese quieto, sufre una conmoción —La sanitaria trató de detenerlo y no saliese del coche, liberándole el cinturón.

—¿No lo tenéis localizado? —Se extrañó dentro de esa maraña irreal que lo rodeaba, sabía que era el protagonista y sin embargo, se sentía como un espectador, estaba demasiado aturdido.

—Toda la información que hay de él es falsa. Lo supimos cuando vimos la imagen que nos dieron de él en el hospital y lo cotejamos con el resto de los archivos. Estamos en un punto muerto.

—Debisteis ir a por él cuando lo supisteis.

—Y eso tratamos pero perseguimos a un fantasma. La dirección es falsa, ¿y con qué excusa lo interrogábamos, eh? Hay leyes Kreier y ni si te ocurra decir que no me preocupa porque quiero encontrarla tanto como tú.

—¿Quién es?

—El sanitario, tuviste buen instinto al recelar.

—Tiene que vivir cerca, el coche siempre estaba por ahí. Ella lo dijo. Alguien tiene que haberlo visto, conocerlo, tendrá amigos.

—Este tipo de gente sabe pasar desapercibida, no llama la atención ni se relaciona —Rodrigo indicó a los de la cinta que dejaran pasar a Brian y Lexia.

—¡Oh Dios! ¡¿Estás bien?! —Corrió esta última mirándole impresionada al ver la sangre que le cubría un lado del rostro.

—Vinimos en cuanto Rodri nos avisó.

—Tengo que encontrarla —Se sujetó a la puerta en cuanto salió del vehículo medio viniéndose abajo, entre los de la ambulancia y Brian lo sostuvieron.

—Así no eres de ayuda, no estás bien —Su amigo se preocupó.

—No pienso quedarme quieto —Se llevó la mano a la cabeza dolorido y confuso. Sus manos temblaban y el cuerpo parecía no querer funcionarle en condiciones.

—Han de examinarte, llevarte al hospital y asegurarse de que no tienes ningún daño interno. Es un milagro que estés vivo joder —Se cabreó—. Llévenselo, Lexia irá contigo y si hay cualquier cosa yo te avisaré. Si te dejan salir, seré el primero en irte a buscar. Ahora no discutas, necesitas puntos en ese corte —No lo miró sino que mantuvo la vista fija en el maltrecho y pobre coche que presentaba un aspecto tan lamentable como su conductor. La puerta hundida, retorcida y con el chasis medio deformado en forma de herradura.

Sacudió la cabeza y observó cómo se llevaban a su amigo en la camilla, que subían a la ambulancia.

—Sabía lo que se hacía, lo tenía calculado, estaba vigilándolos.

—¿Y la patrulla que debía vigilarlos? —Inquirió Brian.

—Recibieron un aviso y eran los que estaban más cerca, un incendio

provocado no muy lejos.

—Cabrón. ¿Avisaste a tu tío?

Rodrigo asintió.

—Han tenido que llevarlo al hospital, sufrió un pequeño ataque. Mi padre y el resto de la familia están con él.

—¿Puedo hacer algo? —Miró al otro chico.

—No, ve con Kreier, os necesitará o es capaz de venir esté como esté.

Esa vez fue Brian quién asintió yendo hacia el coche, al tiempo que marcaba el número de Olek. Sabía que el resto del grupo estarían reunidos y debía avisarles.



Araya despertó tendida en esa misma cama extraña de rato atrás. No sabía si habrían pasado horas o solo unos minutos y aun así, la misma opresión le constriñó el pecho con fuerza. Tenía miedo a moverse y descubrir que él seguía ahí. Su puño se cerró entorno al bajo del vestido y respiró aliviada a pesar de que el pulso no se le normalizaba de ningún modo.

Sus ojos se movieron en la penumbra y se permitió llorar al verse a solas. Estás cayeron amargas por su rostro, silenciosas y duras. Se levantó lo más aprisa que pudo e ignorando el intenso dolor de cabeza y la debilidad de su cuerpo, trató de acercarse a la ventana. La cadena se tensó y sus dedos quedaron a escasos centímetros de lo que fuese que la cubría.

Rabiosa, miró de estirarse todo lo que pudo, el acero cortaba su carne pero lo ignoró. Sentía la sangre resbalar caliente y ella seguía forzando los límites de la flexibilidad de su cuerpo. Casi tocaba el papel cuya punta se curvaba.

Tiró un poco más y al fin, logró rasgarlo alzando un poco más de trozo sin poder contener un grito de pura frustración al descubrir que el cristal estaba pintado de negro.

Desquiciada, se dejó caer al suelo con las manos en la cabeza, lloraba una vez más, crispada hasta que un punto en su mente volvió a iluminarse.

Esa ventana teñida... ¡la reconocía! Estaba en bloque de al lado de su casa. El llanto cesó y se levantó mirando alrededor. Un pequeño punto rojo parpadeaba en la habitación y supo que era una cámara. Cabreada, tiró de la silla que había a un lado, estaba clavada al suelo pero no paró hasta lograr arrancarla golpeando el objetivo.

Armada todavía con esta la lanzó contra la ventana con todas sus fuerzas, le dolían las manos, le sangraban y la puerta se abrió. El corazón se le desbocó y se preparó para lo peor, no iba a poder retenerla ahí para siempre.

—¡No te acerques! —Rugió amenazadora pese a su aspecto frágil y quebradizo, seguía sin poder mantenerse en pie sin un punto de apoyo—. ¡¿Que diantres me has hecho?!

Al ver que no hacía caso, Araya avanzó hasta coger la silla, la golpeó contra el grueso cristal y la interpuso por delante, tratando de llamar la atención de cualquier vecino con el ruido. El tipo aferró una de las patas

metálicas y ella forcejeó, pero de nada sirvió. Esa manaza se la arrancó de los dedos con violencia, lanzándola contra la pared donde rebotó de lado, astillándose por la parte superior.

Intentó zafarse de él, pero la cogió de los codos, desesperada, pataleó. Trataba de empujar hundiendo las uñas en sus fuertes brazos. Sus talones no alcanzaban a golpear las rodillas como quería y al fin, mordió. Apretó los dientes y cayó contra el colchón. Gateó para alejarse pero él tiró de la cadena atrayéndola hacia su cuerpo que la aplastó.

—¡No! —Araya rebulló llorando asfixiada, su corazón iba a estallar de un momento a otro y su mente amenazaba con paralizarse, arrastrada por los recuerdos de los golpes.

Furiosa, se revolvió pero parecía luchar contra un muro de hormigón. Giró bajo él y llevó los dedos a su rostro, arañando en busca de apretar los ojos, pero él enseguida inmovilizó una de sus muñecas haciéndole daño. Un grito abandonó su garganta y lloró sin dejar de luchar como una loca hasta alcanzar, la parte más vulnerable de un hombre.

Se levantó lo más veloz que fue capaz, escuchando como la tela que él apresaba, se rasgaba bajo sus dedos, con un escalofrío. Se le venía encima, y sin saber cómo, rodeó el cuello del tipo con la cadena, tirando con fuerza, golpeando bajo la tráquea y la nariz. Él tan solo rio pese a la sangre que manaba de sus orificios nasales.

—No somos tan distintos en el fondo, estás hecha para mi.

Sus palabras la hicieron perder fuerza y él lo aprovechó. Una hipodérmica perforó su cadera, y Araya luchó contra la debilidad. Sus rodillas se doblaron viniéndose abajo. Sus ojos luchaban contra el sopor pero veían como la arrastraba por el suelo, donde inútilmente, ella trataba de aferrarse con las destrozadas uñas. Tiraba de ella fuera de esa habitación permitiéndole ver apenas los bajos de los muebles. No se equivocaba, aquel sitio era casi una copia exacta de la distribución de su piso y un graznido la hizo alzar los ojos.

Ahí estaba la dichosa gaviota y una idea cruzó su mente. Se aferró a la pata de una mesa y al obligarlo a tener que soltarla para tirar de su talle, Araya usó las piernas para golpearlo. Se alzó tropezando y al caer, se impulsó por el suelo tirando de la corredera del balcón. Gritó, pero su manaza amortiguó el sonido echándola dentro, por suerte, antes que el balcón se cerrase, vio como el pájaro salía volando.

Quizás con un poco de suerte, iría a su balcón y los policías podrían

atraparla y ver lo que la cámara hubiese grabado. Sin detener las lágrimas enfrentó la mirada de su agresor que la sostenía del hombro contra la pared con el puño alzado. De fondo se escuchaba el canal de los sanitarios, el dispositivo movilizado informaba sobre el accidente al llegar, se trataba de un Peugeot rojo y el herido, un varón blanco de unos treinta y tres años con traumatismos y contusiones.

Levantó el mentón, muy digna y sorbiendo la sangre que le resbalaba de la nariz, tomó valor.

—¡Vamos, hazlo! ¡Sé cómo él! —Lo provocó, mordiéndose el labio que sangró.

El tipo dudó y Araya lo aprovechó, haciendo acopio de toda la adrenalina que le insuflaba el instinto de sobrevivir corrió hacia la puerta, estaba tan cerca... sin embargo, él la presionó contra la madera.

—No me hagas ser desagradable, cielo. Sé buena y todo irá mejor, ya lo verás —La aplastó contra la puerta manoseándole el trasero. Las fuerzas la abandonaron, la droga actuaba demasiado deprisa y todo volvía a desaparecer, notando como las lágrimas volvían a caer cuando la cargaba, y sus manos reptaban por su cuerpo.

Trató de moverse, pero un golpe la dobló lanzándola de vuelta al suelo. El ardor partió del punto de impacto con crueldad, haciendo que la carne, palpitase ensordeciendo sus oídos. Se la llevaba de allí y a saber dónde la confinaría ahora, matando sus esperanzas de ser encontrada. Ya estaba, iba a ser el final...

Solo veía el techo pasar metida en una especie de bolsa que la contenía. Quiso gritar, pero una mordaza se lo impedía, apenas respiraba con normalidad cuando dejó de sentir, ver y oír.

Todo quedó en silencio, oscuro y lejano.

XVIII

—¿Qué crees qué estás haciendo? —Lexia alzó una ceja crítica en pos de Kreier que estaba levantándose de la cama, al tiempo que se vestía con la misma camiseta manchada y rasgada.

—Salir de aquí e ir a buscarla.

—¿Pero te has vuelto loco?! ¿Qué vas a hacer tú solo? Deja a la policía.

—¿Quien dice que vaya a hacerlo solo? Araya nos necesita y puede que para cuando den con algo sea tarde. La patrulla vecinal que ella organizó estoy seguro de que será más efectiva que nada, no puedo quedarme aquí pensando en lo que estará viviendo, no puedo.

—Te has vuelto loco pero estoy de acuerdo. Iré avisando un taxi.

—Gracias —Giró hacia la puerta viendo entrar a Brian.

—Porque será que no me sorprende.

—¿Tienes el coche?

—Claro, avisa a Lexia, has debido cruzártela.

—Le he dado las llaves tranquilo, lo trae ella —Resopló.

—Vámonos de aquí.

—¿Qué piensas hacer?

—Pedir ayuda a los vecinos. ¿Conseguiste la foto que te pedí?

—Sí, los chicos ya se están moviendo.

Kreier asintió todavía magullado y se apresuró en abandonar la habitación procurando que nadie lo viese, no pensaba quedarse ahí mientras ella corría peligro. A saber lo que estaría pasando en manos de ese loco. Le había prometido no volver a sufrir, a que nadie le alzaría la mano una vez más y estaba fracasando.

Cogió la gorra que Brian llevaba colocándose y esperó el ascensor. Una vez iban a subir, un brazo se interpuso frente a él y Kreier dirigió la vista hasta el dueño de este; Gio.

—¿Crees que vamos a dejarte ir solo chaval? —Se lo miró serio con una mano sobre el corazón.

—No es una buena idea, debería...

Gio lo interrumpió.

—Es mi hija y yo tampoco pienso quedarme en esa cama pudiendo hacer

algo.

Este asintió mirando al resto de la familia y el hombre apartó el brazo, subieron y una vez dentro, marcaron la planta baja. Ya fuera corrieron hasta el coche casi saltando dentro a la que Lexia se detuvo frente a la puerta indicando a Gio que se veían en la comunidad.

Se colocó el cinturón y sacó el móvil del bolsillo. El protector se había agrietado del impacto pero no le importaba, y marcó el número que había guardado a buen recaudo en su móvil.

—¿Sí? —preguntó aquella voz conocida, no muy convencida, temiendo que fuera a ser algún desalmado del banco o cualquier telefónica para intentar engatusarla y venderle algo que no necesitaba ni usaría aprovechándose de su edad.

—Señora Julia soy Kreier, reúna a la patrulla en diez minutos abajo en la entrada, es urgente. Enseguida llegaré —Colgó antes de dar tiempo a la mujer de preguntar nada y en cuanto llegaron, respiró aliviado de ver que había hecho lo que le había pedido, entrando como una exhalación.

—¡Santo cielo hijo! ¿Pero qué ha pasado? —Se lo miró preocupada, las contusiones eran bien visibles y escandalosas, así como los puntos en la sien.

—No me voy a andar con rodeos, colocó la imagen del sanitario en la pantalla rajada de su móvil—. Este tipo es quien ha estado acechando a Araya. Esta tarde nos ha investido con el coche y la ha secuestrado. Vive por la zona y hay que encontrarlo ya.

—¡Dios bendito! ¡¿Pero qué dices?! —gritó llevándose las manos a la boca mirando a Hipólita y Nines que se cogieron las manos.

—¿Nuestra Araya? ¿Estás seguro? —Iñigo se pasó las manos por la cabeza tras alzarse la boina.

—Déjame ver eso —Eva se adelantó entre los vecinos del barrio arrebatándole el aparato que miró con detenimiento—. Es mi vecino, joder vive justo al lado mío.

—¡Ay Dios mío! —Una de las mujeres se persigno afectada, llevándose las manos a la boca con ojos llorosos—. Y pensar que hemos estado conviviendo con un perturbado todo este tiempo.

Kreier miró a sus amigos y al padre de ella, y asintiendo, abrió la puerta.

—Vamos, piso.

Eva se lo indicó mientras que Gio avisaba a Rodrigo por teléfono y subían en tromba hacia la planta en cuestión.

Kreier miró la puerta y sin pensárselo dos veces, arrolló como un obús la misma con una patada. La madera crujió sobre los goznes pero no cedió. De nuevo, volvió arremeter contra la chapa reforzada ayudando por los demás hasta que Rodrigo llegó con varios compañeros más armados con un ariete, entre ellos Heredia y Manzano.

—Apartad —Les indicó y ellos obedecieron dejando pasar a los agentes que impulsaron el pesado metal hasta reventar la puerta sin compasión.

Todo permanecía a oscuras, y los agentes se adelantaron encendiendo las linternas hasta llegar al balcón donde tiraron de los parapetos dejando que entrar la luz, accionando los interruptores. Rodrigo entró seguido de Kreier mirando alrededor. Había arañazos en el suelo y restos de sangre tanto en este como en la puerta del balcón y puerta.

Iván procedió a tomar muestras y a hacer fotografías del escenario avisando a la científica para que acudiesen de inmediato, mientras aguardaban a los primeros agentes que se aproximaron a Rodrigo, manteniendo a los vecinos fuera para no contaminar más el escenario.

—Despejado, la tuvo aquí pero ya no están —Señaló la habitación que tenían atrás y Kreier se precipitó ahí, sin que ninguno fuera suficiente rápido como para detenerlo.

Este se quedó petrificado frente a la entrada, ahí tan solo había una cama revuelta, una silla medio rota, y una ventana con varios golpes que habían hecho agrietar el grueso cristal de doble cámara, así como más sangre y agujas usadas en el suelo junto a una gruesa cadena con un grillete.

El estómago se le revolvió, la rabia agitó su cuerpo que se sacudió al cerrar el puño hasta hacerse daño.

—Hay que hacer una batida, peinaremos toda la zona —Escuchaba de fondo a Iñigo organizando a los vecinos y él se llevó la mano a la frente sin darse cuenta de que otros dos agentes entraban en el lugar directos hacia Rodrigo.

Giró hacia este que estaba mirando lo que estos le mostraban y se acercó. El primo de Araya se interpuso impidiendo que viese lo que fuera.

—Tengo todo el derecho, ¿qué es Rodrigo? —Estaba muy serio.

—No creo que sea lo mejor.

—Rodrigo te lo ruego, por favor.

Este suspiró tras examinar su rostro torturado y le mostró la grabación que sus hombres habían traído.

—Esta es la cámara que dijo que llevaba la gaviota.

—Sí, tenía razón —Accionó la grabación, todo se veía movido y distorsionado pero se percibían los gritos y como ella luchaba por escapar, tratando de alcanzar el balcón y como la lanzaba al suelo tirando con fuerza de ella, y como el pájaro salía zumbando de ahí mostrando una panorámica aérea del lugar hasta detenerse sobre una excavadora.

—Hijo de... —Kreier hizo el gesto de golpear contra lo que fuese, conteniéndose a duras penas en el último momento, pensativo.

A menos ella seguía viva, luchando.

—Rodrigo —Iván llegó junto a él tendiéndole un par de fotografías y un recorte de periódico.

Él lo cogió ojeándolo.

—Recuerdo esta noticia —dijo atento a su compañero—, habían subido a la montaña cuando les pilló un temporal. Trataron de cruzar el río pero la tromba los atrapó arrastrándolos. Cuando los sanitarios llegaron, nada pudieron hacer por la chica, la RCP de nada sirvió.

—Alicia San Martín, la empresaria más joven de la zona, había abierto un negocio que le iba bastante bien. Él era su novio, Allan Montal, se sacó el título tras la muerte de Alicia falseando los informes, por lo que parece un psiquiatra comunicó que no era apto para el puesto que estaba perturbado, mostraba un fuerte desequilibrio emocional disociativo —Mostró otro papel—. Nunca lo supero, y por lo que parece ambas se conocían, hay varios libros de Araya en la habitación, incluso firmados y uno dedicado a ella.

—¿Es cosa mía o las dos se parecen? —Kreier miró a ambos policías.

—Verla debió desencadenar todo en su cabeza. Las fotografías de ellas son anteriores a la llegada de él, lo que me dice que no tenía conocimiento de esto antes. Fue casual, no premeditado —Siguió Iván—, estoy comprobando todo pero todo indica a que es el propietario del Dodge.

—Ella comentó algo del taller.

—Puede que fuese allí expresamente si se había ido cruzando con ella por el barrio, Fools Place no es que sea muy grande, la mayoría se conocen. Es como un pueblo —Adujo Rodrigo.

—Ferreira, debería ver esto —Uno de los oficiales llamó la atención de Rodrigo que fue al lugar que le indicaba—. Cabrera notó algo extraño en la pared y cuando golpeamos con el ariete apareció esto.

Entre el hormigón y los cascotes se podían apreciar lo que parecían restos

humanos o mejor dicho, unos dedos engarrotados que parecían rascar contra la prisión que lo emparedaba.

—Despejad esto ya y avisad al forense. Quiero todo registrado sin que quede nada por verificar, todo —Ordenó regresando al salón llevándose hacia fuera tanto a Kreier como al resto.

—Rodrigo, ¿qué pasa? —Gio lo miró asustado.

—Han hallado restos humanos, así que ahora os vais a ir a casa y no hacer ninguna estupidez. Esto no es una peli y aquí los héroes no acaban bien, ¿me habéis entendido? —Fue tajante al decirlo y Gio asintió dejando que Benjamín lo llevase hacia las escaleras—. Va por ti Kreier, si te pasa algo ella no se lo perdonará, ¿queda claro?

Él no respondió, ni siquiera se movió hasta que no vio desaparecer al resto de la familia de ella y a sus compañeros.

—Creo que sé dónde la ha podido llevar.

—¿Estás seguro?

Asintió sin dudarlo.

—¿Dónde encontrasteis el coche de García?

—En las naves de atrás.

—Exacto, he revisado con Iván esa cámara y esa rata con alas no hace más que ir allí, yo mismo la he visto varias veces en ese lugar. No perdemos nada por mirar, por favor, es la mejor pista que tenemos.

—Pero la nave ya fue derruida.

—No la de al lado, ni la parte inferior que queda por debajo del nivel del suelo.

—Iván, Marco, acompañadme. Francis, controla todo esto.

Este asintió a Rodrigo y a un gesto suyo, salieron del piso abandonando el edificio bajo la atónita mirada del resto de vecinos que no comprendía nada, cuchicheando entre asustados y curiosos ante tal despliegue.

La calle permanecía cortada y varias dotaciones de todos los servicios estaban allí, preparados para lo que fuera.



Araya recobró la conciencia en un lugar extraño y polvoriento, estaba tirada en el suelo. Las piedras se clavaban en su piel y despacio, se sentó en el suelo mirando alrededor.

Estaba metida en una especie de celda con un sucio catre, un colchón deshilachado a rayas con restos de ni quería saber qué lo culminaba. Los muelles se veían salir amenazadores, y unas abrazaderas gruesas, cortaban casi la circulación de sus muñecas.

—¿Dónde estamos?

—Tú me has obligado a esto, te lo dije, pero no importa. Nunca nos encontraran aquí —reía andando de un lado al otro, con las manos en la cabeza.

—¡Te equivocas! Lo harán y acabarán con esto. Todavía estás a tiempo. Para, déjame salir y no diré nada, pero por favor...

—¡No!

—Estás loco —Negó asustada.

—¡Loco! ¡Loco! —Bramó fuera de sus casillas aferrándose a los barrotes. Araya reuló.

—Cálmate, podrías haberme invitado a salir, hablar conmigo pero no esto.

—No, no... no vas a engañarme así.

—¿Qué quieres?

—Ya te lo dije, eres mía.

Araya se levantó ayudándose con los barrotes, buscando con la vista y los pies algo afilado en el suelo que pudiese servirle de arma tanto para defenderse, como para librarse de las ataduras. ¿Pero sería capaz de usarlo si daba con algo contra su agresor? Estaba temblando, y todo era demasiado grotesco para ella.

—Vale, lo que digas... —Lo invitó a presentarse e intentar establecer una conversación entre ambos y ganar tiempo, algo—, no sé tu nombre.

—Allan.

—Bien Allan, ¿por qué no te sientas aquí, conmigo y me cuentas lo que sea? —Hizo un esfuerzo por sonreírle, sentándose como una buena chica en esa cama que le ponía los pelos de punta, gritando por todo su sistema que se apartase lo más lejos que pudiera.

Su sentido común tan solo le decía peligro, buscando protegerse.

—Tenemos mucho tiempo, quiero conocerte al menos —Él la miró desconfiado—. Te has tomado demasiadas molestias, me tienes aquí —Probó de nuevo—. Es lo que querías, ¿no? —Lo miró melosa.

El chico le sacaba dos buenas cabezas, y su cuerpo era una roca bajo la ropa. No era feo la verdad, pero una larga cicatriz le cruzaba el rostro en el lado derecho.

—No juegues conmigo —La amenazó entrando a la jaula, ella tragó.

—No se me ocurriría.

—Bien, porque no sería sensato, no me gusta tener que ponerme rudo ni que me interrumpen. En el fondo esto es lo que querías, te gusta, lo veo en el fondo de tus ojos. Eres como todas ellas, necesitas un hombre que te de lo que necesitas.

—¿Eso es lo que pasó con Herme? —Ignoró el resto de su enfermiza perorata obsesiva y machista.

—Ese dichoso viejo siempre se andaba interponiendo. No debería haber salido, pero lo hizo.

Araya asintió escuchándolo, era mejor dejarlo hablar mientras ella intentaba romper uno de los alambres con discreción pero Allan no era estúpido tal y como había dicho, y le apresó las manos haciéndoselas alzar, la sangre no hacía más que hacer que se le resbalase el trozo de metal al que se aferraba como si le fuera la vida en ello.

—Araya, Araya... ¿pensabas clavarme eso? Te conozco más de lo que crees —Se lo arrancó de las manos con violencia haciéndole daño y la aplastó contra el desagradable colchón cuyo olor le produjo náuseas.

—Entonces deberías saber la verdad y no me harías esto —Se obligó a mirarle y no cerrar los ojos—. No puedes obligar a nadie a sentir lo que quieres.

—Lo harás, nena. Sentirás exactamente lo que yo quiero. Admite que en verdad, esto te pone, el dolor te hace sentir viva o no te harías esto.

—¿Y si no? —Lo retó una vez más, desafiante.

—¿Prefieres morir acaso? No, tu no eres de esas. No me hagas tratarte mal, nena.

—¿Qué piensas hacer? —Trató de respirar bajo su peso, la aplastaba y tener su mano alrededor del cuello no inspiraba confianza alguna. No cuando sus rodillas impedían el movimiento de sus piernas haciéndole daño, y allí no

había clase de defensa personal que pudiera ayudarla.

—De ahora en adelante yo haré lo que quiera contigo. Tu destino me pertenece —Rozó su mejilla provocando que temblase—. ¿Ves? Tu cuerpo reacciona al mío.

Una lágrima se le precipitó lagrimal abajo estrellándose contra la deslucida tela, negó conteniendo apenas un grito cuando metió la mano bajo el vestido, rompiendo de un tirón seco la ropa interior.

—No lo vas a necesitar más conmigo cerca.

Araya se paralizó, quería gritar sin parar pero el bloqueó se lo impedía, buscando, con la vista, una salida reparando entonces en otras marcas. Parecían uñas, marcas de arrastre y entonces lo supo. No era la primera a la que hacía aquello, Dios se apiadase de ella.

—Por favor, por favor... —Cerró los ojos.

—Dime que desees y te lo daré, nena.

—Déjame ir —dijo pese a temer despertar de nuevo su ira.

—Acabarás pidiéndome que haga de ti lo que quiera, ya lo verás.

—Jamás —Lo enfocó.

—No me abandonarás nunca más, mi vida —Aferró su rostro hundiendo los dedos en sus mejillas, provocando que sus labios creasen una o.

Cogió uno de sus mechones, y lo olió antes de empezar a atarla a la cama por mucho que ella pelease, estampando sus ensangrentadas palmas contra su cara.

—¡No! ¡No! Me portaré bien, seré buena, lo prometo por favor pero no me ates —Imploró pataleando.

Allan tiró del último nudo mirándola con sus fríos ojos oscuros.

—No te creo, todavía no, pero aprenderás. He de limpiarte de él —dijo levantándose.

Araya sollozó temblando, más cuando se inclinó sobre ella mostrándole una navaja. Su cuerpo se paralizó y las lágrimas dejaron de caer a la que la hoja, empezó a rasgar la ropa, dejándola expuesta frente a él.

Tras eso le dio la espalda y Araya empezó a luchar por liberar sus muñecas, deteniéndose a la que giró de nuevo, empapándola con el chorro de agua que salió de una manguera que no había sido capaz de ver, sintiéndose en verdad como una reza cuya vida, no valía más que el valor que otros le quisieran dar.

Perdida, sola, indefensa...

Una muñeca en manos de un niño cruel y caprichoso al que no le importaba si rompía su juguete, porque no entendía el concepto de bien y mal.

XIX

—No te separes —le indicó muy bajo Rodrigo a Kreier nada más llegaron a la entrada de la vieja fábrica—. Te quiero pegado a mi espalda, sigue mis pasos.

Él asintió ocultando lo que pensaba y esperó a que uno de los polis abriese la puerta con el mayor sigilo posible.

La Luz iba menguando, diciendo adiós a un nuevo día, para dar la bienvenida a la noche, que los acogería sumiéndolos en la penumbra luminosa de esas últimas horas, que llenaba el cielo de hirientes e intensos irisados que esa tarde, eran más rojizos que nunca como si presagiasen que esa noche, se derramaría sangre de inocentes.

El calor remitía lento pero ninguno de ellos lo notaban con la ropa pegada a la piel y los nervios a flor de piel.

La tensión se aunaba dándose la mano con el silencio sepulcral que recorría el abandonado solar, desnudo y sepulcral tras que la mano del hombre lo dejase ahí, pudriéndose una vez lo utilizó y dejó de ser útil. El hierro, expuesto no era más que una víctima más sometido a las inclemencias del tiempo y el paso de este, inexorable.

Miró alrededor sintiendo la desolación que lo rodeaba y contempló la cadena que pendía meciéndose con levedad en un leve lamento a causa de la corriente que cruzaba el lugar arrancándole gemidos y un nuevo estremecimiento lo recorrió.

Ese lugar era lúgubre y daba cierto reparo ahora que la luz le arrancaba sombras que se alargaban. Todo estaba dejado de cualquier manera, sin importancia alguna y a su suerte.

Aguzó el oído y avanzó tras los pasos de los agentes deseando llegar a las escaleras que condujeran abajo cuando reparo en una trampilla en el suelo.

El polvo y la tierra no la cubrían a diferencia del resto. Ni rastro de suciedad, restos de basura o telarañas, por lo que con un gesto, les indicó que mirasen.

Los agentes asintieron y coordinándose a base de gestos, contaron antes de alzar la base de madera sin que la cadena tintinease.

Despacio, bajaron con las armas por delante y la luz de una linterna que no hacía más que resaltar el polvo suspendido en el aire. Unas escaleras de

madera y metal se hundían en la tierra, Rodrigo inició el descenso con una mueca al escuchar el crujido del escalón.

Y antes de seguir indicó a Marco e Iván que fuese por los otros lados, a fin de evitar una posible huida y cubrir todos los flancos. Estos asintieron y una vez desaparecieron, ambos siguieron.

—¿Oyes eso? —susurró Rodrigo.

Kreier asintió, agua.

—Tenían un antiguo sistema de aguas subterráneas del pozo que hay.

Kreier lo detuvo antes de que avanzase, observando las sombras que se proyectaban en la pared, del fondo de la nave se percibía una leve luz y el pulso se le aceleró.

Ambos se pegaron a la pared, escuchando, más adelante casi todo eran rejas, no tendrían donde ocultarse.

—Quiero que vuelvas arriba y pidas refuerzos —Rodrigo miró a Kreier que negó.

—No me voy a mover de aquí —Sacó el móvil del bolsillo poniéndolo en silencio. Tapó la pantalla con la mano y mandó un mensaje a Brian devolviéndolo a su lugar.

Este inspiró y mirando hacia el fondo volvió a mirar a su compañero a la fuerza.

—¿Alguna sugerencia?

Kreier observó cuanto les rodeaba y en completo sigilo, se deslizó avanzando pese a las protestas furiosas de Rodrigo que lo siguió por su lado, a fin de cubrirlo en caso de peligro. Hasta que no pudo más viendo como Kreier le indicaba que se quedase ahí, mientras él se escurría entre unos bidones y una columna. Se escudó ahí, y miró el espacio que tenía de frente.

Araya temblaba empapada, apresada contra un catre,

El tipo le quedaba de espaldas a un lado por lo que no podía verlo y al ver el movimiento del cuerpo de uno de los agentes, le hizo gestos para que se ocultara.

Este lo hizo pero con tan mala suerte que golpeo uno de los bidones olvidados alertando al secuestrador.

—¡Policía! Salga con las manos en alto, está rodeado, no haga ninguna tontería —Rodrigo se vio obligado a intervenir asomando por el pasillo, dejándose ver, apuntando.

Marco e Iván lo imitaron, procediendo con cautela, alerta.

—Me parece que los que no lo entendéis sois vosotros, un paso más y su sangre correrá —Se acercó a Araya con algo plateado y fino en la mano. Un bisturí.

—Las balas son más rápidas, no nos obligues Allan.

Este sonrió, y en un rápido movimiento, cortó las bridas que la anclaban a la cama, escudándose tras ella riendo ante el sonido metálico de la bala que impactó contra uno de los barrotes.

—Estás atrapado, suéltala —Los agentes avanzaron un poco más controlando la mano con que amenazaba el cuello de Araya cayó sobre su pecho, que subía y bajaba acelerado.

Sus ojos, enrojecidos e hinchados parecían suplicar, cerrándose en cuanto notó el pinchazo del filo cortante, tragando en cuanto notó la sangre. La punción fue un trallazo rápido y superficial pero que le escoció mandando un ramalazo de dolor a sus colapsados receptores sensibilizados.

—Te dije que te encontrarían —Probó intentando tirar del brazo que la tenía apresada.

—¿Quieres jugártela, Rodrigo? —Allan apretó un poco más la superficie cortante contra el cuello de ella, haciendo un corte superficial pero cuya sangre, empezó a resbalar de modo alarmante—. La sangre es tan sucia y escandalosa. Una incisión certera y adiós...

Rodrigo maldijo alzando las palmas con la pistola aún sujeta.

—Está bien Allan, hablemos. Puedes salir con bien de esta pero has de soltarla —Le indicó el gesto de dejar la pistola y no lo perdió de vista, mientras lo hacía puesto que la agarró más fuerte.

Araya forcejeó pero él era demasiado fuerte y sus ojos registraron a Kreier que le hizo un gesto que ella comprendió. Observó a los tres policías y su primo observó como ella se preparaba de modo imperceptible y asintió sin dejar de hablar a Allan para captar su atención.

Indicó a Marco. Iván que se retirasen un poco y en cuanto Araya vio el instante, golpeó con fuerza la espinilla de Allan, hizo de péndulo atizándole a un lado de la rodilla del mismo modo en que si sus brazos fuesen Curro, y con el codo, lo hundió contra su estómago. Al encogerse, alzó la cabeza dándole bajo el mentón. Araya se precipitó corriendo, Allan atrapó su brazo y el bisturí alcanzó piel. Cayó al suelo, pateándole cuando amenazaba con venirse encima y escucho el silbido de las balas, su sonido le pareció ensordecedor aunque lo más seguro es que fueran sus latidos. Un impactó en el brazo de

Allan se alzó cubriéndose, corriendo hasta salir por una parte oculta seguido de los agentes.

El sonido de las balas impactaba, oía el percutor y como los engranajes sonaban y chirriando al impactar contra el metal. Escuchaba los gritos y ordenes pero éstas se iban apagando, volviéndose lejanas. Su cuerpo, dolorido se sacudió. Giró un poco encontrando su propia sangre ensuciando la tierra y pensó que era más roja de lo que nunca había pensado y que había mucho.

Unas manos presionaron contra la herida y un quejido se le escapó, tosió. La boca le sabía a metal y tenía la sensación de ahogarse.

—Te tengo preciosa, aguanta.

Era él. Había ido a por ella, reconocía su olor y se atrincheró contra él, débil, en un acto reflejo pues su calor la reconfortaba. Eran sus manos las que liberaban sus ataduras y luchaban por parar la hemorragia. Todo era borroso. Los párpados le pesaban y aun así, su corazón latió con fuerza como siempre le sucedía cuando lo tenía cerca y trató de sonreír o eso creía.

—Ni se te ocurra, quédate conmigo. ¡Eh! preciosa, mírame —La instó a obedecer mientras le colocaba su camiseta con rapidez.

Sus manos estaban resbaladizas, manchadas, aun así, pasó un brazo tras su cuello, aferrándose a él cuando la alzó en volandas andando en dirección a la salida, luchando por acceder al móvil.

Subió el primer peldaño al acceso superior y se detuvo al notar una respiración tras él, escuchó como el seguro saltaba y Kreier giró encarando a Allan, al tiempo que escuchaba las radios y voces retransmitiendo furiosas.

—Agente herido, repito, agente herido.

Sus ojos se clavaron en los de él y apretando a Araya contra él observó cómo la bala salía rauda abandonando el arma de Rodrigo. La expresión de Allan quedó vacía, sus dedos liberaron el amarre y el arma cayó, sorda, al polvoriento suelo. Se llevó una mano al punto de impacto, aunque era el de salida y cayó de rodillas al suelo, antes de caer de frente al suelo, creando un charco carmesí.

Kreier ni siquiera parpadeó, lo observó caer a cámara lenta y asintiendo a Rodrigo que se reveló por detrás de Allan, corrió hacia arriba mientras él avisaba por que tuvieran la ambulancia preparada. Se acercó a Iván, al que ayudó a levantarse, renqueando y subió tras ellos. El resto de los refuerzos llegaban en ese instante.

—Marco esta abajo —Indicó negando sin perder de vista a Kreier que

dejaba a Araya sobre la camilla, sobre la que los sanitarios empezaban a agolparse salvó por los otros tres que se acercaron a atenderlos a ellos.

Rodrigo se dejó sentar en la escalerilla de la ambulancia e instó a que atendieran primero a su compañero. Todo era irreal y tan solo podía mirar a Araya cuya mano seguía cogida a Kreier, mientras que Gio le acariciaba el pelo con cariño. Benjamín y Álex, por su parte, se acercaron hasta él, dándole un cálido apretón en el hombro no herido.

Aquel cabrón se había sabido defender bien, negándose a rendir su trono, aprovechando su conocimiento del lugar, y los bancos que quedaban. Era extraño, era como si todo sucediese como una película frente a sus ojos. Los vecinos se apiñaban tras el cordón de seguridad, cuchicheando afectados hasta que los gritos, lo sacaron de su sopor.

Giró llevando la mano a la cartuchera para desenfundar encontrándose a ese perturbado cuando vio salir algo disparado hacia su mano. La Luz de la farola arrancó un destello a un bisturí insertado en esta y desvió la cabeza hacia Kreier. Varios policías y el único que había sido más rápido fue él.

Miró la pistola que había caído, de su mano lacia y respiró de nuevo a la que vio a sus colegas reducirlo. El tipo. No se movía y uno de los enfermeros se acercó buscando pulso, negando al tiempo que los protocolos se iniciaban avisando al forense.

Los sonidos y colores regresaron y Rodrigo se acercó hasta ellos.

—Bienvenido a la familia, Kreier —Colocó la mano en el hombro de Kreier que asintió, volviendo a posar los ojos en su rubia a la que sonrió—. Ya no volverá a intentar nada nunca más.

—Te dije que todo estaría bien —Corroboró él y se apartó reticente, dejando a Gio subir a la ambulancia y observó cómo la sirena hendía la noche en dirección al hospital. Buscó a Brian que ya le silbaba para que subiese al coche y Rodrigo indicó a la patrulla que les abriese paso escoltándolos tras la ambulancia.

XX

Días después...

—Menudo movimiento tuyo ese que te marcaste —rio Rodrigo aceptando la cerveza que Kreier le alargaba, sentándose con una mueca de dolor a causa del tirón del hombro, al tiempo que dejaba la pierna en alto.

—Ya bueno, pero yo me quedé con el lanzamiento de Kreier, zas, en todo el blanco —Se metió Brian ayudando a Gio a ir poniendo la carne de la barbacoa en un nuevo plato.

—Desde luego —bebió mirando como el aludido ayudaba a Araya a acomodarse en uno de los butacones.

—Estoy bien, tranquilo —Le acarició la mejilla, buscando sus labios que le respondieron.

—Debiste quedarte un día más en el hospital —La riñó su tío con cariño.

—¡Ni hablar! No podía seguir ahí sin volverme loca. Lo que necesito es esto, un poco de normalidad. De verdad, gracias por preocuparos, sin vosotros a saber dónde estaría pero estoy bien —Les sonrió ignorando el apósito que le cubría un lado del cuello, apoyándose en Kreier que estaba medio sentado en el brazo del sillón sin soltarle la mano.

No había querido hablar con psicólogos ni éticos, solo quería salir de allí y volver a vivir sintiéndose segura por fin.

Rellenar el papeleo y tener que dar las explicaciones pertinentes había sido agotador, eso sin contar los medios, y que el caos, había disparado las ventas de sus libros y es que por desgracia, se confirma que el morbo, la violencia, crueldad, sangre y lujuria atraían a la gente.

—Pues espérate a volver a casa. La señora Julia y los demás están preparando toda una verbena para recibirte, ríete tu de las fiestas de barrio — Le apartó un mechón de la frente.

—Tengo ganas de verlos, echo de menos mi loca e imperfecta comunidad, con sus virtudes y defectos.

—¿Ya tienes suficiente de mimos? —Bromeó su padre y Araya fijó los ojos en los de su primo que permanecía callado pero sonriente.

—¿Qué pasa primo?

—¿Sabes? Al final debo admitir que idea de la patrulla vecinal fue mejor de lo que creía. Tu relación con ellos y su determinación por encontrarte ayudó.

—En la unión y el cariño está la fuerza Rodri, sino recuerda los veranos en el pueblo en la que todos íbamos a una y no como aquí, cada uno por su lado sin conocerse ni ayudarse.

—Bien está lo que bien acaba —Alzó su cerveza y ella miró a su héroe particular, él que le había devuelto su vida al completo con todas sus emociones, cumpliendo cada una de sus promesas y acarició su rostro con más ganas que nunca de vivir y disfrutar, pues tras lo sucedido queda más claro que nunca, que allí solo estaban de paso y que nunca sabías cuando podía ser el último segundo, por lo que pensaba aprovechar cada minuto del día a ser feliz junto a los suyos.

Los ojos masculinos conectaron con los suyos, y Araya tiró de su camiseta hasta atraerlo hacia ella.

—Te quiero Kreier Rezth —murmuró frente a su boca.

—Y yo a ti preciosa —Le entregó una bengala encendida sujetando él otra —. Pide un deseo.

Ella alzó una ceja pícaro, y lo besó rompiendo a reír en cuanto rompieron el beso a causa de los silbidos y demás aullidos de los allí presentes, que brindaron arropándolos, mientras hacían correr la comida y la bebida con la música del grupo sonando de fondo.

AGRADECIMIENTOS

A todos los lectores que le han dado la oportunidad a esta loca historia llena elementos humanos y cotidianos, de humor oscuridad a su vez, porque así es la esencia humana. Un juego de luces y sombras que se dan la mano, instantes en constante cambio y segundos, en los que la tristeza, el llanto y las sonrisas bailan juntos.

A mi familia y a Nune Martínez por estar pendiente de esta aventura así como a Tania por animarme a seguir adelante y deseando leerla. A las dos, gracias por estar siempre ahí y animarme a no detenerme nunca.